

Francis A. Schaeffer

Génesis

en el tiempo y en el espacio



LITERATURA EVANGELICA

GENESIS
EN EL TIEMPO
Y EL ESPACIO

**GENESIS
EN EL TIEMPO
Y EL ESPACIO**

Otros títulos de Francis A. Schaeffer

HUYENDO DE LA RAZON

25 ESTUDIOS BIBLICOS BASICOS

LOS CAMINOS DE LA JUVENTUD, HOY
(La nueva superespiritualidad)

RETORNO A LA LIBERTAD Y LA DIGNIDAD

LA IGLESIA AL FINAL DEL SIGLO XX

MUERTE EN LA CIUDAD

De próxima aparición:

DIOS ESTA AHI

ARTE Y BIBLIA

GENESIS
EN EL TIEMPO
Y EL ESPACIO

Francis A. Schaeffer

Génesis en el tiempo y el espacio



EDICIONES EVANGELICAS EUROPEAS
Barcelona, 1974

índice

prefacio		9
<i>capítulo 1</i>	creación	11
<i>capítulo 2</i>	diferenciación y creación del hombre	33
<i>capítulo 3</i>	Dios y su universo	55
<i>capítulo 4</i>	el momento de la decisión	69
<i>capítulo 5</i>	la caída en el tiempo y el espacio y sus resultados	85
<i>capítulo 6</i>	las dos humanidades	105
<i>capítulo 7</i>	Noé y el diluvio	123
<i>capítulo 8</i>	de Noé a Babel y a Abraham	145
<i>apéndice</i>	en relación con los libros de Francis y Edith Schaeffer	165
<i>vocabulario</i>	de algunos términos usados en este libro y demás obras de F. A. Schaeffer	169

La batalla para conseguir una comprensión cristiana del mundo está siendo librada en varios frentes. El estudio bíblico en general no es el menor de ellos, y en especial la cuestión de cómo deben ser leídos los primeros capítulos de la Biblia. Los comentarios de ciertos autores modernos sobre el libro de Génesis tienden a tratar los primeros once capítulos como relatos no históricos. Para algunos, este material es sencillamente un mito judío, sin mayor validez histórica para el hombre moderno que la Epopeya de Gilgames o las leyendas de Zeus. Para otros constituye una visión pre-científica que nadie que respete los resultados de la erudición puede aceptar. Otros encuentran un simbolismo en la narración de estos primeros capítulos, pero nada más. Hay quien acepta los primeros once capítulos de Génesis como revelación, en el sentido que yo he dado en llamar «verdad religiosa del piso de arriba, o estrato superior», que viene a ser algo así como un salto de fe ciego, subjetivo, que carece del más mínimo sentido de verdad en tanto que objetivamente relacionada con la historia y el cosmos (es decir: con la ciencia).*

* «Piso de arriba o estrato superior» es la traducción de expresiones tales como *Upper-story* y *Upper-room*, frecuentes en los libros de Francis A. Schaeffer (cf. *Huyendo de la razón, Dios está ahí, La Iglesia al final del siglo XX*) y que vienen a ser características de su pensamiento para designar lo que en la filosofía, la ética y la teología modernas trata sobre lo que tiene significado, pero que, al decir de estas corrientes contemporáneas, no se halla abierto a la comprobación del mundo de los hechos, el cual constituye el «piso de abajo» o «estrato inferior». — (Nota del editor.)

*¿Cómo deben ser leídos los primeros capítulos de Génesis? ¿Son históricos? ¿No lo son? En caso de respuesta afirmativa, ¿qué valor tiene su historicidad? Al examinar estas preguntas, deseo señalar el tremendo valor que tiene Génesis 1-11 para el hombre moderno. En cierto sentido, estos capítulos son los más importantes de la Biblia, ya que sitúan al hombre en su escenario cósmico y le muestran su peculiar unicidad. Explican cuán maravilloso es el ser humano y también dan razón de sus deficiencias. Sin una comprensión adecuada de estos capítulos no tenemos respuesta para los problemas metafísicos, morales o epistemológicos** que se plantea el hombre; más aún, la misma obra de Cristo se convierte en otra respuesta «religiosa» más, entre otras, del «piso de arriba».*

Quisiera dar las gracias al profesor Elmer Smick, amigo de hace muchos años, quien leyó el manuscrito y propuso ideas de utilidad. Cualquier error, o equivocación, será, no obstante, mío.

** Para el significado de este y otros vocablos que aparecen en la presente obra recomendamos la lectura del «Vocabulario» al final del libro.

capítulo 1 creación

El tema de este libro es el curso de la historia bíblica. Los capítulos 1-11 de Génesis son el pasaje de la Escritura que traza el curso de los eventos desde la creación del universo hasta el llamamiento de Abraham y el principio de la historia de Israel.

Uno de los himnos de Israel, el salmo 136, es una excelente referencia para ver el desarrollo de la historia bíblica. Coloca el concepto de Dios como Creador en su adecuada relación con el hombre como criatura y adorador.

Alabad al SEÑOR, porque él es bueno,
porque para siempre es su misericordia.*

*Alabad al Dios de los dioses,
porque para siempre es su misericordia.*

*Alabad al Señor de los señores,
porque para siempre es su misericordia.*

*Al único que hace maravillas,
porque para siempre es su misericordia.*

(Vs. 1-4)

Así el salmo 136 comienza con una triple doxología, y luego enumera varias razones por las que podemos alabar a Dios y por qué somos llamados a dar gracias por su bondad. Es interesante que, después de dar una razón general de alabanza (Dios es el

* Schaeffer, siguiendo la versión King James de la Biblia inglesa, traduce siempre el nombre divino Jahvéh (o Jehová) por SEÑOR (en mayúsculas). Así lo hemos dejado en la traducción castellana para ajustarnos al original.

«único que hace maravillas»), el salmista dirige nuestra atención, en primer lugar, a los actos creadores de Dios:

*Al que hizo los cielos con entendimiento,
porque para siempre es su misericordia.*

*Al que extendió la tierra sobre las aguas,
porque para siempre es su misericordia.*

*Al que hizo las grandes lumbreras,
porque para siempre es su misericordia.*

*El sol para que señorease en el día,
porque para siempre es su misericordia.*

*La luna y las estrellas para que señoreasen en la
[noche,
porque para siempre es su misericordia.*

(Vs. 5-9)

Mas, inmediatamente después de expresar y desarrollar el hecho de Dios como creador, el salmista pasa a una segunda razón para alabar a Dios: la forma en que actuó en la historia cuando la nación judía estaba cautiva en Egipto.

*Al que hirió a Egipto en sus primogénitos,
porque para siempre es su misericordia.*

*Al que sacó a Israel de en medio de ellos,
porque para siempre es su misericordia.*

(Vs. 10-11)

El salmista continúa hablando sobre el éxodo, la división del Mar Rojo, la suerte de Faraón y su ejército y la conquista de la tierra de Canaán (vs. 12-21).

Luego alaba a Dios por la forma que él está actuando en el particular momento histórico, en el tiempo y el espacio, en que este salmo fue escrito:

*En heredad a Israel su siervo,
porque para siempre es su misericordia.
Quien en nuestro abatimiento se acordó de noso-
[tros,
porque para siempre es su misericordia.
Y nos rescató de nuestros enemigos,
porque para siempre es su misericordia.
El que da alimento a todo ser viviente,
porque para siempre es su misericordia.*

(Vs. 22-25)

Finalmente, en el último versículo, el salmista escribe en tal forma que habla aun para nosotros en nuestro propio momento histórico y nos insta a llamar a Dios y a alabarle:

*Alabad al Dios de los cielos,
porque para siempre es su misericordia.*

(V. 26)

Así el salmo 136 nos enfrenta con el concepto bíblico de la creación como un hecho histórico en el tiempo y el espacio, ya que aquí encontramos un paralelo completo entre la creación y otros puntos de la historia: la espacio-temporalidad de la historia en el tiempo de la cautividad judía en Egipto, del momento particular en que el salmo mismo fue escrito y del propio momento en que nosotros leemos el salmo hoy. La mentalidad de toda la Escritura, no sólo de este salmo, es que la creación es tan históricamente real como la historia de los judíos y la nuestra en el momento presente. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento deliberadamente se enraizan en los primeros capítulos de Génesis, insistiendo que son un registro de hechos históricos. ¿Cuál es el principio hermenéutico implicado aquí? Ciertamente la

Biblia misma lo da: Los primeros capítulos de Génesis han de ser considerados en su totalidad como historia, precisamente como registros acerca de Abraham, David, Salomón o Jesucristo.

En el principio

Los primeros versículos de Génesis: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», y el resto del capítulo 1 nos adentran inmediatamente en un mundo de espacio y tiempo. El espacio y el tiempo son como la urdimbre y la lana. Su entretejido es la historia. Así la primera afirmación de Génesis y la estructura de lo que sigue enfatizan que se trata de algo histórico, tanto como si hablásemos de nosotros en este momento particular del tiempo y en un lugar geográfico específico.

Naturalmente, al decir esto, consideramos el concepto judío de la verdad. Muchas personas hoy creen que el concepto judío es parecido al concepto moderno: que la verdad es irracional. Pero esto no es así. De hecho, cuando examinamos el concepto griego de la verdad en relación con el concepto judío, encontramos esta diferencia. Muchos de los filósofos griegos veían la verdad como la expresión de un sistema metafísico equilibrado, como algo inmóvil. Esto es, mientras el sistema estuviese equilibrado, podía dejarse tranquilo y considerarlo verdad. El concepto judío es lo opuesto a esto.

En primer lugar, es completamente opuesto al concepto moderno de verdad porque está interesado en aquello que está abierto a discusión, abierto a la racionalidad, y no es sólo un salto existencial. En este punto es como la noción griega. Y, sin embargo, difiere y es más profundo que el concepto griego porque está enraizado en aquello que es histórico. Por ejemplo, encontramos a Moisés insistiendo: «Oís-

teis y visteis...» En Deuteronomio 4 y 5, antes de morir, Moisés recordó a los judíos que le escuchaban cómo en su juventud habían visto y oído lo que había sucedido en el Sinaí, esto es, en el tiempo y el espacio histórico. Sus padres habían muerto en el desierto, pero ellos, los hijos, habían visto y oído en la historia. Josué habló de la misma forma poco después en Josué 23:3 y ss. De hecho tenemos un paralelo exacto, en éste y otros pasajes del Antiguo Testamento, con la explicación de Juan del porqué escribió su evangelio: «Hizo además Jesús muchas otras señales espacio-temporales (ésta es la idea aquí) en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (Juan 20:30-31).

Al tratar con los escritos judíos en la Biblia y con el libro de Génesis en particular, no debemos entenderlos únicamente en términos griegos ni, ciertamente, en términos de un salto existencial. En lugar de ello encontramos una insistencia en la historia, una verdad enraizada en el tiempo y el espacio.

Antes del principio

A pesar de que Génesis comienza: «En el principio...», ello no significa que no hubiese nada antes. En Juan 17:24, Jesús ora a Dios el Padre, diciendo: «... porque me has amado desde antes de la fundación del mundo». Jesús dice que Dios el Padre le amaba antes de la creación del universo. Y en Juan 17:5, Jesús pide al Padre que le glorifique «con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese».

He ahí, por tanto, algo que se proyecta hacia atrás a la eternidad, hacia atrás y aun antes de la frase «En el principio...» Cristo existía, y tenía gloria con

el Padre, y era amado por el Padre antes de «En el principio...»

En Efesios 1:4 leemos: «... según nos escogió (Dios) en él (Cristo) antes de la fundación del mundo...». Por tanto, antes de «En el principio...» existía una situación algo más que estática. Se hizo una elección y esta elección demuestra pensamiento y voluntad. Fuimos escogidos en él antes de la creación del mundo. Lo mismo se enfatiza en 1.^a Pedro 1:20, donde se dice que la muerte expiatoria de Jesús fue «determinada desde antes de la fundación del mundo...». También Tito 1:2 dice que Dios prometió vida eterna «... desde antes del principio de los siglos...».

Esto es muy sorprendente. ¿Cómo puede hacerse una promesa antes del comienzo del mundo? ¿A quién podía ser hecha? La Escritura habla de una promesa hecha por el Padre al Hijo o al Espíritu Santo porque, después de todo, en este punto de secuencia particular no había nadie más a quien hacer una promesa.

Finalmente, en 2.^a Timoteo 1:9 se presenta el mismo punto, donde leemos acerca de Dios: «quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos».

Nos encontramos, por tanto, con una pregunta muy interesante: ¿Cuándo comenzó la historia? Si se piensa en el concepto moderno de la continuidad espacio-tiempo, es obvio que tiempo e historia no existían antes de «En el principio...». Pero si consideramos la historia en contraste con otro eterno, filosófico, o en contraste con un eterno estático, entonces la historia comenzó antes de Génesis 1:1.

Aquí hemos de escoger nuestras palabras con cuidado. ¿Cómo hablaremos acerca de la situación antes de «En el principio...»? Para evitar confusión he

escogido la palabra *secuencia*, en contraste con la palabra *tiempo* utilizada en el concepto de continuidad espacio-tiempo. Esto nos recordará que había algo antes de «En el principio...» y que era algo más que un eterno estático.

Después de la creación Dios obró en el tiempo y comunicó conocimientos al hombre que estaba en el tiempo. Y ya que hizo esto, es obvio que para Dios no es lo mismo antes y después de la creación. La Escritura presenta este antes de «En el principio...» como algo que puede ser explicado. Aunque no podemos agotar el significado de lo que está implicado, podemos conocerlo con certeza. Es un concepto razonable sobre el que podemos argumentar.

Este tema no es solamente teórico. Lo que está implicado es la realidad de un Dios personal eterno en contraste con el otro filosófico o el todo impersonal que es con frecuencia el concepto de Dios de los teólogos del siglo veinte. Lo que está implicado es la realidad del Dios personal en contraste con un motor inmóvil teórico, o una proyección subjetiva fruto de la mente del hombre. Aquí hay algo más que vacuidad, verdad religiosa alcanzada mediante algún tipo de salto existencial. En consecuencia, cuando leemos: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra...», no nos quedamos con algo colgado en el vacío: algo existía antes de la creación y ese algo era personal y no estático; el Padre amaba al Hijo; había un plan; había comunicación; y se hicieron promesas antes de la creación de los cielos y la tierra.

Toda esta concepción tiene su raíz en la realidad de la Trinidad. Sin la Trinidad, la cristiandad no tendría las respuestas que el hombre moderno necesita. Como he dicho en alguna ocasión, Jean Paul Sartre señaló muy bien el problema filosófico básico que afrontamos: el hecho de que algo —más bien que

nada— está ahí. Este es el mínimo indiscutible e irreducible para comenzar a moverse como un hombre. No puedo decir que nada está ahí; está muy claro que algo está ahí. Además, también está claro que este algo que está ahí tiene dos partes. Yo estoy ahí y algo en contraste a mí está ahí.

Naturalmente, esto nos lleva a la noción moderna del Ser. El Ser está ahí. Pero «¿ha estado siempre ahí?».¹ Este es el misterio básico del hombre moderno.

El hombre está limitado a unas relativamente pocas respuestas. A menudo no entendemos que, a medida que profundizamos en el estudio de este punto, más sencillas se vuelven las alternativas. En casi cada interrogante profunda el número de alternativas finales es, sin duda, muy pequeño. En este caso hay cuatro: 1) una vez no había absolutamente nada y ahora hay algo; 2) todo comenzó con un algo impersonal; 3) todo comenzó con un algo personal, y 4) hay y siempre ha habido un dualismo.

La primera de estas alternativas, que una vez no había absolutamente nada y ahora hay algo, no ha sido, que yo sepa, propuesta seriamente por nadie, y la razón de ello es obvia. Para que esta explicación sea cierta, *nada* debe ser efectivamente *nada* —totalmente nada—, ni materia, ni movimiento, ni energía, ni personalidad. Pensad, por ejemplo, en un círculo que contiene todo lo que hay y no hay nada en el círculo, luego quitad el círculo. Este es el concepto del nada absoluto. Como dije antes, no conozco a nadie que haya propuesto el concepto de que todo lo que ahora es ha surgido de tal nada absoluta.

La cuarta noción, la de un eterno dualismo, puede ser comentada rápidamente porque nunca ha sido

1. Para un desarrollo más completo del material de los próximos párrafos véase *He is there and He is not Silent* (Tynedale House Publishers, 1972).

sometida a un análisis minucioso, ya que los hombres de forma natural se agolpan tras el dualismo y particularmente hacia una unidad que permita comprender la dualidad. Esto es cierto, ya sea el dualismo del electromagnetismo y la gravedad o algún vago y oscuro Tao tras los diosillos orientales Yin y Yang. Los dualismos paralelos (por ejemplo, ideas o ideales y materia, o cerebro y mente) tienden a enfatizar una parte a expensas de la otra, o dejan la pregunta de «cómo marchan juntos sin ninguna razón para hacerlo», en el aire.

Un comienzo impersonal, sin embargo, la noción de que todo comenzó con un algo impersonal, es el consenso o asentimiento del mundo occidental en el siglo xx. Es también el consenso de casi todo el pensamiento oriental. Casualmente, si nos adentramos hacia atrás lo suficiente, llegamos a una fuente impersonal. Es la opinión de lo que una vez llamé ciencia ultramoderna, y está integrado en la noción de la uniformidad de las causas naturales en un sistema cerrado. También es el concepto de mucha teología moderna si uno se adentra retrospectivamente lo suficiente.

No obstante, un comienzo impersonal suscita dos problemas abrumadores que ni el Este ni el hombre moderno se han atrevido a plantearse. Primero, no hay explicación verdadera para el hecho de que el mundo externo no sólo existe sino que tiene una forma específica. El estudio científico, a pesar del frecuente intento de reducir el concepto del condicionamiento personal al área del condicionamiento químico y psicológico, demuestra que el universo tiene una forma definida. Se puede ir de lo particular a una unidad mayor, de leyes menores a leyes más y más generales o superleyes. En otras palabras, cuando miro al Ser que es el universo externo, resulta obvio que no es precisamente un puñado de guijarros

arrojados ahí fuera. Lo que está ahí tiene forma. Si afirmamos la existencia de lo impersonal como comienzo del universo, sencillamente no tenemos explicación para esta clase de situación.

Segundo, y más importante, si comenzamos con un universo impersonal, no hay explicación para la personalidad. En un sentido muy real la pregunta más importante para todas las generaciones —pero mucho más para el hombre moderno— es: «¿Quién soy yo?» Porque cuando me miro, yo, y veo a mi alrededor a otros hombres también, una cosa inmediatamente es obvia: el hombre tiene una hombradía (calidad de hombre, lo específicamente humano). Se encuentra doquiera se halle un hombre, no sólo en los hombres que viven hoy, sino a través de la historia. La suposición de un comienzo impersonal nunca puede explicar adecuadamente los seres personales que vemos a nuestro alrededor, y cuando los hombres tratan de explicar al hombre sobre la base de un origen impersonal, lo específicamente humano desaparece pronto.²

En suma, un comienzo impersonal no explica ni la forma del universo ni la personalidad del hombre. Por tanto, no ofrece una base para entender las relaciones humanas, la formación de sociedades justas o el quehacer en cualquier tipo de esfuerzo cultural. No es sólo el universitario quien necesita comprender estas interrogantes. El agricultor, el obrero, el campesino, todo aquel que se mueve y piensa, necesita conocer. A medida que miro y veo que algo está ahí, necesito saber qué hacer con ello. La respuesta impersonal no explica, a ningún nivel ni en ningún lugar ni en ninguna época de la historia, estos dos factores básicos: el universo y su forma, y la hom-

2. Ver *Retorno a la libertad y la dignidad* (Ediciones Evangélicas Europeas, 1973), en donde comento el libro de B. F. Skinner, *Más allá de la libertad y de la dignidad* (Editorial Fontanella, Barcelona, 1972).

bradía del hombre. Esto es así ya se exprese en los términos religiosos del panteísmo o en términos científicos modernos.

La tradición judaico-cristiana empieza con la respuesta opuesta. Y es sobre ésta que toda nuestra cultura occidental se ha edificado. El universo tuvo un comienzo personal, un comienzo personal en el mandato de la Trinidad. Antes de «En el principio...» lo personal ya estaba ahí. Amor, pensamiento y comunicación existieron antes de la creación de los cielos y la tierra.

El hombre moderno está profundamente atormentado por la pregunta: «¿De dónde vienen el amor y la comunicación?» Muchos artistas que se expresan sinceramente en sus cuadros, que pintan mensajes sombríos sobre lienzos; muchos cantantes, muchos poetas y dramaturgos nos cuentan lo sombrío del hecho de que, mientras todo depende del amor y la comunicación, ellos no saben de dónde provienen éstos ni lo que significan.

La respuesta bíblica es de signo totalmente contrario: algo estaba ahí antes de la creación. Dios estaba ahí; el amor y la comunicación estaban ahí; y, por tanto, aun antes de Génesis 1:1, el amor y la comunicación son intrínsecos a lo que siempre ha sido.

La Trinidad

Si nos adentramos en un camino ligeramente diferente, podemos ver aún más de la naturaleza del Dios que existía antes de la creación. En Génesis 1:26 leemos: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen...» Como hemos visto en el Nuevo Testamento, Dios el Padre no sólo amó al Hijo sino que le hizo una promesa. Así, no debemos sorprendernos cuando leemos la palabra «Hagamos» o la

frase en Génesis 3:22: «... he aquí el hombre es como uno de *nosotros...*». Esta misma frase también aparece en Isaías 6:8: «Después oí la voz del Señor, que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?»³

La enseñanza de que la Trinidad ya estaba ahí en el principio se enfatiza de manera especial en Juan 1:1-3. De hecho el concepto tiene gran fuerza porque recoge la primera frase de Génesis y la convierte, me parece a mí, en un término técnico. «*En el principio ya era* (el imperfecto griego usado aquí se traduce mejor como *ya era*) el Verbo, y el Verbo ya era con Dios, y el Verbo ya era Dios. Este era en el principio con Dios.» Luego, en el tercer versículo el aoristo griego⁴ se usa en contraste con los imperfectos que le preceden: «Todas las cosas por él fueron hechas...» Así encontramos primero una afirmación de que el Verbo ya era, pero luego, en contraste con esto, hallamos que algo nuevo fue traído a la existencia «en el principio», cuando Dios, que ya estaba ahí, hizo lo que ahora es.

Además sabemos quién es la personalidad llamada Verbo (Logos); los versículos 14-15 lo dejan claro: «Y aquel Verbo *fue hecho* carne, y habitó entre nosotros... (y) Juan (Juan el Bautista) dio testimonio de él...» Naturalmente, de quien Juan dio testimonio fue de Jesucristo.

Aquí también hay un contraste entre el imperfecto y el aoristo en el griego. El que ya era (tiempo imperfecto) el Verbo en el principio y tuvo una parte en la creación de todas las cosas, se hizo (tiempo aoristo) carne. Creo que Juan, el escritor del evangelio, hace esta distinción deliberadamente. O sea, en

3. La enseñanza bíblica en relación a la Trinidad es, por supuesto, desarrollada más ampliamente en el Nuevo Testamento, pero para otras indicaciones de la Trinidad en el Antiguo Testamento véanse Gén. 11:7; Isaías 6:8; 44:6 y 48:16.

4. El aoristo griego representa un pasado definitivo.

el «principio» este Verbo ya era, pero posterior a esto y en contraste con ello hubo dos comienzos absolutos: el primero ocurrió cuando fueron hechas todas las cosas y el segundo cuando el Verbo se hizo carne. Así, el comienzo absoluto de la creación y el comienzo absoluto de la encarnación contrastan con el *siempre era* del Logos. En Juan 1:1 esto se relaciona con el término «en el principio». Creo, por tanto, que «en el principio» es un término técnico que significa «en el principio de todo lo que fue creado», en contraste con la preexistencia del infinito, personal —no estático—, Dios Trino, que creó de la nada.

La frase «en el principio» se repite en Hebreos 1:10, y, como en Juan 1:1-3, enfatiza el hecho de que Cristo ya estaba ahí antes de la creación y tomó parte activa en ella. La misma idea se repite, aunque no con la misma frase, en Colosenses 1:16-17, donde se nos dice que «en él fueron creadas todas las cosas...» Además, 1.^a Corintios 8:6 contiene un interesante paralelo: «para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él». Pablo establece un paralelo entre el Padre creador y el Hijo que también crea.

De manera que tenemos importantes detalles concernientes a la relación específica de la Trinidad en el acto de la creación. Es cierto que la parte del Espíritu Santo en la creación no está tan clara como la del Padre y el Hijo, pero me parece que Génesis 1:2 da a conocer su presencia: «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.» Comprendo que hay alguna interrogante acerca de cómo debe ser entendida aquí la frase «Espíritu de Dios», pero tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento señalan con certeza que

la Trinidad estaba ahí y que el Padre y el Hijo tomaron parte en el proceso de la creación.

Por tanto, repito que Génesis 1:1 no describe un comienzo absoluto sin nada antes. Dios estaba ahí y luego vino la creación.

La posición cristiana histórica en relación a Génesis 1:1 es la única que puede sustentarse, la única clara y adecuada a la intención de las Escrituras. «En el principio» es un término técnico que establece el hecho de que en ese punto particular de *secuencia* hay una creación *ex nihilo*: una creación de la nada. Todo lo que es, excepto Dios mismo que ya ha sido, pasa en ese momento a existir. Anteriormente había una existencia personal: amor y comunicación. Antes del universo material (ya pensemos en él como masa o energía), antes de la creación de todo lo demás, hay amor y comunicación. Esto significa que el amor y la comunicación son *intrínsecos*. Así, cuando el hombre moderno clama pidiendo amor y comunicación (como tan frecuentemente lo hace), los cristianos tienen una respuesta: hay mérito en amar y mérito en la comunicación porque ambas cosas tienen sus raíces en lo que intrínsecamente siempre ha sido.

La raíz de la doxología bíblica

Hay una frase en el libro de Jeremías que los cristianos deberían grabar sobre sus corazones: «No es así la porción de Jacob (los ídolos hechos por los hombres); porque él es el Hacedor de todo...» (Jeremías 10:16). Esta es la raíz de la doxología bíblica, «a él» —no a ello—. Dios no es como esos ídolos hechos de madera y piedra, ni es como esos dioses que son sólo la extensión de la mente de los hombres. El es el Dios personal que estaba ahí como el Hacedor de todo. El es nuestra porción, y él era antes que todo lo demás.

¡Qué incisivo contraste para la nueva teología! El problema de la nueva teología es saber si Dios está ahí en realidad. Los nuevos teólogos usan la palabra «Dios» sin saber nunca si hay alguien detrás de esta palabra, y por tanto no pueden orar. Paul Tillich una vez dijo en Santa Bárbara (California, EE.UU.): «No, yo no oro, pero medito.» El cristiano, sin embargo, no sólo dice que Dios está realmente ahí, sino que estaba ahí, que siempre ha estado ahí y que es «mi porción» ahora y para siempre.

Apocalipsis 4:11 contiene una gran doxología elevada a este Uno. La primera frase debe decir: «Señor y Dios, digno eres...» Esto nos recuerda el texto de Jeremías: «El es nuestra porción.» El es *nuestro* Señor y *nuestro* Dios. Luego el versículo continúa: «Señor y Dios, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas.» La Nueva Biblia Inglesa (NEB) lo traduce correctamente en términos modernos: «Por tu voluntad fueron creados, y tienen su existencia.» Esta es la cosmogonía cristiana.

He aquí una respuesta para el hombre moderno agobiado por el problema de la existencia, que sabe que hay algo ahí y no es capaz de comprenderlo: todo lo que ha existido, excepto Dios mismo, descansa sobre el hecho de que Dios quiso crearlo y lo creó. Con esto comprendo por qué el ser está ahí y por qué tiene forma, y comprendo esa parte particular de ser que yo mismo soy y lo específicamente humano (personalidad) que encuentro en mí. Las cosas encajan en su sitio, no mediante un salto en la oscuridad, sino a través de algo que tiene sentido y puede ser argumentado. De una vez por todas, Dios creó el ser del mundo externo y la existencia humana. No son Dios ni son una extensión de Dios, pero existen

por un acto volitivo de aquello que es personal y existía antes de ellos ser, es decir: Dios.

¡Qué contraste con el rumbo que toma el mundo teológico y secular de hoy al hablar de algo intrínsecamente impersonal! ¡Y cuán diferente de cualquier forma de dualismo intrínseco! Es la respuesta bíblica al dilema del siglo xx.

A menudo, en una conversación alguien dirá: «¿No necesitó Dios, si es personal y si ama, un objeto para su amor? ¿No *tuvo* que crear? Y, por tanto, ¿no es el universo tan necesario para él como él lo es para el universo?» La respuesta es: No. No tenía que crear algo para amar porque ya estaba la Trinidad. Dios podía crear mediante un acto supremo y libre porque antes de la creación estaba el Padre que amaba al Hijo, y también estaba el Espíritu Santo para amar y ser amado. En otras palabras, Dios tenía a alguien cara a cara con El en las tres personas de la Trinidad. Cuán correcta fue la formulación de los Credos de Nicea y Calcedonia, insistiendo los antiguos cristianos en la certeza de la Trinidad con toda su fuerza. Esto no fue sólo un concepto filosófico griego, pasajero. Cuando el pensamiento griego despertó estos interrogantes, los cristianos vieron que la Biblia tenía la respuesta. Todo pende de este punto, y en ninguna época más que hoy.

Así, sabemos por qué el ser en el sentido moderno es, «está ahí», más que «nada está ahí». No es extraño que leamos en Apocalipsis: «Señor y Dios, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder.» Esta doxología cristiana tiene sus raíces, no en una experiencia religiosa vacía e irracional que no puede ser pensada o argüida, ni en las formas de pensamiento que nos rodean y en las cuales podemos caer fácilmente, sino en una verdadera creación. Tiene sus raíces en una existencia llena de significado, donde «A» no es «no-A». Es erróneo alabar a Dios sólo como

una experiencia religiosa vacía, de arriba (del piso de arriba). Esa es una forma de tomar su nombre en vano.

Notemos también que nuestra alabanza a Dios no está en primer lugar en el área de la soteriología. Si somos totalmente bíblicos, no le alabamos en primer lugar porque nos salvó, sino porque está ahí y siempre ha estado ahí. Y le alabamos porque quiso dar existencia a todas las otras cosas, incluyendo al hombre.

Por tanto, cuando leemos en Génesis 1:1: «En el principio creó Dios los cielos y la tierra», ésta se convierte en una tremenda afirmación para el mundo moderno. De ella depende cualquier respuesta distintivamente cristiana, aunque vaya a ser dura para los oídos del hombre en el siglo xx.

Creación por «fiat»

¿Cómo creó Dios? Leemos en 11:3: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios...»⁵ La frase que me interesa principalmente aquí es la *palabra de Dios*.

Primeramente, existe tanto un paralelo como una distinción con la creación de un artista. En mis primeros años de creyente pensaba que no era correcto usar la palabra *creación* en relación a una obra artística. Reservaba este término sólo para la obra inicial de Dios. Pero he comprendido que estaba equivocado porque, aunque ciertamente hay una diferen-

5. Este versículo es a veces usado por aquellos que dicen que la fe misma da conocimiento y así invalidan la necesidad del contenido de las Escrituras. Sin embargo, son las Escrituras mismas las que dan el conocimiento a que nos referimos aquí, y luego nosotros, sobre la base de lo que la Biblia considera razón suficiente, creemos lo que Dios nos ha dicho en la Escritura.

cia, hay también un paralelo importante. El artista concibe en su mundo de ideas y luego plasma en el mundo externo. Este es el caso de un pintor de lienzos, de un compositor de música, de un ingeniero que diseña un puente, de un decorador y hasta de una florista. Primero hay la concepción en el mundo de las ideas y luego la realización de éstas en el mundo externo. Y es exactamente lo mismo en el caso de Dios. Dios, quien existía antes de la creación, tuvo un plan y creó, convirtiendo estas cosas en algo objetivo. Además, de la misma manera que podemos conocer algo cierto acerca del artista contemplando su creación, podemos conocer algo acerca de Dios contemplando su creación. La Escritura insiste en que aun después de la caída conocemos algo acerca de Dios sobre esta base.

Y, sin embargo, las diferencias entre el artista y Dios son abrumadoras porque nosotros, siendo finitos, sólo podemos crear en el mundo externo y de aquello que ya está ahí. El artista usa su pincel y sus pigmentos. El ingeniero usa acero y cemento para su puente. El decorador necesita ciertos elementos y la florista usa las flores, el musgo y las piedras que estaban ahí. Dios obra muy diferente. Porque es infinito, originalmente creó de la nada, *ex nihilo*. No había materia ni partículas de energía antes de él crear. Nosotros trabajamos por medio de la acción de nuestros dedos. En contraste, él creó sencillamente por medio de su palabra, según el pasaje citado de Hebreos. He aquí un poder que va más allá del plano humano, finito. El fue capaz de crear y dar forma sólo por medio de su palabra, de su voz.

Desde el punto de vista escritural, la primera creación se remonta más allá de la materia o energía básica. Nosotros consideramos la creación como una cosa nueva creada por Dios de la nada, por *fiat*, y ésta es la diferencia.

Si pudiésemos tomar todo lo que hay en el mundo y comprimirlo en una molécula pesada tres centímetros de larga en cada dirección, dando por supuesto que todo surgió de la misma, ello no respondería, sin embargo, el problema básico del hombre, porque no explicaría cómo esa molécula llegó ahí o cómo a partir de ella pudo surgir la forma y complejidad del universo presente, o algo tan personal y tan básicamente singular como el hombre. Por esto es necesaria la respuesta bíblica.

Otra formulación de esta respuesta la tenemos en 2.^a Pedro 3:5: «Estos ignoran (los burladores que decían que Cristo no volverá realmente otra vez), voluntariamente, que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste.» Dios, con su mandato (*fiat*), dio al mundo su existencia.

Debemos señalar algo más: «Pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2.^a Pedro 3:7). Así, este pasaje no sólo refleja la creación sino también el fluir de la historia: tanto su comienzo como su continuación. Dios no sólo dio existencia a los cielos y la tierra por mandato divino, sino que aún obra en la historia de igual forma. No se ha convertido en esclavo de su creación. Ni es esclavo de la historia, porque El hizo la historia tal como es ahora. La historia se dirige a algún sitio: hay un fluir hacia la historia. Y la misma «palabra de Dios» vendrá con juicio y con fuego cuando Dios hable otra vez. Por tanto, aunque hay uniformidad de causas naturales en el mundo externo que Dios ha hecho, no es un sistema cerrado. Dios aún puede hablar cuando quiere, y Pedro dice que un día en la historia ciertamente hablará otra vez, para juicio.

Este concepto de creación por la palabra hablada está expresado maravillosamente en dos pasajes del libro de los Salmos. El primero se encuentra en el salmo 33:6, 9: «Por la palabra del SEÑOR fueron hechos los cielos...» Es de notar el exacto paralelo con los pasajes anteriores del Nuevo Testamento: por la palabra del Señor. También es de notar el versículo nueve: «Porque él dijo, y fue...» Se debería eliminar la palabra *hecho* de la traducción, ya que no aparece en el original. No sé por qué los traductores la pusieron ahí. Echa a perder el impacto y daña el significado. Más bien: «El dijo, y fue.» Aquello que no era, por medio de su mandato hablado, fue. Este es el comienzo del fluir de la continuidad espacio-tiempo, la historia como la conocemos.

El segundo pasaje se encuentra en el salmo 148:5: «Alaben el nombre del SEÑOR; porque él mandó, y fueron creados.» Este es el equivalente en el Antiguo Testamento de Apocalipsis 4:11, la base de la doxología: Dios realmente está ahí e hizo que fuesen todas las cosas que son.

No saber o negar el que las cosas fueron creadas es lo que hace sombría la problemática del hombre moderno. Rechazar la creación como una realidad histórica, espacio-temporal, es quedarse con lo que Simone Weil llamó la no-creación. No es que algo no existe, sino que sólo se mantiene ahí, autónomo en sí mismo, sin soluciones y sin respuestas. Una vez rechazado el que todas las cosas fueron creadas, significado y categorías sólo pueden consistir en algún tipo de salto, con o sin drogas, a un mundo irracional. Por tanto, la oscuridad del hombre moderno descansa principalmente sobre su pérdida de la realidad de la creación de todas las cosas (todas las cosas excepto el Dios personal que siempre ha sido).

Pero debido a que yo y todos los cristianos sabemos ciertamente, aunque no exhaustivamente, «por

qué» algo está ahí, por qué el mundo tiene forma y el hombre personalidad, puedo encontrarme con Simone Weil u otro ser humano sin esperanza y hablar. Hay una respuesta, que hace posible la discusión, de por qué las cosas son de la manera que son, y ésta es la base de mi agradecimiento, como debiera serlo para cada cristiano. A no ser que volviendo atrás profundicemos en las cosas que hemos comentado aquí, aun el agradecimiento por la salvación se convierte en algo sin significado porque está suspendido en un vacío. En verdad, como dice Jeremías: «No es así la porción de Jacob; porque él es el Hacedor de todo.» Ahora puedo estar agradecido tanto por el conocimiento de lo que es como por mi salvación en Cristo Jesús. Ya que ambas cosas están enraizadas en el hecho de que la porción de Jacob no es como los dioses antiguos o nuevos. El es distinto: El es el Hacedor de todo.

capítulo 2 **diferenciación y creación del hombre**

Dios el Creador es nuestra porción. Nos llama a amarle y a adorarle por haber dado existencia a todo lo que es. La Biblia no calla en lo concerniente al porqué debe ser así.

«Creó»

La palabra *creó* (hebreo *bārā'*) sólo se usa un número limitado de veces en las Escrituras. Este es el caso de la forma específica usada en Génesis 1:1, 21, 27 y 5:1-2. En el desarrollo de la creación se usa en tres momentos decisivos. El primero es el momento en que Dios creó de la nada (Génesis 1:1); el segundo cuando Dios creó la vida consciente (Génesis 1:21), y el tercero cuando Dios creó al hombre (Génesis 1:27).

El tercer pasaje tiene especial interés porque la palabra *creó*, en esta forma especial, se usa reiteradamente: «Y *creó* Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo *creó*; varón y hembra los *creó*.» Es como si Dios pusiese signos de exclamación para indicar que hay algo de especial en la creación del hombre. Esto se refuerza en el resumen de Génesis 5:1-2: «Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que *creó* Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los *creó*; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el día en que fueron *creados*.» Ambos pasajes ponen un triple énfasis sobre la palabra. Dios está diciendo que tres

aspectos de la creación —creación de la nada, creación de la vida consciente y la creación del hombre— son únicos.

Diferenciación

Génesis 1:2 dice: «Y la tierra estaba desordenada (esto puede traducirse como que la tierra estaba desolada, desierta) y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo...» En este punto del proceso de la creación lo que ha sido hecho hasta este momento carece de diferenciación. En otras palabras, parece que tengamos aquí la creación del *es-cueto, simple ser*. Lo que Dios ha hecho no tiene forma; no hay diferenciación entre las partes. Luego, en los siguientes versículos, encontramos una diferenciación en desarrollo, continua. Hay, por tanto, dos pasos: 1) creación de la nada, y 2) diferenciación.

El segundo paso no debe ser confundido con el primero. Para cada cosa casi siempre se introduce la diferenciación con la palabra *sea*. Por ejemplo: «Y dijo Dios: Sea la luz, y fue la luz» (Génesis 1:3); o: «Haya expansión en medio de las aguas, ... y fue así» (Génesis 1:6-7). En suma, Dios dice algo como «Sea de esta manera», un acto diferente de la creación misma.

La palabra *sea* tiene un uso aún más general en algunos versículos. Por ejemplo, en Génesis 1:14, luego de decir: «Haya lumbreras en la expansión de los cielos», continúa Dios diciendo: «y sirvan de señales para las estaciones, para días y años». Y en la segunda porción del versículo 26 dice: «y señoree (el hombre)». Así, en estos versículos Dios no está dando existencia a algo, ni diferenciándolo, sino indicando qué significa este tipo de ser. Sin embargo, es de notar que en la mayoría de ocasiones en que se usa la palabra *sea* en este capítulo Dios aún obra por

mandato (*fiat*), al igual que lo hizo en la creación. Está diciendo: «Acontezca esto», y acontece.

Comunicación efectiva y comunicación exhaustiva

Estamos considerando asuntos alejados en el pasado y concernientes a acontecimientos cósmicos. Esto da lugar a una pregunta: ¿Podemos realmente hablar con sentido y significado acerca de ellos? Es provechoso, en primer lugar, distinguir entre comunicación efectiva y comunicación exhaustiva. Lo que afirmamos como cristianos es que, cuando se toman en consideración todos los factores, la Biblia nos da un conocimiento verdadero aunque no un conocimiento exhaustivo. El hombre, como criatura finita, es incapaz, por otro lado, de manejar un conocimiento exhaustivo. Aquí hay una analogía con nuestra propia comunicación interhumana; nos comunicamos unos con otros de forma efectiva, real, pero no nos comunicamos exhaustivamente. Aun un cristiano que sostenga el punto de vista más elevado sobre la inspiración, no pretende, en ningún punto, un conocimiento exhaustivo.

La Biblia es un libro muy eficaz. Debemos recordar su propósito: Es el mensaje de Dios al hombre caído. El Antiguo Testamento dio a los hombres lo que necesitaron desde la caída hasta la primera venida de Cristo. Ambos Testamentos dan todo lo que los hombres necesitan desde la caída hasta la segunda venida de Cristo. También se dan muchos otros detalles que necesitamos, pero el propósito primordial siempre se mantiene en el centro y sin confusión. Por ejemplo, se menciona a los ángeles muchas veces, pero la Biblia no es un libro acerca de los ángeles. Lo que se nos dice acerca de los ángeles es cierto y tiene un propósito, pero siempre en relación a los hombres. Lo mismo en el caso del cielo; se nos da un conocimiento verdadero en relación

a lo que necesitamos saber acerca del cielo, pero no se nos dan muchos detalles. Se incluye el conocimiento de la creación cósmica porque necesitamos conocer estas cosas que fueron antes de la caída. Lo que la Biblia nos dice es verdad auténtica y real, con un propósito, pero lo que se da está en relación con los hombres. *Es* un libro científico en el sentido de que cuanto dice sobre el cosmos es verdad, una verdad con un propósito. Cuando lleguemos al cielo, lo nuevo que aprendamos no estará en contradicción con los hechos que la Biblia ahora nos da, de igual manera que el Nuevo Testamento no contradice el Antiguo. La Biblia *no* es un libro científico, si esto significa que su propósito es dar un conocimiento exhaustivo o que el hecho científico es tema central y dominante.

En consecuencia, hemos de ser cautos cuando decimos saber el curso de la historia: No debemos afirmar, por un lado, que la ciencia es innecesaria o sin sentido, ni, por otro lado, que las implicaciones que saquemos de las Escrituras son absolutamente exactas, o que estas deducciones tienen la misma validez que las declaraciones de las Escrituras mismas. Pero todo esto no cambia el hecho de que la revelación bíblica tiene un propósito y que ha de ser tratada sobre una base racional en relación con la ciencia y en coordinación con la ciencia. El contenido de las Escrituras no es del ámbito del «piso de arriba», y no olvidemos que toda la Escritura es revelada.¹

1. Puede haber una diferencia entre la metodología por la cual adquirimos conocimiento de lo que Dios nos dice en la Biblia y la metodología por la cual lo adquirimos del estudio científico, pero no conduce a una dicotomía en cuanto a los hechos. En la práctica puede no siempre ser posible correlacionar los estudios debido a la situación especial implicada en un caso particular; sin embargo, si ambos estudios pueden seguirse adecuadamente, no habrá conflicto final. Por ejemplo, la torre de Babel: ya sea que nos acerquemos a ella a

Al observar la diferenciación que surge cuando Dios dice «Sea de esta manera», podemos tener la confianza de que esto es auténtica historia, pero no significa que la situación sea revelada exhaustivamente o que todas nuestras interrogantes sean constantes. Ha sido así para nuestros antecesores, lo es para nosotros y lo será para todos los que nos sigan. Ciertamente, cuando estemos ante Dios en el tiempo venidero, aun cuando le veamos cara a cara, su comunicación —aunque siendo más de lo que ahora conocemos— no será todavía totalmente exhaustiva

partir del conocimiento bíblico dado por Dios o mediante el estudio científico, de cualquier forma al concluir nuestro estudio, la torre de Babel o estuvo o no estuvo allí. Lo mismo podemos decir de Adán. Ya sea que comencemos con la arqueología y la antropología o que comencemos con el conocimiento que nos da la Biblia, si estuviese dentro de las posibilidades del conocimiento científico el hacerlo, en ambos casos terminaríamos con conocimiento acerca de los huesos de Adán. La ciencia, por sus limitaciones naturales, no puede conocer todo lo que nosotros conocemos de Dios en la Biblia, pero en aquellos casos en que la ciencia puede conocer, ambas fuentes de conocimiento llegan al mismo punto, aunque el conocimiento se exprese en términos diferentes. Y es importante tener en mente que hay una gran diferencia entre decir la misma cosa con dos sistemas de símbolos distintos y decir dos cosas diferentes pero ocultando la diferencia con dos sistemas de símbolos idénticos. Lo que la Biblia enseña concierne a la historia y al cosmos y lo que la ciencia enseña en estas mismas áreas no representa una discontinuidad. Ciertamente debe haber un sitio para el estudio de la revelación general (el universo y su forma, y el hombre con su hombradía), esto es: un sitio para la auténtica ciencia. Pero, por otro lado, debe entenderse que no hay una necesidad automática de acomodar la Biblia a las afirmaciones de la ciencia. Hay una tendencia en algunos científicos creyentes de colocar siempre la revelación especial (la enseñanza de la Biblia) bajo el control de la revelación general y la ciencia, y nunca o muy raramente colocar la revelación general y lo que la ciencia enseña como verdad bajo el control de las enseñanzas de la Biblia. O sea, aunque piensan que lo que la Biblia enseña es verdad, en realidad tienden a concluir que la verdad científica es más auténtica que la verdad bíblica.

porque quienes somos finitos nunca podremos agotar lo infinito. Lo que conocemos puede ser cierto y normativo y, sin embargo, no ser un mapa completamente detallado de todo el conocimiento que Dios mismo tiene.

Separó Dios

De manera que luego de la creación inicial de la nada vienen las diversas diferenciaciones. La primera diferenciación aparece en Génesis 1:3-4: «Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz. Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas.» (La palabra *separó*, o *dividió*, es la clave, ya que se repite una y otra vez a lo largo de este capítulo.) La primera diferenciación es entre la luz y la tinieblas. Años atrás estaba confundido por el hecho de que se hace referencia a la luz en este preciso lugar, y sin embargo hoy sabemos que encaja con lo que la ciencia dice en el momento presente. Con la división (fisión) del átomo la discusión se desplazó; la luz está íntimamente relacionada con la energía, y no es sorprendente que la luz (en contraste con el sol) sea la primera diferenciación del *simple ser*.

La segunda diferenciación aparece en el versículo 6: «Luego dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.» Algunos eruditos que han tratado de minimizar la enseñanza de la Biblia han dicho que la palabra *expansión* (firmamento) indica que los judíos tenían la idea de una cubierta (bóveda) de hierro o bronce sobre el mundo. Pero ésta no es aquí la imagen, en absoluto. *Expansión*, sencillamente, significa «extensión». Es más bien una palabra extensa, como podemos ver del hecho de que en la *expansión* es donde están la luna, el sol y las estrellas (v. 14). Quizá para nuestra generación el mejor equivalente sería la palabra *espa-*

cio. Pero también es el sitio donde vuelan los pájaros (v. 20). En cualquier caso, la idea de que es sencillamente una cubierta dura y que refleja el concepto primitivo de un universo de tres pisos es equivocada. Más bien a lo que se hace referencia es a la diferenciación de lo que existe: una diferenciación de la extensión que está alrededor nuestro.

En el versículo 9 continúa la diferenciación y se concentra sobre la tierra misma: «Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así.» Ahora tenemos mar y tierra. Hay un constante refinar, por así decir, a medida que pasamos estas etapas.

En el versículo 11 aparece una cuarta diferenciación: «Después dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su semilla esté en él, sobre la tierra. Y fue así.» Así de la tierra brota la vegetación y tenemos una diferenciación entre no-vida y vida vegetal.

Continúa la diferenciación en los versículos 14-16, donde Dios hace lumbreras en el firmamento y divide el día de la noche sobre la tierra. En el versículo 16 encontramos alguna dificultad: «E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; hizo también las estrellas.» Sin embargo, el énfasis principal está en que el día es dividido de la noche sobre la tierra. La intención principal es una diferenciación continuada a medida que la existencia pasa de un simple ser a la luz (o energía) y luego a un espacio diferenciado, áreas de agua y tierra, lo que no tiene vida, y las plantas vivas, y el día y la noche sobre la tierra.

Los versículos 20 y 21 recogen una de las diferenciaciones más decisivas: aquella entre la vida consciente y la vida inconsciente. Es de señalar, nueva-

mente, que es en este preciso lugar donde la palabra *creó* es usada en su forma especial: «Dijo Dios: Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos. Y *creó* Dios los grandes monstruos marinos, y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno.» De este modo surge la vida consciente en dos niveles: vida consciente en las aguas y vida consciente en el aire. De hecho, una mejor traducción de la segunda mitad del versículo 20 es «vuelen las aves». El imperativo no aparece en el hebreo, pero la forma de la palabra *volar* lo requiere. En otras palabras, el imperativo se usa a lo largo de esta sección en los versículos 3, 6, 9, 11, 14 y ahora dos veces en el 20. Pero en este momento de la vida consciente se enfatiza el hecho único de *crear*, como lo fue anteriormente en la creación única original de la nada.

En el versículo 24 encontramos la séptima diferenciación: «Luego dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie. Y fue así.» En esta división se distingue la vida consciente sobre la tierra de la vida consciente en el agua y la vida consciente en el aire. Hasta aquí todo ha sido hecho y diferenciado con excepción de una cosa: el hombre. Y así llegamos, finalmente, a la distinción que es tan grandiosamente importante para nosotros.

Dios pone al hombre aparte del simple ser, la vida vegetal y la vida consciente de peces, aves y animales. Génesis 26 dice: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.» El hombre presenta un marcado contraste con todo lo que ha sido creado antes. En primer lugar, como hemos visto ya, se le aplica la palabra *crear*, y esto significa que Dios hizo al hombre de

una forma especial. Además, sabemos algo acerca de esta forma especial: El hombre fue hecho «a imagen de Dios».

Hemos de examinar este pasaje en relación con Génesis 2:7, donde se añaden otros detalles: «Entonces el SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente.» Para no dar demasiada importancia a la palabra *ser* (alma), debemos notar que esta palabra también se usa en relación a otras cosas vivas con vida consciente. Así, en realidad no se hace énfasis sobre el alma en oposición al cuerpo, sino sobre el hecho de que Dios creó al hombre con vida consciente mediante un acto específico y definido. Dios hizo al hombre a su imagen mediante un acto de creación específico. Esto está recalcado, como vimos antes, por el hecho de que la palabra especial *crear* se usa tres veces, tanto en Génesis 1:27 como en 5:1-2.

Génesis 1 y Génesis 2

Muchos eruditos hoy día ven Génesis 1 y Génesis 2 como dos relatos separados, casi como si fuesen dos compartimentos impermeables en los que nada de uno tuviese relación con algo del otro. Pero, de acuerdo con la exégesis de estos capítulos que la propia Escritura da, esto no es permisible. De hecho, el primer y segundo capítulos de Génesis forman una unidad; ninguno de los dos relatos es completo en sí mismo. Los dos pasajes son complementarios; cada uno contiene material único, importante para una comprensión del hombre.

Pero hay una razón mayor para esta unidad de los dos relatos. Jesús mismo los enlaza. Por tanto, para rechazar esta unidad tendríamos que negar la forma en que Jesús usó los dos capítulos. Al respon-

der la pregunta del fariseo relativa al divorcio, Jesús dijo: «¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo...?» Jesús alude aquí a Génesis 1:27. Pero prosigue: «y dijo (Dios): Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne». Estas últimas palabras en Mateo 19:4-5 son una cita de Génesis 2:24. Así Jesús pone los dos pasajes de Génesis 1 y 2 juntos, como una unidad.

En Marcos 10:6-8 encontramos más indicaciones de esta unidad: «Pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios.» Esto nos lleva nuevamente a Génesis 1:27. Inmediatamente después Jesús dice: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer.» Esto deriva de Génesis 2:24, uniendo también los dos relatos en uno. Luego, Jesús prosigue: «Y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno.» Estos pasajes enlazados son la base de la norma moral de Jesús en relación al matrimonio. Jesús retrocede, une la creación del hombre en Génesis 1 con la creación del hombre en Génesis 2 y muestra una unidad que forma la base de su enfoque del matrimonio.

Si consideramos la estructura literaria a lo largo de todo el libro de Génesis se nos aclarará un poco más la relación entre Génesis 1 y 2: Primero, las cosas menos importantes se tratan rápidamente y las cosas más importantes para el tema central de la Biblia se repiten y se desarrollan más ampliamente. Este es el caso, por ejemplo, en el relato de Isaac y sus dos hijos, Jacob y Esaú. La historia de Esaú viene primero, pero es la de Jacob la que se desarrolla ampliamente. De igual manera, primero Génesis 1 presenta brevemente al hombre en su escenario cósmico, y luego Génesis 2 le coloca en el centro del tema del libro. La Biblia es, como hemos dicho, el libro del hombre caído. Su propósito es decirnos, a

nosotros todos en este lado de la caída, quiénes somos y lo que Dios quiere que sepamos. En consecuencia, luego de presentar al hombre en su escenario cósmico en el primer capítulo de Génesis, Dios le coloca en el centro, a partir de la mitad del capítulo segundo. A pesar de que los relatos de Génesis 1 y 2 tienen esta diferencia de énfasis, no se contradicen uno al otro.

La historicidad de Adán y Eva

El uso que hace Jesús de Génesis 1 y 2 levanta también la cuestión de la historicidad de Adán y Eva. Es difícil eludir el hecho de que Jesús consideraba a Adán y Eva ciertamente como la primera pareja humana en el tiempo y el espacio. Si tenemos alguna duda con respecto a ello, seguramente se disipará a medida que consideramos otros pasajes del Nuevo Testamento.

Por ejemplo, Romanos 5:12 contiene un fuerte testimonio de que Adán y Eva fueron de hecho personas espacio-temporales: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte...» Así, hubo un primer hombre, un hombre. Pablo continúa en el versículo 14: «No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán...» Es obvio que a Adán se le considera tan histórico como a Moisés. Si esto no fuese así, el argumento de Pablo no tendría significado. El versículo 15 reafirma esto: «Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo.» Por tanto, aquí existe un paralelo entre la historicidad de Adán (el primer hombre) y otros dos: Cristo, y luego nosotros mismos. Está ha-

blando de los hombres en la historia cuando se refiere a «los muchos» y así establece un triple paralelismo: la historicidad de Adán, la historicidad de Cristo y mi historicidad.

El argumento de Pablo en Romanos se fortalece aún más en 1.^a Corintios 15:21-22: «Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.» Nuevamente el énfasis está en el paralelo entre la historicidad de Jesucristo (quien, como recordaréis, Pablo había visto en el camino a Damasco) y la historicidad del hombre que aquí llama Adán. El versículo 45 sigue la misma línea: «Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente; el postrer Adán, espíritu vivificante.» El «así también está escrito» alude a Génesis 2:7. Si uno desea prescindir de la historicidad de Adán, ciertamente debe plantearse este fuerte paralelismo entre Adán y Cristo.

A menudo se dice que este paralelismo es sólo paulino, pero el evangelio de Lucas nos presenta exactamente la misma cosa. Trazando la ascendencia de Jesús, Lucas menciona una lista de personajes de la historia que incluye, entre otros, a David, Isaí, Jacob y Abraham, concluyendo como sigue: «hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios» (Lucas 3:38). Así tenemos otro triple paralelismo entre la existencia histórica —objetiva de todo un grupo de personas que sabemos son históricas por el Antiguo y el Nuevo Testamento—, la existencia histórica —objetiva de Adán— y la existencia objetiva de Dios mismo. Si quitamos la historicidad de Adán, ¿nos quedamos sin aliento! Si adoptásemos esta forma común de comprender lo que está escrito en la Biblia, la estructura del cristianismo quedaría reducida únicamente a un salto existencial.

Avancemos un poco más. En 1.^a Timoteo 2:13-14 leemos: «Porque Adán fue formado primero, después Eva; y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión.» Aquí se añade algo más: No sólo Adán es histórico, sino que Eva se presenta, en medio de su rebelión, también como histórica. En 2.^a Corintios 11:3 también se atestigua esto: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.» El paralelo aquí es entre Eva y yo mismo. Pablo apela a aquellos de nosotros que somos objetivamente reales —que estamos en la historia—, para que no caigamos en una situación semejante. Y, sin turbación alguna, Pablo obviamente espera que sus lectores den por sentado con él la historicidad de Eva y la historicidad de los detalles expuestos en Génesis.

Un ejemplo claro de esto lo encontramos en 1.^a Corintios 11:8-9: «Porque el varón no procede de la mujer, sino la mujer del varón, y tampoco el varón fue creado por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón.» Aquí el hecho de que Eva fue creada después de Adán es una parte importante del argumento de Pablo. También tendría que tomarse en cuenta la forma en que Pablo cita la primera parte de Génesis en 1.^a Corintios 6:15 y en Efesios 5:31. (Y, finalmente, en 1.^a Juan 3:12, Caín es tomado como histórico, y en Hebreos 11, Abel, Enoch y Noé se presentan como paralelos a Abraham y todos los que le siguieron en la historia.)

Tenemos, por tanto, un fuerte testimonio de la unidad de Génesis 1 y 2 y de la historicidad de Adán y Eva. Un testimonio con el peso de la autoridad de Pablo y Lucas, además de la autoridad de Jesús.

La creación de Eva

En Génesis 2, Adán es creado antes que Eva. No hay ningún ser humano ante él. Está solo. Adán, creado de una manera única, específica a la imagen de Dios, diferenciado de todo lo que le ha precedido, encuentra que nada le corresponde. En el hebreo se puede sentir la fuerza de esta afirmación, especialmente en el versículo 20: «... mas para Adán no se halló ayuda idónea para él (esto es, una ayuda frente a él)». Se hace énfasis aquí en una contraparte para Adán, alguien paralelo a él aunque diferente. Esta contrapartida, que ahora conocemos muy bien en la relación vivencial hombre - mujer, sencillamente no existía en ese momento. Algo no estaba ahí.

«Y dijo el SEÑOR Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él» (Génesis 2:18). Y a continuación dice: «Entonces el SEÑOR Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras éste dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que el SEÑOR Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora (puede traducirse: *este uno en este momento*, lo que le da el énfasis histórico): “este uno en este momento” es hueso de mis huesos y carne de mi carne; ésta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne» (Génesis 2:21-24).

Nos intriga aquí que Jesús, en el pasaje examinado de Mateo 19:4-5, hace referencia al versículo 24 como una declaración directa de Dios. Dios dice esto debido a la forma en que Eva fue hecha, tomada del hombre. Así es difícil minimizar esta forma de expresión tan directa de la primera porción de Génesis sin perder la posibilidad de un significado real en el

lenguaje o en la comunicación. Se nos dice que Dios hizo a la mujer de esta forma particular. No podemos hacer trampas con el lenguaje aquí.

Ciertamente el hecho de la creación de la mujer a partir del hombre tiene una importancia filosófica muy definida, porque significa que la Humanidad es realmente una unidad. El hombre no surgió simplemente de ninguna parte. Ni ha brotado de numerosos comienzos. Hubo un comienzo real, un comienzo en una verdadera unidad en un hombre, un individuo, diferenciado de todo lo que le precedió, y luego diferenciado en términos de varón y hembra. Es este panorama el que da fuerza al concepto cristiano de la unidad del género humano. El mundo de hoy está tratando de encontrar una base para reclamar que todos los hombres son uno, pero el creyente no tiene este problema porque comprende por qué el género humano está realmente unido.

Más aún, podemos comenzar a comprender algo acerca del matrimonio, por qué Dios une el vínculo del matrimonio con la realidad de la unidad del género humano. Así, podemos comprender algo de esa unión particular cuando el hombre y la mujer constituyen un entero, cuando se convierten en una sola carne. El Hombre, con mayúscula, equivale a hombre y mujer, y la unión de un-hombre y una-mujer restablece esa unidad.

Como cristianos no debemos permitir que se aparte a un lado, como algo sin importancia, esta sección de Génesis relacionada con la creación de Eva. A primera vista podría parecer que no perderemos mucho, sin embargo finalmente acarrearía una verdadera destrucción. La Biblia describe la creación de Eva como una diferenciación específica, en su propia forma, de igual valor que la diferenciación en la creación de Adán mismo.

Hay una fuerza especial, por tanto, en Génesis 5:1-2: «Este es el libro de las generaciones de Adán. El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán (u hombre), el día en que fueron creados.»² La segunda vez que se usa la palabra *creó* en este pasaje, aparece en relación tanto al hombre como a la mujer. Es paralelo a Génesis 1:27: «Varón y hembra los *creó*.» El edificio está ahora completo.

Así, para resumir dónde estamos en el curso de la historia, podemos decir que hay una primera creación de la nada, luego diferenciación en diversas formas, luego diferenciación del hombre con respecto a todo lo precedente, y luego, de una forma muy especial, diferenciación de Eva con respecto a Adán, de la mujer con respecto al hombre. Toda esta secuencia da testimonio de Adán y Eva, de pie en la historia espacio-temporal.

La imagen de Dios

¿Qué es lo que diferencia a Adán y Eva del resto de la creación? Encontramos la respuesta en Génesis 1:26: «Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen...» Lo que diferencia a Adán y Eva del resto de la creación es que fueron creados *a imagen de Dios*. Para el hombre del siglo xx esta frase, *a imagen de Dios*, es tan importante como cualquier otra cosa en las Escrituras, porque los hombres hoy ya no pueden contestar esa pregunta clave: «¿Quién soy yo?» El hombre ha perdido su identidad única en sus propias teorías naturalistas, con la uniformi-

2. En los primeros capítulos, hasta el capítulo 5, la palabra *Adán* se utiliza con un artículo definido haciendo referencia a un hombre específico. En Génesis 5:1-2 se utiliza sin el artículo definido y así parece más correcto traducirlo como *humanidad*.

dad de causa y efecto en un sistema cerrado, con el concepto evolucionista de un desfile casual, mecánico, desde el átomo al hombre. Al mirar el mundo, al enfrentarse con la máquina, no puede diferenciarse a sí mismo de aquello con lo que se enfrenta. No puede distinguirse a sí mismo de las demás cosas.

Muy al contrario, un creyente no tiene este problema. El sabe quién es. Si algo es un don de Dios, esto lo es: saber quién eres. Como cristiano, conozco mi diferenciación. Puedo mirar la más complicada máquina que los hombres hayan hecho hasta ahora e jamás harán y percatarme de que, aunque la máquina puede hacer algunas cosas que yo no puedo hacer, soy diferente de ella. Si veo una máquina que es más fuerte que yo, no importa. Si puede levantar una casa, no me inquieta. Si puede correr más a prisa que yo, su velocidad no me amenaza. Si me enfrento con un computador gigante que nunca puede ser vencido cuando juega al ajedrez —aunque sea no sólo ahora sino también en el futuro—, no estoy hundido. Otros podrían estar intelectual y psicológicamente agobiados por el hecho de que un hombre puede hacer una máquina que puede vencerle luego en sus propios juegos, pero no el cristiano.

El cristiano sabe que en el curso de la historia el hombre tiene un origen diferente. No es que Dios no haya hecho tanto al hombre como a la gran maquinaria del universo, sino que ha hecho al hombre distinto del resto del universo. Y lo que diferencia al hombre de la máquina es que su relación básica es hacia arriba en lugar de hacia abajo u horizontal. Ha sido creado para tener relación con Dios en una forma que ninguno de los otros seres creados disfruta.

Es sobre la base de haber sido hecho a imagen de Dios que todo está abierto al hombre. La personalidad no se escapa, de repente, de entre mis dedos.

Comprendo la posibilidad del compañerismo y de la personalidad. Comprendo que debido a que soy hecho a la imagen de Dios y porque Dios es personal, tienen valor la relación personal con Dios y el concepto de compañerismo como tal. El factor primordial es que mi relación es vertical. Naturalmente, también tengo relaciones hacia abajo, pero estoy diferenciado de todo lo que está debajo de mí y no me es ya motivo de confusión.

Esta diferenciación hace posible el amor auténtico. No es posible imaginarse una máquina amorosa. Aunque un computador puede combinarse con otro para elaborar una respuesta a algún tipo de pregunta, no llamaríamos a eso una relación amorosa. Además, si somos hechos a imagen de Dios no nos desconcierta la posibilidad de comunicación; y no nos turba la posibilidad de una revelación, ya que Dios puede revelarme una verdad con un propósito ya que estoy hecho a su imagen. Finalmente (como han señalado hace tiempo los teólogos), si el hombre es hecho a la imagen de Dios, la encarnación, aunque tiene muchos misterios, no es una tontería. La encarnación no es irracional, como seguramente lo sería si el hombre se viera a sí mismo sólo como lo finito en una relación frontal con un otro filosófico.

En consecuencia, debe estar agradecido por el entendimiento que se da aquí en Génesis: que en el curso de la historia el hombre ha sido hecho a imagen de Dios, pues esto da una base psicológica, emocional e intelectual a mi comprensión de quién soy.

El dominio del hombre

Es sobre la base de haber sido creado a imagen de Dios que el hombre tiene dominio sobre las otras cosas en el mundo que le rodea. No es sólo que el hombre es sencillamente más fuerte; de hecho, no

siempre es más fuerte. El dominio mismo es un aspecto de la imagen de Dios en el sentido de que el hombre, siendo creado a imagen de Dios, está colocado entre Dios y todo lo que Dios escogió para poner bajo el hombre. Como lo que fue creado, el hombre no es mayor que todo lo que ha sido creado, pero al ser creado a imagen de Dios tiene la responsabilidad de preocuparse conscientemente de todo lo que Dios pone a su cuidado.

Más aún, el ser creados a imagen de Dios nos evita la aflicción de pensar que todo lo que *es*, por tanto, debe ser *correcto*. Hemos recibido un dominio que coloca una responsabilidad moral sobre nosotros. No necesitamos por ello sucumbir a la ética del marqués de Sade, donde el poder o lo que es, es correcto de por sí, independientemente de toda categoría moral.

Vayamos más lejos. Leemos en Génesis 1:26: «... y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra». Estas palabras se repiten casi seguidamente: «Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra. Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta *que da semilla*, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto *y que da semilla*; os serán para comer» (Génesis 1: 28-29). Así, parte del dominio del hombre es la utilización de las plantas para su provecho.

Una implicación más de su dominio surge en Génesis 2:19-20: «El SEÑOR Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo, y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viese cómo las había de llamar; y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre. Y puso Adán nombre a

toda bestia y ave de los cielos y a todo ganado del campo.» Así las implicaciones de su dominio se extendieron más allá del reino vegetal, hasta aquello que tiene vida consciente.

Posiblemente una de las expresiones más relevantes del concepto del dominio del hombre la encontramos en el Salmo 8:5-8:

*Le has hecho poco menor que los ángeles,
y lo coronaste de gloria y de honra.
Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
todo lo pusiste debajo de sus pies.
Ovejas y bueyes, todo ello, y asimismo las bestias
del campo, las aves de los cielos y los peces del mar;
todo cuanto pasa por los senderos del mar.*

Este pasaje tiene, por supuesto, una referencia profética a Jesucristo, pero también es aplicable a la Humanidad en general. Todos estos elementos de la realidad —animales, aves y vida marina— están bajo el dominio del hombre, y el hombre tiene una responsabilidad hacia ellos, como también el derecho de usarlos adecuadamente.

El salmo 115:16 también da testimonio de este hecho, pero añade una restricción: «Los cielos son los cielos del SEÑOR; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres.» Por tanto, no toda la creación, sino una cierta área es lo que ha sido puesto bajo el reinado del hombre.

Sin embargo, esto no significa que el hombre, tal como fue creado originalmente, no tuviese nada que hacer: «Tomó, pues, el SEÑOR Dios al hombre, y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo guardase» (Génesis 2:15). Como veremos más adelante, el trabajo que había de realizar no era de la misma clase del que ahora conocemos, pero ciertamente la vida del hombre no era sólo un largo perío-

do de indolencia. El hombre, antes de la caída, tenía un trabajo que hacer. Se le dio dominio, y aunque lo administra muy mal desde la caída, aún tiene ese dominio.

La imagen de Dios y el hombre caído

Es importante notar que el hombre caído todavía retiene algo de la imagen de Dios. La caída separa el hombre de Dios, pero no elimina su diferenciación original de las demás cosas. El hombre caído no es menos que un hombre. Así leemos en Génesis 9:6: «El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre.» El hombre es una creación tan especial que quitarle la vida en un desenfreno homicida merece un castigo singular. A veces creo que el clamor contra la pena capital hoy en día no estriba en un interés humanitario o en un interés en la justicia, sino más bien en la no comprensión de que el hombre es único. Génesis 9:6 es una declaración sociológica: la razón por la cual el castigo del homicidio puede ser tan grave es que el hombre, al ser creado a imagen de Dios, tiene un valor singular, no sólo un valor teórico en algún momento antes de la caída, sino tal valor singular aun hoy.

Encontramos un pasaje paralelo en Santiago 3:9: «Con ella (hablando de la lengua) bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios.» Esta semejanza es paralela al término, *a imagen de Dios*.

Por tanto, el cristiano tiene una base sociológica que es extremadamente fuerte. Los humanistas, en tanto que tales, al luchar contra el prejuicio tienen poca base filosófica para su batalla. Pero como cristiano tengo una base: no importa a quien mire, ni donde esté, todo hombre es creado a la imagen de Dios tanto como yo lo soy en la misma medida.

De manera que la Biblia me dice quién soy. Me dice cómo estoy diferenciado de todas las demás cosas. No tengo por qué confundirme con la vida animal o con las complicadas máquinas de la segunda mitad del siglo xx.

Tengo un valor, y comprendo cómo es que soy diferente. Comprendo cómo es que Dios puede tener compañerismo conmigo y puede darme una revelación con un propósito. Además, puedo ver que todos los hombres se diferencian de igual manera de los no-hombres, y he de contemplarles como algo de gran valor. Volviendo a Génesis 9:6: Quien mate a un hombre no sólo está asesinando a alguien que pertenece a mi misma especie, sino a un ser de extraordinario valor, a un ser hecho a la imagen de Dios. Como dice Santiago, cualquier hombre, no importa quién es, extraño o amigo, un cristiano o alguien que todavía se halle en rebelión contra Dios, está hecho a la semejanza de Dios. Un hombre es algo de gran valor, no por ninguna razón básica menor, sino a causa de su origen.

De manera que el curso de la historia tiene unas implicaciones tremendas para cada aspecto de nuestras vidas. Estoy en el curso de la historia. Conozco *mi* origen. Mi genealogía es más larga que la de la reina de Inglaterra. No comienza en la batalla de Hastings. No comienza con los orígenes de buenas familias, no importa donde o cuando vivieron. Al mirarme a mí mismo en el curso de la realidad espacio-temporal, veo mi origen en Adán y en la creación del hombre a imagen de Dios.

capítulo 3 Dios y su universo

Como Creador, Dios modela y da forma al simple ser: una forma que es fiel reflejo de Aquel que la modela. Y cuando Dios ha terminado con este proceso, lo que ha hecho habla del Dios que lo hizo.

La bondad de la creación

Génesis 1 nos relata una y otra vez una cosa importante de esa creación: en el versículo 4 leemos: «Y vio Dios que la luz era buena.» La frase *que era bueno* se repite en los versículos 10, 12, 18, 21 y 25. El versículo 31 resume el juicio de Dios: «Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera.» Este no es un juicio relativo, sino el juicio del Dios santo cuyo carácter es la ley del universo. Su conclusión es: cada paso y cada esfera de la creación, y todo el conjunto unido —el mismo hombre y la totalidad de lo que le rodea, los cielos y la tierra— concuerda conmigo mismo.

Todas las cosas en cada uno de los diversos niveles de la creación cumple el propósito de su creación. La parte mecánica del universo funciona a la perfección. Los animales y las plantas actúan perfectamente con su animalidad y su calidad de planta. El hombre está en su nivel particular de creación como ser a la imagen de Dios, con una relación hacia arriba más bien que hacia abajo, y Dios es capaz de decir a ese hombre que, también, es igualmente bueno en su calidad de hombre (hombradía) en ese momento particular en la historia espacio-temporal: «El

hombre concuerda conmigo mismo en su nivel de creación.»

Así encontramos una doxología de toda la creación: cada cosa glorifica a Dios en su propio nivel. La máquina como máquina alaba y glorifica a Dios, el hombre como hombre, y todo lo demás entremedio, haciendo lo mismo. Aunque muchos de estos seres no son conscientes del todo de lo que están haciendo, hablan de las maravillas de Dios y le glorifican al cumplir el propósito para el cual fueron hechos. No hay pecado. Cada cosa se mantiene en una relación adecuada para con Dios y habla de lo que Dios es. Y porque cada cosa funciona en el contexto total de lo que Dios es (estando Dios ahí como el Creador) y debido a que cada una funciona perfectamente en el nivel para el cual fue hecha, todas las cosas están cumplidas en su propio nivel: la máquina, el animal y el hombre mismo.

Tillich diría que hombre equivale a hombre caído. Pero en Génesis la hombradía del hombre se encuentra, no en su caída, sino en el círculo en que fue creado: se encuentra en su ser a imagen de Dios y en relación al Dios que está ahí. El infinito, el Dios trino mismo puede mirar todo lo que ha creado y decir: «Esto es perfecto, el hombre es bueno —cuerpo y alma, hombre y mujer—. El hombre completo es bueno. La unidad del hombre individual es buena.» Aquí encontramos un rechazo total de la idea común de que la caída fue de naturaleza sexual, de que el tomar la fruta fue en realidad una referencia al primer acto sexual. Dios mira al hombre y a la mujer juntos y dice: «Todo esto es bueno», y en Génesis 1:28 les dice que tengan hijos.

A medida que nos acercamos al final del relato de la creación, nos adentramos en lo maravilloso. La creación ha pasado. Y, sin embargo, ello no significa que Dios deje de ser capaz de obrar en el mundo que

él ha hecho. Dios no es un prisionero de su propio universo. Dios puede cambiar el universo que ha creado de la misma forma que le dio la existencia al principio, por mandato (*fiat*) divino. Hubo, por ejemplo, un *fiat* que cambió el universo después de la caída del hombre. Y el que Dios puede obrar por *fiat* en el universo que él ha hecho es algo importante que tienen que comprender los hombres del siglo XX. Más adelante lo trataremos en detalle.

Día

Antes de seguir adelante hay un punto que es necesario considerar. Es el concepto de *día* en relación con la creación. ¿Qué significa *día* en los días de la creación? La respuesta ha de ser abierta. En Génesis 5:2 leemos: «Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán, el *día* en que fueron creados.» Como está claro que Adán y Eva no fueron creados simultáneamente, *día* en Génesis 5:22 no significa un período de veinticuatro horas. En otros sitios del Antiguo Testamento la palabra hebrea *día* se refiere a una época, al igual que algunas veces en inglés y en castellano. Por ejemplo, en Isaías 2:11, 12 y 17 se usa de esta forma. El hecho es que *día* en hebreo (al igual que en inglés y en castellano) se usa con tres significados distintos, como: 1) veinticuatro horas, 2) el período de luz durante las veinticuatro horas, y 3) un período indeterminado de tiempo. Por tanto, hemos de abordar la cuestión de la longitud exacta del tiempo indicado por *día* en Génesis con apertura. El estudio de la palabra en hebreo no aclara la manera en que se ha de tomar; puede ser una u otra. A la luz del uso de la palabra en la Biblia y la falta de una finalidad científica con respecto al problema de las fechas, en un sentido no hay debate porque no hay términos claramente definidos sobre los que debatir.

La creación y la existencia y el carácter de Dios

En contraste con la mayor parte del pensamiento teológico moderno y todo el oriental, Génesis deja claro que el mundo como lo tenemos no es una extensión de la esencia de Dios. El hecho de la creación evita esta idea. Toda la tradición judaico-cristiana tiene sus raíces en esta porción de la Biblia y toda la Biblia misma da testimonio constantemente de esa idea. El mundo no es simplemente un sueño de Dios sino que realmente está ahí, separado de Dios y poseído de una realidad objetiva. El universo delata lo que Dios es. De hecho, habla en voz alta y con claridad de lo que Dios es en cuatro áreas distintas.

En primer lugar, el mundo externo, aun en su condición presente desde la caída, habla de la existencia misma. Como he señalado antes con respecto a Jean Paul Sartre, el problema filosófico básico es que algo está ahí más bien que nada. El ser existe. Por tanto, la primera cosa de la que el mundo externo, objetivo, habla es la existencia de Dios como verdadero ser. Esto es, el universo está ahí, la existencia está ahí, Dios está ahí.

En segundo lugar, el universo tiene orden. No es un caos. Es posible partir de lo particular del ser hasta cierta comprensión de su unidad. Es posible moverse más profunda y ampliamente dentro del universo y sin embargo no llegar nunca a un precipicio de incoherencia. Esto se enfatiza en Génesis 1 al señalar que Dios hizo todas las cosas para producir según su propia especie. Esto es orden. Y así es el Dios de las Escrituras. No es el «otro filosófico», ni el todo impersonal, ni eso que es caótico o fortuito. El es un Dios (y uso esta palabra con cuidado y con adoración) *razonable*.

En tercer lugar, el universo habla del carácter de Dios. Dios no sólo es un Dios de orden y de razón,

sino que Dios también es bueno. Creó un universo que es todo bueno, y, como originalmente vino de Dios por mandato (*fiat*), esto también habla de él.

En cuarto lugar, el universo habla de Dios como persona. Cuando Dios hizo al hombre a su propia imagen, declaró algo acerca de sí mismo más completamente que en cualquier otra parte de todo el universo. También los ángeles hablarían de Dios como persona, pero el énfasis bíblico es sobre el hombre, y es el hombre al que todos conocemos. En medio de aquello que es, hay algo personal: el hombre. Y esto da evidencia de la personalidad del gran Creador de todo. Si Dios hubiese detenido su creación con la máquina o la planta o el animal, no hubiese habido tal testimonio. Pero al hacer al hombre a su propia imagen, el Dios trino que se comunica y que ama, antes de la creación de todo lo demás, ha creado algo que refleja su personalidad, su comunicación y su amor. Dios puede comunicarse con el hombre porque, a diferencia de lo no-hombre, el hombre ha sido hecho a imagen de Dios. El hombre es un ser locuaz. Piensa en propósitos, y Dios puede comunicarse con él de forma verbal e intencionada.

En Génesis 2:16 leemos, por ejemplo: «Y mandó el SEÑOR Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comiereis, ciertamente morirás.» Aquí vemos que Dios estaba en comunicación con el hombre antes de la caída de éste. Dios tenía una relación amistosa, una relación de amor con el hombre. Es de notar que esta comunicación no es sólo una experiencia existencial, vacía, como un salto en el vacío, sino más bien una comunicación auténtica e intencionada.

Inmediatamente después de la decisión de Adán y Eva de comer la fruta, hay una indicación adicional de la comunicación intencionada de Dios: «Y oyeron

la voz del SEÑOR Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del SEÑOR Dios entre los árboles del huerto. Mas el SEÑOR Dios llamó al hombre y le dijo: «¿Dónde estás tú?» (Génesis 3:8-9). Después que Adán y Eva contestaron a sus preguntas, Dios les dirigió una serie de grandes afirmaciones intencionadas. El hombre mantuvo una comunicación con Dios tanto antes como después de la caída.

Es igualmente cierto que los hombres se comunicaron entre sí. Cada vez que un hombre se comunica con otro, sabiéndolo o no, aunque sea el mayor blasfemo que jamás haya existido o el ateo que maldice a Dios, aun cuando maldice o cuando dice: «No hay Dios», da testimonio de lo que Dios es. Dios ha dejado un testigo de sí mismo que no puede ser eliminado.

El universo habla, por tanto, de la existencia del Ser. Habla de orden y razón. Habla de un Dios bueno y razonable, y habla de un Dios personal.

El fin del hombre es mantenerse, como ser personal y finito, en relación personal con el Dios personal, infinito, que está ahí. Cuando escuchamos el primer mandamiento de Cristo, amar a Dios con todo nuestro corazón y alma y mente, no nos encontramos frente a un deber abstracto: un ejercicio devocional separado de todo lo que es razonable. Más bien tenemos un punto de referencia infinito que da significado a todos nuestros puntos de referencia finitos. Este punto de referencia infinito no sólo existe, sino que es personal y puede comunicarse con nosotros y nosotros con él, un punto de referencia infinito a quien podemos amar.

Este es el propósito del hombre: amar a Dios a un nivel personal y no mecánico. Otras cosas en el universo están en un nivel mecánico: el átomo de hidrógeno es una máquina. El sistema solar es una máquina. Su relación con Dios es mecánica. Pero

nosotros cada vez que asistimos a un culto y cantamos alabanzas mecánicamente, cometemos una equivocación: No estamos alabando a Dios al nivel de quienes somos.

Naturalmente, el hombre no es llamado sólo a amar a Dios sino también a amar a los demás hombres. Y, de repente, en su escenario, esta clase de amor se convierte en una afirmación sensata. Aun el hombre no creyente o el blasfemo que se enamora da testimonio, sabiéndolo o no, de la realidad de lo que Dios es. De la misma manera que el simple ser muestra la existencia de Dios, y el universo, bueno desde su origen, muestra la virtud moral de Dios, así la comunicación de hombre a hombre y el amor de uno a otro (ya sea una relación sexual hombre - mujer o una relación de amistad) da testimonio de lo que Dios es.

Dios puede decir: «¿Deseas conocer algo de cómo soy? Mira a la creación como yo la hice.» El universo no es una extensión de la esencia de Dios, pero todas sus partes hablan de él.

La relación hombre - mujer ya no es una burla o una maldición, como a menudo piensa el hombre moderno. Sabemos que Dios no hizo al hombre como individuo para permanecer solo por mucho tiempo, sólo con posibilidad de amar a Dios. Pues aunque el amar a Dios fue el propósito de su creación, Dios rápidamente le dio una compañera —como él mismo y sin embargo diferente— que inició el amor y la comunicación a un nivel humano. En consecuencia, cada vez que veamos una relación amorosa hombre - mujer auténtica o una relación amistosa auténtica, a pesar de que estas cosas tienen gran valor en sí mismas, vemos algo más que humanidad amando a humanidad. Al mismo tiempo, cada uno de éstos son un testimonio de quién es Dios.

Esto continúa siendo un testimonio aun después de la caída, como leemos en Romanos 1:19-20: «Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.» El punto aquí es que «desde la creación» (desde el momento de la creación) las cosas que Dios ha hecho son un testimonio de su ser, de su bondad y de su personalidad.

La creación en paz consigo misma

Cuando Dios hizo la creación, ésta estaba en paz consigo misma. Génesis 1:29-30 podría indicar que el alimento de los hombres y las bestias sólo incluía vida vegetal. Esto no se declara explícitamente aquí pero se da a entender. Cuando Dios habló a Noé, instituyendo otros pactos y originando un cambio en el curso de la historia, se pudo señalar una alteración en la relación del hombre con el resto de la creación: «Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo» (Génesis 9:3). Dios está diciendo algo parecido a esto: «Antes os di todas las plantas verdes para alimento, pero ahora también os doy para comer toda cosa viva.» En Génesis 9:2 Dios dice: «El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos, en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados.» Todas las implicaciones de esto no están claras, pero considerando la restauración de la creación, está claro que en el momento del *fiat* divino la creación estaba en paz consigo misma. Esto no significa necesariamente que los árboles, los peces o los animales no hubiesen muerto de viejos, sino

más bien que no hubiese habido temor de no-ser (tal como el hombre tiene) ni temor a la violencia.

Para agotar las posibilidades hemos de considerar que quizá la rebelión de Satanás ya había traído miedo y violencia al mundo antes de la rebelión del hombre. Esto no puede relacionarse con nada que la Biblia diga explícitamente, pero tampoco lo excluye como una posibilidad. Esta era la opinión de C. S. Lewis. Juan 12:31; 14:30 y 16:11 hablan de Satanás como el príncipe de este mundo. Quizás era el príncipe de este mundo antes de la rebelión del hombre o aun antes de la creación del hombre y no precisamente después de la caída del hombre. En Isaías 14: 12-17 (que creo se refiere a la caída de Satanás) los versículos 16 y 17 encajarían dentro de este concepto. En otras palabras, habría sido Satanás en su primera rebelión quien trajo el miedo y la violencia al mundo anteriores al hombre y así introdujo la anormalidad. Dos hechos sí tenemos: 1) esto habría ocurrido luego de la creación original de la nada, y 2) Satanás se rebeló antes de la rebelión del hombre. No obstante, esto no son más que conjeturas.

La historia se dirige a algún sitio

La historia no es precisamente estática como algunos pensadores orientales o existencialistas nos dirían. La historia realmente se dirige a algún sitio. De igual manera que hay un comienzo (de una creación *ex nihilo*), la historia discurre y avanza hacia el futuro. Las Escrituras también indican que vendrá un tiempo cuando la creación volverá a estar en paz consigo misma. Romanos 8:21-23 dice: «... porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mis-

mos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo». El versículo 20 ya ha indicado que la creación no fue siempre de esta manera. Y viene el día cuando la creación será restaurada. El mismo en que los cuerpos de los creyentes resucitarán.

La frase en el versículo 23 que afirma que estamos aún hoy esperando la adopción es de interés. En un sentido, un cristiano ya es adoptado (esto se considera en la primera parte de Romanos 8), porque el cristiano, al haber aceptado a Cristo como su Salvador, ha sido justificado, le han sido borradas sus culpas y ahora es hijo de Dios. No obstante, esperamos una adopción que no viene hasta la segunda venida de Cristo y la resurrección de nuestros cuerpos. Esta adopción completa que incluye el cambio en nuestro propio mundo externo (la redención de nuestros cuerpos) está asociada, en el versículo 23, con la redención de la creación entera. Es de notar también que todos y todo están en esto: «Porque sabemos que toda la creación gime *a una*.» Todos estamos atrapados. Las cosas no son lo que fueron, pero lo serán cuando Cristo vuelva y nuestros cuerpos sean levantados.

Creo que tenemos una descripción de este período en Isaías 11:6-8: «Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora.» Este pasaje no habla de un cambio psicológico en las ideas del hombre sobre la naturaleza, sino de un cambio objetivo en el mundo externo.

Hay, por supuesto, diversidad de opiniones entre los cristianos con relación al período de tiempo al que este pasaje hace referencia. Hay dos posibilidades. Una es que haya un milenio en el cual Cristo reine sobre la tierra durante mil años antes de la eternidad. Esta es la opinión que yo sustentó. Algunos cristianos piensan que estos pasajes se refieren a la eternidad. De todas maneras, ya sea que se refieran a la eternidad o a un reino milenario de Cristo, es igual para nuestro planteamiento aquí: la creación que Dios hizo estaba en paz consigo misma y le será restaurada un día esa paz. En otras palabras, vendrá un tiempo cuando toda la creación hable nuevamente, no sólo de la existencia de Dios y su personalidad, sino también de la bondad de Dios a medida que la creación original muestre esa bondad.

Hay, por tanto, en el pensamiento judaico-cristiano un curso de la historia contrario al pensamiento moderno: un comienzo absoluto y un final de la época histórica presente.

De igual manera que el mundo fue «sujetado a vanidad» cuando el hombre cayó, así la creación será restaurada cuando el hombre sea totalmente restaurado en el futuro sobre la misma base de la obra de Jesucristo, el Cordero de Dios. Toda restauración descansa sobre la obra acabada de Cristo. Incluye: 1) la restauración que abre el camino para que el pecador vuelva a Dios, sea justificado, sea hecho hijo de Dios, reciba un objetivo en la vida presente e inicie una comunicación con Dios ahora; 2) la restauración futura, en la cual el cuerpo del cristiano será cambiado a la segunda venida de Cristo; y 3) la restauración de todas las cosas a la condición de la creación original.

Así, leemos en Apocalipsis 4:11: «Señor, digno eres de recibir la gloria y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y

fueron creadas.» Como hemos señalado, en primer lugar alabamos a Dios porque él es el Creador de todas las cosas. Pero ciertamente hay algo que va mal en el mundo en que nos encontramos ahora. Ya sea que miremos al hombre moderno corriente, o las tormentosas obras de los artistas modernos, o al mundo a nuestro alrededor, parece que haya una deficiencia. Y, sin duda, la deficiencia está en el hombre, pero también en el mundo circundante que no está en paz consigo mismo. El testimonio de la creación con respecto a la existencia y personalidad de Dios se mantiene aún en el universo objetivo y en el hombre como hombre. Pero a medida que observamos las cosas y vemos el pecado del hombre y la creación en guerra consigo misma, nos encontramos frente a un problema. La condición actual del mundo oscurece su testimonio de la bondad de Dios. El quinto capítulo de Apocalipsis señala lo que es necesario y mantiene una unidad con la afirmación de Apocalipsis 4:11 en relación con la creación original. La redención es la clave. El Cordero de Dios tiene la capacidad, cuando nada más arriba en los cielos o en la tierra o debajo de la tierra —o sea en la creación misma— es capaz de traer el cambio necesario. La solución estaba en la obra redentora de Cristo en la historia, en el tiempo y en el espacio, como el Cordero de Dios.

Así se nos dice en Apocalipsis 5:9-11 que el hombre canta al Cordero de Dios porque se sabe un ser redimido: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido, de todo linaje y lengua y nación.» La misma estructura es evidente en los versículos 12-14: «El Cordero que fue inmolado (tiempo pasado porque es historia pasada) es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza.» A continuación de este versículo viene algo que seguramente está relacionado con lo

que hemos visto en Romanos 8 sobre lo que pasará en el futuro: «Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oír decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos. Los cuatro seres vivientes decían: Amén; y los veinticuatro ancianos se postraron sobre sus rostros y adoraron al que vive por los siglos de los siglos» (Apocalipsis 5:13-14). Alababan. Adoraban. Porque en ese momento, en el futuro, todo habrá llegado al descanso y estará en su lugar sobre la base de la obra redentora de Cristo al morir en la cruz.

Otras porciones de las Escrituras implícitamente (no explícitamente) apoyan esto. El arca, por ejemplo, no sólo llevaba a Noé sino también a los animales. El pacto con Noé en Génesis 9:12-13 y 16 incluye no sólo a los hombres, sino también toda criatura viviente y «la tierra». La sangre de la Pascua en Israel protegió no sólo a los primogénitos de los judíos sino igualmente los primogénitos de sus bestias.

Habrà un gran himno de alabanza a la redención, una redención que incluirá no sólo al hombre sino a la creación entera; un tiempo cuando la creación hablará nuevamente de las grandes verdades de las que habló originalmente. Su existencia muestra la existencia del Dios que es. La hombradía del hombre dice que Dios es personal. Y toda la creación dirá: «Dios es bueno.»

capítulo 4 El momento de la decisión

Volvamos al comienzo. La creación está concluida. Cada cosa creada opera en el círculo propio de su creación, manteniéndose en su propio sitio, y todas las cosas están en reposo y en equilibrio. El hombre, al ser hecho a imagen de Dios, tiene un sitio único porque ha sido hecho distinto de las máquinas, las plantas y los animales.

Para amar a Dios

Jesús una vez definió exactamente ese lugar singular que el hombre tiene en los diversos círculos de la creación. Uno de los fariseos le había preguntado: «Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Y Jesús respondió: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento» (Mateo 22:36-38). Alrededor de mil quinientos años antes de esto, en Deuteronomio 6:4-6 encontramos este mismo concepto: «Oye, Israel: El SEÑOR nuestro Dios el SEÑOR uno es. Y amarás al SEÑOR tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón.» Así en los días de Moisés el asunto central no es solamente un cumplimiento externo de los mandamientos sino algo mucho más profundo. El hombre ha de *amar* a Dios en su corazón.

Pero es igualmente importante —y esto surge tanto en Mateo como en Deuteronomio— para el hombre

recordar a *quién* ha de amar. Amar a un superior es distinto de amar a un igual. Tomad, por ejemplo, el amor de un niño hacia uno de sus padres. Si un niño constantemente dice: «Te amo», y sin embargo al mismo tiempo desobedece constante y abiertamente, el padre puede decir: «Tus acciones no demuestran tu amor.» La razón para ello es que hay una jerarquía inherente en la relación entre el padre y el hijo. Los dos no se encuentran en un plano horizontal en todos los sentidos. La paternidad implica un «oficio». Cuando Israel es enfrentado cara a cara con el Creador amoroso que está ahí, Israel no ha de decir solamente: «Te amo», basando sus reacciones únicamente en las emociones. La clase de amor adecuado aquí también está basado en la obediencia debido, sencillamente, a la naturaleza de la relación entre las dos partes. El amor de la criatura hacia el Creador ha de incluir la obediencia, o no tiene sentido. La enseñanza de Jesús en Mateo es la misma.

Con este principio en mente podemos comenzar a comprender la relación de Adán y Eva con Dios en los primeros capítulos del Génesis. En el capítulo 2:16-17 de Génesis leemos: «Y mandó el SEÑOR Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.» Básicamente, este mandato no es diferente de los mandamientos en Deuteronomio 6:4-6 y Mateo 22:36-38: La primera ley para el hombre es amar a Dios con todo su corazón y toda su alma y toda su mente. Si uno es una criatura en la presencia del Creador, amar incluye obedecer.

Pero envuelve algo más, ya que la idea aquí es que la obediencia a esta ley es el propósito del hombre, la única manera en que el hombre puede ser completamente hombre.

La gente hoy día constantemente pregunta: «¿Tiene un propósito el hombre?» En algunas zonas del mundo se dice que el hombre sólo tiene significado en relación al estado. En otros lugares se dice que sólo tiene sentido en su vida sexual. En cualquier parte se dice que sólo tiene propósito mediante la opulencia. Pero todo esto se transforma en serrín en sus manos. La Biblia nos da una respuesta muy diferente: El propósito del hombre —el sentido del hombre— es permanecer en amor como una criatura ante el Creador.

Pero el hombre ante Dios permanece ahí como una verdadera personalidad a imagen de Dios, y el amor que ha de dar no es mecánico. La máquina puede obedecer a Dios mecánicamente; cuando lo hace, está haciendo todo lo que Dios se propuso que hiciera. El sistema del universo funciona, gran parte de él, como una gran máquina, y como tal cumple su propósito. Eso es todo para lo que fue hecho. Pero el hombre es un ser diferente, hecho en un círculo distinto de la creación. Ha de amar a Dios, no mecánicamente, sino por la maravilla de la alternativa. He aquí una parte no programada de la creación —no programada química o psicológicamente—, un hombre real en una historia real, una maravilla en medio de un mundo de uniformidad de causa y efecto. En el curso de la historia el hombre se enfrenta con aquello para lo que ha sido hecho: cara a cara en una relación de amor con el Dios que está ahí.

Un árbol

En Génesis 3 el amor y la obediencia se encuentran en el contexto de un mandamiento relacionado con un árbol, el árbol del conocimiento del bien y del mal. Es importante notar que la prueba con que Adán se enfrenta no implica una elección entre un

árbol del mal que Dios ha hecho y otro árbol del bien también hecho por él. Porque Dios no ha hecho el mal. Si lo hubiese hecho o si Dios hubiese programado al hombre de forma tal que éste debiera desobedecerle, entonces tendríamos aquí un concepto semejante a la idea hindú de que tanto el bien como el mal, la crueldad como la no-crueldad, surgieron de Dios y en consecuencia son finalmente iguales.

En cambio Dios no hizo un árbol malo. Tan sólo hizo un árbol. Y no hay intrínsecamente nada sobre este árbol que sea diferente en cualquier forma de los otros árboles. Más bien, Dios sencillamente enfrentó al hombre con una elección. Igualmente pudo haber dicho: «No crucéis este arroyo; no subáis esta montaña.» Está diciendo: «Creedme y manteneos en vuestro lugar como criaturas, no como alguien que es autónomo. Creedme y amadme como una criatura a su Creador, y todo estará bien. Este es el sitio para el cual te he hecho.»

Es perfectamente cierto que, al hacer al hombre como lo hizo, Dios dejó abierta la posibilidad del mal. Pero la simple posibilidad del mal no es su realización. Y, al dejar esta posibilidad, Dios dio validez a la elección y al hombre como hombre: un ser significativo en la historia. Si le hubiese dejado sin la posibilidad de elegir, podríamos hablar eternamente del hombre como hombre, de la importancia del hombre, pero serían sólo palabras sin sentido.

Todo amor —de hombre a mujer y de mujer a hombre, o de amigo a amigo— está ligado a la elección. Sin elección la palabra *amor* no tiene sentido. Y como el hombre moderno ha perdido el concepto de elección en medio del determinismo, la palabra *amor* ha perdido aún más su significado.

Ciertamente Dios ha hecho la posibilidad de que el hombre elija, incluido también el que elija mal. Pero Dios no ha hecho el mal. No hay un árbol malo

y uno bueno. Hay sencillamente una elección. Cuando Dios concluyó la creación no había nada que fuese contrario a su personalidad.

Examinemos más de cerca este tipo específico de árbol. No es simplemente el árbol del *conocimiento*, sino de una clase específica de conocimiento: el conocimiento del bien y del mal. No era algo malo el tener conocimiento. Tal concepto contradeciría el dominio dado al hombre y estaría en desacuerdo con Génesis 2:19-20, donde el hombre como tal tenía conocimiento para dar nombre a las criaturas.

Adán y Eva ya conocían el bien, todo a su alrededor era bueno, y su relación con Dios y entre ellos mismos era buena. Y del mismo Dios conocían la posibilidad del mal y su resultado: «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás» (Génesis 2:17). La disyuntiva era el conocimiento experimental del mal en contraste con la declaración de Dios acerca del mal. Naturalmente, ellos son finitos en contraste con Dios que es infinito. Dios puede saber todas las posibilidades: aun lo que podía ser pero no será, igualmente que todo lo que será. La Biblia deja bien claro que Dios, al ser infinito, conoce todas las posibilidades aunque nunca se realicen. En 1.^a Samuel 23:9-29 se nos dice que Dios conocía (y dijo a David) lo que sucedería llegada cierta circunstancia; sin embargo la situación cambió, la circunstancia nunca llegó y el posible resultado nunca se hizo real.

En el caso de Adán y Eva, al ser finitos, habían recibido de Dios conocimiento verdadero concerniente al resultado de comer y rebelarse, pero cuando de hecho se rebelaron tuvieron entonces el conocimiento experimental del mal y de todo el discurrir de crueldad y dolor resultantes. No era el conocimiento como

tal lo que estaba equivocado, sino *la elección* hecha contra la advertencia y el mandato amoroso de Dios.

Es de notar también que el mandato de Dios no era sin motivo, no era un mandato sin más, sin explicación. Adán y Eva fueron advertidos acerca del resultado, una pérdida que envolvía sus propios y mejores intereses. El mandato era racional, con un propósito, y una advertencia amorosa.

Volvamos nuevamente a Génesis 2:17: «Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.» La última frase es extremadamente fuerte en el hebreo y podría muy bien ser traducida: «murriendo, morirás». La teología reformada considera este mandamiento como un pacto de obras. Esto es, en primer lugar, que hay dos partes. En un sentido son iguales (ambas tienen personalidad, siendo una a imagen de la otra) y en otro sentido no lo son (una es infinita y la otra finita; una es Creador, la otra la cosa creada). Y, en segundo lugar, hay una condición en medio del pacto, una condición de amor formulada en términos de obediencia en tanto que incluye a una criatura ante el Creador. En tercer lugar, incluye una promesa-vida. Ciertamente, lo que se promete aquí no es sólo una vida física continuada, sino más bien todas aquellas cosas que luego conocemos como vida verdadera en Cristo Jesús Señor nuestro. Por supuesto, el hombre no necesita un Salvador en este momento, porque no ha pecado. Así no hay lugar aquí para la soteriología, no hay lugar todavía para el Cordero de Dios. La soteriología está relacionada con el hombre caído. La promesa de vida es «plenitud de vida», al igual que el castigo es «plenitud de muerte».

Es de notar que el día, de veinticuatro horas, en que Adán pecó, no murió físicamente. Murió de una forma que el Nuevo Testamento llama «muerte pre-

sente». Ahora, antes de un hombre aceptar a Cristo como su Salvador, no es simplemente que morirá sino que ya está muerto. Está separado de Dios, no tiene propósito ni significado final.

Por tanto, el día que Adán comió, murió. Hay tres etapas en su muerte. La primera es la separación de Dios, el punto de referencia personal e infinito e inmediatamente después la falta de significado en la vida presente. Aunque el hombre continúa respirando, y con su esposa tiene hijos, está muerto. Y en este punto nuestras voces como creyentes se unen a las voces del lado opuesto: los existencialistas y los hombres modernos, que dicen con nosotros: «Amén. El hombre está muerto.» Y así quizás es más fácil decir esto y ser, en algún sentido al menos, entendido mejor que cincuenta o cien años atrás.

La segunda etapa es la muerte física. Unos pocos años, aunque la vida de Adán fue más larga que la nuestra, y el cuerpo de Adán se descompondría en la tumba.

La tercera, hay muerte eterna en el castigo futuro. Aquellos separados de Dios finalmente «sufrirán pena de eterna perdición, excluidos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder» (2.^a Tesalonicenses 1:9). No es sólo el final de la vida con lo horrible y anormal que nos resulta, no es sólo la muerte física, no es sólo un hueco, un vacío. Hay una extensión horizontal —muerte eterna y separación eterna del Dios que realmente está ahí— de su gloria y su gracia.

Hemos de darnos cuenta de las provisiones amorosas de Dios. El hombre fue hecho a imagen de Dios. Dios le había dicho que el mal era posible, pero era bueno porque aún no había escogido el mal. El hombre estaba en comunión con Dios: «Y oyeron la voz del SEÑOR Dios que se paseaba en el huerto» (Génesis 3:8). Estaba rodeado de un entorno perfec-

to, Dios mismo había seleccionado un lugar especial para el hombre dentro de su creación: «Y el SEÑOR Dios plantó un huerto en Edén, al oriente; y puso allí al hombre que había formado» (Génesis 2:8). Adán sabía algo de su lugar en la historia y sabía lo que Eva era: «Y llamó Adán el nombre de su mujer Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes» (Génesis 3:20). La palabra *Eva* en realidad significa «viviente». Adán escogió este nombre y al hacerlo mostró que sabía quién era él. Además, el hombre ciertamente tenía libertad de escoger con la facultad de obedecer o transgredir. No estaba (ni material ni psicológicamente) condicionado de una manera determinada. No estaba programado. Finalmente, era una simple prueba y todo lo incluido en ella se hizo absolutamente sencillo.

Entra la serpiente

Comenzaremos a examinar ahora una nueva etapa en el curso de la historia bíblica: «Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que el SEÑOR Dios había hecho» (Génesis 3:1).

Inmediatamente surgen interrogantes. Deseamos saber más de lo que se nos dice. Por tanto, es necesario que recordemos nuevamente qué clase de libro exactamente es la Biblia. Como ya se ha indicado, la Biblia es un libro para el hombre caído. Cada vez que trata algo lo hace con una verdad auténtica, pero no con una verdad exhaustiva. O sea, lo que dice del cosmos y de la ciencia es verdad. Igualmente, cuando habla de la historia lo hace con lo que llamo auténtica verdad, esto es: verdad objetiva, con un propósito.

Cuando la Biblia habla acerca del mundo sobrenatural y nos dice del cielo y las cosas más allá de esta tierra, todo esto se presenta como corolario del

tema del libro: la comunicación verbal con un propósito de Dios para el hombre caído. Los corolarios que se dan son aquellos necesarios para saber llegar a la intención primordial, al objetivo central de la Biblia. Pero no contesta todas las preguntas que pudiésemos formular acerca de cualquiera de estos asuntos. Si se incluyese todo lo relacionado con aquello acerca de lo que tenemos una auténtica curiosidad, tendríamos un libro mayor que las grandes bibliotecas del mundo y nadie podría leerlo completo. Juan parece tener este pensamiento en mente en uno de los últimos versículos de su evangelio: «Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro, pues si se hubiesen de escribir todas, supongo que aún el mundo mismo no podría contener los libros que habrían de escribirse.»

Es en este contexto que se dan los datos relacionados con el mundo sobrenatural. Seguramente gozaríamos con un libro acerca del mundo sobrenatural. Esa mitad del universo nos intriga, y se presenta no como algo lejano, sino inmediatamente ante nosotros como una cuarta dimensión, de manera que hay ciertamente una relación de causa - efecto entre ella y nuestro propio mundo visible en cada momento existencial. Ciertamente no es menos real y menos natural que la parte visible del universo, y no podemos comprender la mitad visible si ignoramos la existencia de la parte invisible. Mas, mientras podríamos estar interesados en conocer algo de estas cosas con mayor detalle, recibimos el conocimiento necesario. La información recibida acerca del mundo sobrenatural tiene por objetivo ayudarnos a comprender quién somos como hombres, hombres perdidos buscando un significado y hombres salvos esperando la segunda venida de Cristo. Cuando entra la serpiente, se nos introduce a esa otra mitad del universo.

Incidentalmente, una de las mentiras de Satanás es su intento de convencernos para seguir el pensamiento liberal moderno que pretende romper la Biblia en pedazos y destruir su unidad. Naturalmente, reconocemos que aunque las Escrituras son un todo registran una revelación creciente con el paso del tiempo. Pero con todo y ello forma una unidad y a pesar de tener revelación creciente no tenemos revelación contradictoria.

Es muy interesante el que a menudo sea hacia el final de la Biblia donde se encuentren explicaciones claras de partes anteriores. Al terminar de estudiar todo el libro tenemos las explicaciones que necesitamos, de momento, de todas las partes. Así en Apocalipsis leemos lo siguiente: «Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él» (Apocalipsis 12:9). Es poco afortunado que no se pueda traducir el artículo definido aplicado a Satanás. No se puede traducir *Satanás* como un adversario «en general». Más bien él es «el» adversario, el Satanás. Es el que ha engañado al mundo entero. Pero no está solo; tiene ángeles que son arrojados con él. Nos recuerda la encendida poesía de Milton que describe tan bien a Satanás y sus huestes. Junto con Satanás están aquellos que han escogido su mismo camino, los que se unieron a su cortejo, que conduce no sólo a la rebelión sino también a la condenación. Más adelante en Apocalipsis recibimos más información: «Y prendió (un ángel) al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años» (Apocalipsis 20:2). Es de notar que esta serpiente es una serpiente especial. Aquí se usa nuevamente un artículo definido. Se le puede llamar la serpiente antigua, o diablo o Satanás. En cualquier caso, con esta información ante

ello, creo que Isaías 14:12-15 nos relata la caída de Satanás: «¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero (esto es, Estrella de la Mañana), hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón: Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo. Mas tú derribado eres hasta el Seol, a los lados del abismo.»

Suponiendo que la palabra *estrellas* se refiere a los otros ángeles, está diciendo, en suma: «Seré mayor que todos los demás.» Pero va más lejos, añadiendo específicamente: «*Me haré a mí mismo* semejante al Altísimo.» Satanás el mentiroso, el originador de la Gran Mentira, en su corazón (esto es, dentro de sí mismo, de sí mismo hacia afuera) dice: «Seré mayor que los demás, y seré igual a Dios.»

La historia de Satanás en Isaías es casi exactamente igual al relato de la rebelión del hombre en Génesis. Satanás quiere ser igual a Dios, pero el final de ello es que cae derribado en el abismo. En Génesis 3 la mujer sería igual a Dios, pero termina en la muerte. Al considerar la entrada de la serpiente en el jardín, vemos la rebelión a punto de extenderse a través de la humanidad que Dios ha hecho. No hay rebelión entre las máquinas, ni las plantas, ni los animales. Pero en el círculo de aquello que puede rebelarse, ángeles y hombres, vemos rebelión.

Creo que está claro que el diablo utilizó al animal, a la serpiente, como su primer intento de desafiar y derrotar a Dios en el mundo del género humano. En otras palabras, el Diablo utilizó una serpiente. Esta no es la única vez que él mismo emplea la posesión diabólica. En contraste con la posesión demoníaca hay por lo menos otros dos casos donde el Diablo mismo utiliza la posesión diabólica.

Lucas 22:3 nos relata que en un momento crucial en la vida del Mesías (que había venido para golpear la cabeza de la Serpiente) Satanás se posesiona de Judas: «Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote.» Satanás no delegó este trabajo a un segundo, sino que lo hizo él mismo. Entró en Judas.

La tercera ocasión donde hay un esfuerzo especial por parte de Satanás aún ha de acontecer: en el tiempo del anti-Cristo, cuando aquel que encarnará la antiley se rebelará contra Dios. Apocalipsis 13:4 presenta un cuadro tremendo de ese futuro día cuando las fuerzas del humanismo —las fuerzas gubernamentales, religiosas y económicas unidas— se concierten en rebelión, arrojando el guante ante el Dios que es. El humanismo orgulloso ya no es naturalista; está unido al auge de lo oculto. Bajo el reinado del anti-Cristo, leemos: «y adoraron al dragón (identificado en Apocalipsis 12:9 y 20:2 como Satanás, *la Serpiente*) que había dado autoridad a la bestia (anti-Cristo), y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién como la bestia, y quién podrá luchar contra ella?» Aquí Satanás entra nuevamente en escena, completamente lanzado a la batalla.

Volviendo al capítulo tercero de Génesis, no nos sorprende la utilización de algo por parte de Satanás, ya sea un Judas o un anti-Cristo o una serpiente; no es un caso único.

La tentación

Con la rebelión ya en el universo, con las huestes angelicales divididas y con una jerarquía del mal, el cabecilla mismo tienta a Eva: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» (Génesis 3:1). La mujer está en lo que es su gloria: la gloria de ser creada a imagen de Dios sin necesidad alguna de escoger el mal. En un entorno perfecto,

habiendo escuchado la voz de Dios, se encuentra en posición de poder escoger. ¡Qué maravilla es el hombre! No mecánico, no sólo biológico, sino hombre que puede escoger en una situación, como a imagen de Dios, sin ninguna necesidad sobre él.

Satanás se acerca a ella y dice: «¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?» ¿Qué contestará ella?» Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis» (vers. 2-3). Se ha señalado que Eva añadió algo aquí. Al parecer Dios no dijo: «No lo toquéis», sino más bien: «No lo comáis.» La serpiente replica con una contradicción directa: «No moriréis» (ver. 4).

Pero Satanás ofrece algo más: «sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal» (ver. 5). Y no serán como algunos dioses primitivos, sino que cada uno de ellos será como Dios mismo. Notad la contradicción directa. Dios dijo: el día que comáis moriréis; Satanás dijo: el día que comáis seréis como Dios.

En cierta manera, hay una media verdad en ello. A partir de ahí el acercamiento de Satanás ha tomado a menudo esa forma. Es cierto que, en efecto, Eva va a aprender algo. Si escoge desobedecer y rebelarse, va a tener lo que de otra manera no tendría: un conocimiento experimental del mal y sus resultados. Así que en parte Satanás le está diciendo la verdad. ¡Pero qué horrible e inútil conocimiento! Es conocimiento del niño cuya madre dice: «No te acerques a ese fuego, porque si lo haces te harás daño. Te incendiarás y te quemarás.» Pero el niño pequeño desobedece, cae al fuego y pasa los tres días siguientes agonizando. El niño ha aprendido algo

que no hubiera conocido experimentalmente si hubiese escuchado el conocimiento que le impartía su madre. ¡Pero qué conocimiento el experimental!

La caída de Eva no es hacia arriba sino hacia abajo, desde todo punto de vista. Ya sabe por Dios mismo que «el día que comieres morirás». Puede tener un conocimiento experimental, pero ese conocimiento no es más verdadero que el conocimiento proveniente de Dios, y el resultado es que la raza humana entera estará en agonía.

Naturalmente, es mentira que será semejante a Dios, porque el conocimiento experimental del mal no es lo que hace a Dios ser Dios. Dios es Dios porque es infinito, el no-dependiente. Ningún ser creado será capaz jamás de ser semejante a El en esto. Aun en el área del conocimiento, lo que Satanás ha dicho es una mentira porque Dios es infinito y conoce todas las posibilidades, y él no está atado por las limitaciones. Sin embargo, nosotros, con todo nuestro conocimiento, aún estamos atados por las limitaciones y siempre lo estaremos. Así pues, lo que Satanás ha dicho es una media verdad pero igualmente una mentira total.

La respuesta de Eva es, en primer lugar, considerar la situación: «... y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable (una delicia) a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría...» (ver. 6). Están implicados tres pasos: Ella miró al árbol y vio que era bueno como comida física y que era una delicia el contemplarlo, y deseó el conocimiento que la haría semejante a Dios. Eva, con estas cosas en su mente, de hecho se encuentra en la situación del último de los Diez Mandamientos: «No codiciarás» (Exodo 20:17). Luego de todos los mandamientos externos viene el mandamiento sobre el que descansan todos los demás. Codiciar, querer aquello que no es mío, como criatura ante la ley de

Dios, es en realidad la base de todo pecado, pues es la actitud interna lo que conduce al quebrantamiento externo de los otros nueve mandamientos. Esto es a lo que Pablo hace referencia en Romanos 7:7 cuando señala que el centro de su propio pecado era la codicia. Jesús también lo dejó claro en Mateo 5:21-22. Él dijo que no es el homicidio en sí sino el odio que había primeramente en el corazón, que en última instancia condujo al homicidio, el meollo de la cuestión. Igualmente, en los versículos 27 y 28 indicó que el adulterio ya se ha efectuado cuando está en el pensamiento. Lo interno luego fluye hacia el exterior.

Eva se encuentra exactamente ahí: en el área interna donde se hacen siempre las elecciones. En 2.^a Corintios 11:3 Pablo retrocede a su situación en un momento espacio-temporal de la historia cuando aconseja a la iglesia de su época: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.» Vivimos según es nuestra vida de pensamiento. Esto me hace quien soy. Y para Eva la alternativa era ésta: o bien permanecer como criatura, o intentar mediante la rebelión tener lo que la criatura finita jamás puede tener y ser lo que la criatura finita jamás puede ser. Y retenemos nuestra respiración hasta ver qué escogerá Eva en su interior.

capítulo 5 la caída en el tiempo y el espacio y sus resultados

Eva se encontró ante una disyuntiva, meditó la situación y luego puso su mano en la historia del hombre cambiando el curso de los acontecimientos humanos.

La fruta es comida

El relato de Génesis es corto: «Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella» (Génesis 3:6).¹

1. Las palabras hoy día han perdido tanto su valor que a menudo tenemos que usar términos abultados para hacer comprender lo que queremos significar. La palabra *hecho* ya no significa necesariamente cualquier cosa. *Hecho* sólo puede significar verdad religiosa del piso de arriba, y por tanto hemos de utilizar un término como *hecho brutal*. En este caso particular, tenemos la fortuna de que los mismos teólogos liberales usan el término *hecho brutal* para lo que *no quieren designar* como hechos. La caída histórica no es una interpretación: es un *hecho brutal*. Aquí no hay lugar para la hermenéutica, si por hermenéutica queremos decir explicar el *hecho brutal* de la caída. Que hubo una caída no es una afirmación del piso de arriba: o sea, no es *en este sentido* una afirmación «teológica» o «religiosa». Más bien es una afirmación con un propósito espacio-temporal, histórica, un *hecho brutal*. Hubo una historia en el tiempo y el espacio antes de la caída, y luego el hombre se apartó de su propio punto de integración por elección, y al hacerlo hubo una discontinuidad *moral*; el hombre se hizo anormal.

El proceso es del interior al exterior; el pecado comenzó en el pensamiento y fluyó hacia afuera. Por tanto, el pecado se cometió en el momento en que ella creyó a Satanás en lugar de creer a Dios. En este instante se decidió todo el asunto. No obstante, hay un proceso histórico, pues primero creyó a Satanás, luego comió y finalmente dio la fruta a Adán.

Al hablar de *hechos* y de *hechos brutales*, hablamos de hechos en el sentido espacio-temporal, aquel que queda abierto a los medios normales de verificación y falsificación. Como enfatiqué en el apéndice de mi libro *The Church before the Watching World*, esto no significa entonces que han de ser considerados como hechos estériles. Estos hechos bíblicos son hechos de la historia pasada, pero tienen, y deben tener, significado en nuestras vidas de forma existencial y presente, es decir: en nuestra vida de cada momento.

Además, al hablar de las afirmaciones de la Biblia como verdades con un propósito no estamos diciendo que toda la comunicación se halle a un nivel de fórmula matemática. Puede haber otros niveles (por ejemplo: figuras de lenguaje, o la fuerza especial de la poesía); pero existe una *continuidad* —una unidad, no una *discontinuidad*— entre estos «otros niveles» y el curso de propósitos dados con una sintaxis normal y utilizando palabras con su definición normal, y esto es una continuidad con la cual la razón puede tratar. Tomad un ejemplo fuera de la Biblia: la comunicación de Shakespeare con sus figuras de lenguaje es una comunicación humana mucho más rica que una simple fórmula matemática. Sin embargo, si, como en alguna poesía y prosa moderna, casi sólo hay figuras de lenguaje, sin una continuidad adecuada que ser transformada en una forma con un propósito usando una sintaxis normal y palabras con significado normal, nadie sabe lo que se está diciendo. De hecho, algunos escritores y artistas modernos lo hacen deliberadamente para que sea así. Su trabajo se convierte tan sólo en una cantera para experiencias subjetivas e interpretaciones en el interior del lector u observador. Los primeros capítulos de Génesis se encuentran rápidamente en esta situación si no son leídos como teniendo un propósito y usando una sintaxis normal y las palabras en su sentido normal. Como un ejemplo, Paramhansa Yogananda hizo esto en su libro *Autobiografía de un yogi* y muy fácilmente convirtió estos capítulos en un poderoso folleto hindú. Mas tal procedimiento traiciona el texto bíblico.

Génesis 3:17 se refiere a este discurrir histórico, pues al hablar Dios de Adán dice que «obedeciste a la voz de la mujer, y comiste del árbol». Y se nos recuerda, como hemos visto en 2.^a Corintios 11:3, que como la serpiente con su astucia engañó a Eva (en su momento histórico), así nuestras mentes (en nuestro momento histórico) pueden ser extraviadas de la sincera fidelidad a Cristo.

En 1.^a Timoteo 2:14 Pablo señala algo más: «Y Adán no fue engañado, sino que la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión.» La tentación es muy difícil de resistir cuando está ligada a la relación hombre - mujer. Por ejemplo, en Exodo 34:16 se nos advierte sobre el permitir que la relación hombre - mujer nos conduzca a la idolatría (cuando se refiere a «fornicando en pos de sus dioses»).

En el hombre se forman dos grandes impulsos. El primero es su necesidad de una relación con Dios, y el segundo su necesidad de una relación con el sexo opuesto. Hay una tentación especial ligada a este impulso sexual. ¿Cuántas jóvenes hay que son creyentes fieles hasta que llegan a cierta edad y sienten con todo su ser, aun sin analizarlo, la necesidad del matrimonio y luego terminan casándose con un hombre no creyente? ¿Y cuántos hombres hay que son fieles hasta que sienten el impulso masculino y abandonan su fidelidad a Dios al casarse con una mujer que les lleva a ambos a problemas espirituales por el resto de sus vidas? Observo a estos hombres y mujeres que pasan por esto, y lloro por ellos, porque en cierta forma no hay agonía mayor que enamorarse y luego darse cuenta que uno debe decir no a este impulso natural porque conduce, en ese caso particular, a un quebrantamiento de nuestra mayor relación: nuestra relación con Dios. Mientras que lo que pasó en el jardín del Edén fue un acontecimiento histórico espacio-temporal, la relación hombre - mujer

y la fuerza de la tentación que debió presentársele a Adán es universal.

Los resultados de la caída para la raza humana

Los resultados de la acción de Adán y Eva están registrados en muchos sitios de las Escrituras, pero en ninguno más claramente que en Romanos 5:12-19, donde Pablo enfatiza que la acción de Adán y Eva marcó la entrada del pecado en la raza humana. Citaré aquí parte de este pasaje: «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó (se extendió) a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley no había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir..., porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos... Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte... Así que como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres... Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores...»

La repetición hace el punto obvio: Por la acción de un hombre en una situación histórica, en el tiempo y el espacio, el pecado entró en el mundo de los hombres. Pero esto no es sólo una afirmación teórica que nos da una respuesta suficiente y razonable al dilema presente del hombre, explicando cómo el mundo puede ser tan malo y Dios aún ser bueno. En realidad es que, a partir de ese momento, el hombre *era* y *es* un pecador. Aunque a algunos hombres no les gusta esta enseñanza, la Biblia continúa afirmando el hecho de que el mal ha entrado en el mundo del hombre, todos los hombres son ahora pecadores,

ahora todos los hombres pecan. En Jeremías 17:9 Dios declara lo siguiente en relación a la raza humana: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?»

Por otro lado, en cierta forma hoy es más fácil que hace algunos años proclamar la pecaminosidad del hombre. En todos lados, artistas, novelistas y cantantes están diciendo: «¿Qué le sucede al hombre? Algo le pasa al hombre.» La Biblia concuerda y nos da una visión realista de la vida: «El corazón es engañosamente perverso.»

Creo que las palabras más fuertes fueron pronunciadas por Jesús mismo en Juan 8:44, donde se vuelve a aquellos que reclamaban la paternidad de Dios y les dice: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer.» En otras palabras, Jesús está diciendo: «Vosotros habéis escogido estar en el desfile de Satanás.»

Isaías escribe: «Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino» (Isaías 53:6). Es obvio que si «todos nosotros nos descarriamos como ovejas», ya no puedo sólo decir que ellos se han descarriado, sino que debo decir *me* he descarriado. Yo, también, peco. Pablo recoge esto en la carta a los Romanos cuando resume la condición de todas las razas, primero los gentiles y luego los judíos: «Como está escrito: No hay justo ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Romanos 3:10-12). Si no hay ninguno que sea justo, ni aun uno, entonces también yo estoy incluido. He escrito la palabra *yo* en el margen de mi Biblia en este pasaje. En Gálatas 3:10 se presenta con fuerza: «Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas

escritas en el libro de la ley, para hacerlas.» Toda la Humanidad se encuentra en esta situación. No sólo la ley revelada de Dios, sino también toda noción moral de cada hombre que haya vivido condena a los hombres, porque los hombres no guardan ni la ley revelada de Dios ni viven en consecuencia con su propia noción moral. Este es el punto de Romanos 2:1-2: «Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Mas sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad.»

Lo que Pablo dice envuelve al hombre completo cuando éste se acerca a las Escrituras. La Biblia nunca deja esto como una generalización o una abstracción. Pablo escribe: «Por lo cual eres inexcusable, oh hombre.» Quizá la parte más importante de ello es que está en singular, ya que se dirige a todo individuo que oiga o lea: «Quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo.» El hecho simple es que no sólo se encuentra bajo el juicio de la ley el hombre que tiene la ley escrita de Dios, la Biblia, sino todo hombre que haya vivido alguna vez. He señalado en otra ocasión que los antropólogos y sociólogos, en todos los sitios donde han estado, han encontrado que los hombres tienen nociones morales. Los patrones específicos pueden ser diferentes, pero todos los hombres actúan bajo categorías morales. Así Pablo dice aquí que el hombre se condena sobre la base de sus propias nociones morales, ya que cada vez que condena a otro hombre se coloca a sí mismo bajo la misma condenación. Todo hombre hace juicios morales en relación a otros hombres y luego él mismo no los cumple. ¿Cuáles

son los resultados? Todos los hombres son pecadores y todos los hombres pecan.

Esta acusación incluye a aquellos que ahora son creyentes al igual que a los que no lo son. Los hombres no nacen creyentes, como una raza especial. Cada ser humano que ahora es un hijo de Dios fue en un tiempo un rebelde. Todos hemos salido de la misma cantera, tengamos un bagaje religioso o no. Ningún tipo de sacerdocio puede librar al hombre de esta realidad.

¿Soy un creyente hoy? Entonces, nunca he de olvidar que ayer era tan rebelde como cualquiera que se pasee sobre la faz de la tierra. Como leemos en Efesios 2:2-3: «... anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia». Se está dirigiendo aquí a la iglesia en Efeso. Pero Pablo continúa y se añade él mismo a la lista, se une a nosotros, porque no es exacto «vosotros» sino «nosotros»: «entre los cuales también nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás». Esto es lo que somos. Si somos creyentes ahora, esto es lo que antes hemos sido. Teníamos un rey diferente: el padre de las mentiras. No debemos estar orgullosos, porque como dice Efesios 5:8, «en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor». Recordemos que también estábamos marcados por el pecado de Adán y éramos pecadores: «Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado» (Colosenses 1:21).

No estéis orgullosos. Al mirar a través del mundo de pecadores, llorad por ellos. Alégrate si eres redimido, pero nunca olvides al observar a los demás

que tú has sido uno de ellos, y en un sentido real aún somos uno con ellos, ya que aún pecamos. Los creyentes no son un grupo especial de personas que pueden sentirse orgullosos; creyentes son aquellos que, además de pecadores, son redimidos; ¡y eso es todo!

Encontramos con mucha frecuencia la misma cosa: «Porque *nosotros* también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros» (Tito 3:3). Pablo nunca permitió que aquellos que seguían sus enseñanzas olvidasen que no eran una clase especial sólo porque fuesen judíos al comienzo y circuncidados o sólo porque ahora eran creyentes bautizados. Cada uno debe decir: «Yo he sido el rebelde, yo he sido el pecador.» La fuerza de este argumento quizás encuentre su máxima expresión en la gran afirmación que encontramos en 1.^a Juan 1:10: «Si decimos que no pecamos, le hacemos a él (Dios) mentiroso, y su palabra no está en nosotros.» Olvidar en nuestras reacciones emocionales al igual que en nuestras palabras que ciertamente hemos sido pecadores, no sólo como resultado del pecado de Adán sino deliberadamente por nosotros mismos una y otra vez, olvidar esto es llamar a Dios mentiroso.

Así, todos los hombres están bajo el juicio de Dios. Aun el maravilloso capítulo que habla tan claramente de la esperanza, el tercer capítulo del evangelio de Juan, enfatiza dos veces que los hombres están bajo el juicio de Dios. Leemos, por ejemplo, estas palabras en Juan 3:18: «El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.» El testimonio de Juan el Bautista en el último versículo de este mismo capítulo es aún

más enfático: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» (ver. 36). En un mundo que ama la síntesis, la Biblia proclama un mensaje de completa antítesis: El que cree tiene vida, *pero* el que no cree está sujeto a la ira, al juicio de Dios. Aquí tenemos el resultado básico de la caída en el tiempo y el espacio y que examinamos en el curso de la historia: los hombres son rebeldes y están bajo el juicio de Dios.

La culpa delante de Dios

Otros resultados del pecado se hicieron inmediatamente evidentes en el jardín del Edén: «Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales» (Génesis 3:7). La palabra *delantales* es muy interesante en el hebreo. De hecho, sencillamente significa «ceñirse uno mismo», por eso ha sido traducida de diversas formas. La Biblia inglesa «Breeches», de 1608, obtuvo su nombre (*breeches* = calzones) de la manera en que tradujo esta palabra. Pero sea lo que sea exactamente, es algo que uno se pone alrededor para cubrirse.

El significado es que Adán y Eva llegaron a darse cuenta de lo que habían hecho. Comenzaron a sentir miedo y culpa: unos sentimientos de culpa que tenían su raíz en una culpabilidad verdadera. Cuando un hombre ha pecado contra Dios, no sólo tiene sentimientos de culpa, sino que tiene verdadera culpabilidad; y tiene verdadera culpabilidad aunque no tenga sentimientos de culpa.

«Y oyeron la voz del SEÑOR Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia del SEÑOR Dios entre los árboles del huerto» (ver. 8). Este es el versículo

que hemos utilizado en nuestros estudios anteriores para indicar la maravillosa comunicación abierta que Dios tenía con el hombre. En el jardín, al aire del día, había un compañerismo abierto, comunión abierta: comunicación abierta con un propósito entre Dios y el hombre antes de la caída. Pero ahora aquello que era su maravilla y su gozo, la plenitud de su necesidad, un punto de referencia personal, infinito, con quien él podía tener comunión y comunicación, se transformó en la razón de su temor. ¡Se iba a encontrar con Dios cara a cara! Tras la rebelión del hombre, lo que había sido tan maravilloso se convirtió en motivo de temor, porque Dios estaba realmente ahí.

Así leemos: «Mas el SEÑOR Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieseis? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí. Entonces el SEÑOR Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí» (vers. 9-13, cap. 3).

La primera cosa que notamos aquí es que Adán y Eva comenzaron inmediatamente a intentar pasar la culpa de ellos mismos a otro, y tenemos, así, la división que está en el centro de la relación del hombre con el hombre a partir de ese momento. La raza humana está dividida: hombre contra hombre. No necesitamos esperar que los psicólogos modernos hablen de alienación. Aquí la tenemos. El hombre está alienado de su esposa —la esposa del marido—, ya que se vuelven uno contra el otro, especialmente cuando llega el momento del reproche y la culpa. Toda la alienación sobre la que un poeta podría escribir jamás ya está aquí.

En cierta manera, tanto Adán como Eva estaban en lo cierto. Eva había dado la fruta a Adán, y Satanás había tentado a Eva. Pero eso no cambia la responsabilidad. Eva era responsable y Adán era responsable, y se presentaron en su responsabilidad ante Dios.

El juicio de Dios sobre el hombre y la naturaleza

A medida que Dios habla a las partes implicadas en este momento de la historia, encontramos cuatro etapas en el juicio divino de su acción. En *primer lugar*, habla a la serpiente que había sido utilizada por Satanás: «Y el SEÑOR Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida» (ver. 14). Como podemos ver, toda la naturaleza se hace anormal, pero la serpiente se separa de una manera especial «entre todas las bestias».

En segundo lugar, en el versículo 15 se dirige a Satanás; más adelante volveremos sobre ello.

En tercer lugar se dirige a la mujer: «A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera tus dolores y tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti.» Hay dos partes aquí: la primera se relaciona con la femineidad de la mujer —el tener hijos— y la segunda tiene que ver con la relación con su marido. Con respecto a la primera, Dios dice que multiplicará dos cosas: no sólo el dolor sino también la concepción. Parece evidente que si el hombre no se hubiese rebelado no habrían nacido tantos niños.

Con respecto a la relación con su marido, Dios dice: «y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti». Esta sola afirmación acaba con cual-

quier democracia pura. En el mundo caído la pura democracia es imposible. Más bien Dios estructura la relación primaria del hombre: la relación hombre - mujer. En un mundo caído (en todo tipo de sociedad —grande y pequeña— y en toda relación) es necesaria la estructura para que haya orden. Dios mismo la impone aquí en la relación humana básica. Se da forma, sin la cual la libertad sería un caos.

No es sencillamente porque sea más fuerte que el hombre ha de tener dominio (este es el argumento del marqués de Sade). Sino más bien: tendrá dominio porque Dios lo estructura así en medio del mundo caído. La Biblia deja claro el que esta relación no ha de existir sin amor. Como dice el Nuevo Testamento, el marido ha de amar a su esposa como Cristo amó a la iglesia (Efesios 5:23). En un mundo caído no es sorprendente encontrar que los hombres han cambiado esta estructura en un tipo de esclavitud. Esta no era su intención. De hecho, en las culturas donde la Biblia ha ejercido influencia es donde se ha restablecido sustancialmente el equilibrio. La Biblia equilibra la estructura y el amor.

Sin embargo, aún es cierto: lo que Dios dice en el versículo 16 es, desde la caída, la estructura o la forma de la relación humana básica: la relación hombre - mujer. Es correcto que una mujer sienta una necesidad de libertad, un sentimiento de ser un «ser humano» en el mundo. Pero cuando intenta romper la estructura de esta relación básica, finalmente lo que hace es lastimarse a sí misma. Es como desatar el nudo que sostiene el hilo de las relaciones humanas. Todas las demás cosas fluyen de aquí: la pérdida de la obediencia de sus propios hijos y el derrumbamiento de la sociedad a su alrededor. En un mundo caído necesitamos de una estructura en cada relación social.

El universo anormal

En cuarto lugar, Dios habla al hombre: «Y al hombre dijo: Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él, maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida» (ver. 17). En otras palabras, en este instante el mundo externo sufre un cambio.

Es interesante el que casi todos los resultados del juicio de Dios a causa de la rebelión del hombre se relacionan de alguna forma con el mundo externo. No sólo están ligados al mundo de los pensamientos; no son únicamente psicológicos. El mundo externo, objetivo, sufre cambios profundos que le hacen anormal. En la frase «*por tu causa*» Dios relaciona estas anomalías externas con lo que Adán ha hecho en la caída.

Todos estos cambios ocurrieron por mandato divino (*fiat*). La creación, como ya hemos visto, surgió por *fiat*. Y aunque llegamos al final de la creación con la formación de Eva, aún el *fiat* no ha cesado. La anomalía del mundo externo se originó por *fiat*. Transcribiéndolo a la terminología del siglo xx, podemos decirlo así: El universo no muestra la uniformidad de causa y efecto en un sistema cerrado; Dios habla y algo cambia. Aquí se nos recuerdan los extensos argumentos que se remontan a la época de Lyell y Darwin en relación a si podía existir tal cosa como una catástrofe, algo que interrumpiera la uniformidad de la causa y el efecto. Las Escrituras responden a esto de una manera muy clara: Sí, Dios habló y aquello que había sido creado fue cambiado.

Así ahora la tierra misma es anormal. Leemos, por ejemplo, en Génesis 5:29, sobre el mundo antes del diluvio: «Y llamó (el padre de Noé) su nombre Noé, diciendo: Este nos aliviará de nuestras obras y

del trabajo (fatiga) de nuestras manos, a causa de la tierra que el SEÑOR maldijo.» El nombre *Noé* mismo sencillamente significa descanso o bienestar. Las Escrituras dicen que en este momento del discurrir de la historia bíblica los hombres sabían muy bien que el trabajo de sus manos era un resultado del cambio introducido por Dios en la tierra.

¿Por qué es así? Uno podría contestar: Porque tú, Adán, hombre no-programado y significativo, te has rebelado. La naturaleza ha estado bajo tu dominio (en este sentido es como una extensión de sí mismo, como el imperio de un rey es una extensión de sí mismo). Por tanto, cuando tú cambiaste, Dios cambió el mundo externo, objetivo. Al igual que tú, ahora es anormal.

Lo interesante es que en cada una de estas etapas del juicio de Dios está implicado el trabajo: La serpiente andará sobre su pecho; la mujer tiene dolor en el parto; el hombre tiene fatiga en su trabajo.

El versículo 18 continúa: «Espinosa y cardos te producirán, y comerás plantas del campo.» La palabra *cardos* aquí significa plantas de crecimiento exuberante, pero inútiles. La frase *te producirán*, en el hebreo tiene el sentido de «te retoñará». Esta frase sugiere, por tanto, que aquí también el cambio fue introducido por *fiat*. Más aún, la frase sugiere el término biológico moderno de *mutación*. Esto es, las plantas habían sido un tipo de cosa y se reproducían como tal, y entonces Dios habló y las plantas comenzaron a producir otra cosa y continuaron reproduciéndose en esa forma nueva y diferente.

La introducción de la fatiga no significa la introducción del trabajo, porque en Génesis 2:15, como hemos visto, Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín del Edén «para que lo labrara y lo guardase». Existía el trabajo antes de la caída, pero se puede distinguir claramente la diferencia de antes y des-

pués de la caída en el lenguaje de Génesis 5:29, donde al trabajo se le llama «fatiga de nuestras manos, a causa de la tierra que el SEÑOR maldijo». Desde entonces toda la estructura del mundo externo ha cambiado, el significado del trabajo ha cambiado. Así Génesis 3:19 dice: «Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta (el concepto de “hasta” es importante aquí) que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás.»

El resultado es doble. Primero, el hombre obtendrá su alimento (y todo lo demás) con el sudor de su frente. Segundo, hay un final para esto, un final que no es una liberación. El final es la mayor anomalía en el mundo externo, la muerte del hombre en su totalidad. Llegará un momento al final de la vida de cada hombre cuando muere físicamente y la unidad del hombre —la unidad de cuerpo y alma— se despedazará. El cristianismo no es platónico; el alma no se considera como lo único de importancia. Más bien, con la muerte física aquella unidad para la que el hombre había sido destinado se quiebra. Esta es la segunda clase de muerte que trajo consigo la caída; la primera fue la separación inmediata de la comunión con Dios, y la tercera la muerte eterna, la eterna separación de Dios.

El cristianismo como sistema no empieza con Cristo como Salvador, sino con el Dios personal e infinito que creó el mundo en el principio y que hizo al hombre con un significado en el curso de la historia. Y el acto de rebeldía del hombre ha hecho al mundo anormal. Así, no hay una continuidad totalmente intacta hasta la forma en que el mundo era originalmente. Los filósofos no creyentes están casi todos de acuerdo en que todo es anormal, dando por sentado que las cosas son como siempre han sido. El creyente ve las cosas ahora como distintas de la forma en

que fueron en un principio. Y, naturalmente, esto es muy importante para la explicación del mal en el mundo. Pero no es sólo eso. Es una manera de comprender la distinción entre las respuestas naturalistas, no cristianas (ya sean en términos filosóficos, científicos o aun religiosos) y la respuesta cristiana. La diferencia es que cuando miro a mi alrededor sé que vivo en un mundo anormal.

Entre los filósofos contemporáneos, Martin Heidegger, en sus últimos escritos, ha sugerido una especie de caída espacio-temporal. Dice que antes de Aristóteles los griegos pre-socráticos pensaban de manera diferente. Luego, cuando Aristóteles introdujo el concepto de racionalidad y lógica, hubo una caída epistemológica. Naturalmente, su noción no tiene resonancia moral alguna, pero es intrigante que Heidegger haya llegado a darse cuenta de que la filosofía no puede explicar la realidad si parte de la idea de que el mundo es normal. Esto lo ha enseñado la Biblia, pero la explicación bíblica de la anormalidad presente del mundo está en la caída moral del hombre, una caída que ha cambiado el curso externo de la historia como no podría hacerlo caída epistemológica alguna. Ese es el problema de Heidegger: aunque ve bien la necesidad de una caída, no se inclinará ante la existencia del Dios que está ahí y el conocimiento que El nos ha dado. Por tanto, termina con una caída y una respuesta insuficientes.

Separaciones

Otra forma de enfocar los resultados de la caída es notar las separaciones causadas por el pecado. En primer lugar tenemos la gran separación, la separación entre Dios y el hombre. Sirve de base a todas las otras separaciones, no sólo en la eternidad sino ahora mismo. El hombre ya no tiene la comunión que había de tener con Dios. Por tanto, no puede

cumplir el propósito de su existencia: amar a Dios con todo su corazón, alma y mente; ser un punto personal finito ante al punto de referencia personal e infinito y estar en relación con Dios mismo. Cuando el hombre pecó, se destruyó el objetivo de su existencia. El hombre moderno está en lo cierto al decir que el hombre está muerto. No es que el hombre sea nada, sino que ya no es capaz de cumplir su cometido como hombre. Génesis 3:23-24 muestra esta separación entre Dios y el hombre en un sentido gráfico, histórico, real.

Como evangélicos a veces enfatizamos la primera separación y dejamos de hacerlo adecuadamente con todas las demás que ahora existen. La segunda gran separación del hombre es la separación de sí mismo. El hombre tiene miedo. Tiene problemas psicológicos. ¿Cómo entiende esto el creyente? Primeramente como la separación anormal del hombre de sí mismo. La psicosis básica del hombre es su separación de Dios manifiesta en su propia personalidad como una separación de sí mismo. Así llegamos a la autodecepción. Todos los hombres son metirosos, pero, mucho más importante, todo hombre se miente a sí mismo. La mayor falsedad no es mentir a otros hombres sino a nosotros mismos. Un aspecto relacionado es la pérdida de la habilidad para adquirir verdadero conocimiento. Todo su conocimiento ahora está fuera de contorno, de forma, porque la perspectiva es equivocada, el armazón está equivocado. Esto es, el hombre no pierde todo su conocimiento, pero pierde el «verdadero conocimiento», especialmente cuando hace ampliaciones a partir de los trozos y fragmentos de conocimiento que tiene.

Además, el hombre ha separado su vida sexual de su elevado propósito original como vehículo de comunicación de persona a persona. La sexualidad ha perdido su dimensión personal; los hombres y las

mujeres se tratan mutuamente como cosas a las cuales explotar. Finalmente, con la muerte física viene la separación del alma y el cuerpo, la gran separación del hombre de sí mismo.

La tercera de las grandes separaciones es el hombre separado del hombre. Esta es la separación sociológica. Ya hemos visto cómo Adán fue separado de Eva. Ambos inmediatamente trataron de pasar a otro la culpa por la caída. Esto señala la pérdida de la posibilidad de caminar lado a lado en una democracia utópica. No sólo el hombre fue separado de su esposa, sino que poco después el hermano se separó del hermano al matar Caín a Abel. Y, como veremos en el siguiente capítulo, hay una separación entre la línea piadosa y la línea impía de hombres. La línea piadosa (aquellos hombres que han vuelto a Dios) y la línea impía (la humanidad no salva que continúa en rebeldía) constituyen dos humanidades. Naturalmente, en un sentido hay una humanidad porque todos venimos de una misma procedencia. Somos una sangre, una carne. Pero, en medio de esta única humanidad, hay dos humanidades: la humanidad que aún se mantiene en rebeldía y la humanidad redimida.

En el curso de la historia llegamos a la torre de Babel, y con ella la diversidad de idiomas. Los lingüistas modernos nos han ayudado a comprender todo lo que esto implica. Las muchas cosas que se relacionan con el idioma. Más tarde, después del tiempo de Abraham viene la división entre judíos y gentiles. Estas separaciones (y otras relacionadas con ellas) son como gigantescos estallidos en los trastornos sociológicos que van sucediéndose hasta, y quizás especialmente en, nuestros días.

La cuarta separación es la separación del hombre de la naturaleza y la naturaleza de sí misma. El hombre ha perdido su dominio completo, y ahora la

naturaleza misma es a menudo un medio de juicio. Por ejemplo, tenemos el diluvio en tiempos de Noé, y la naturaleza vuelta contra Job. La separación del hombre y la naturaleza y la naturaleza de sí misma también parece haber alcanzado un máximo en nuestros días.

El pecado del hombre ocasiona todas estas separaciones entre el hombre y Dios, el hombre consigo mismo, el hombre y el hombre, y el hombre y la naturaleza. El simple hecho es que el hombre, al querer ser lo que como criatura no podía ser, ha perdido lo que podía ser. En toda área y relación los hombres han perdido lo que el hombre finito podía ser en su propio sitio.

Pero hay una cosa que no perdió, y ésta es su hombradía, su calidad de ser humano. El hombre aún es a imagen de Dios, torcida, rota, anormal, pero aún portador de la imagen de Dios. El hombre no dejó de ser humano. Como hemos visto en Génesis 9:6 y en Santiago 3:9, aun después de la caída los hombres son a imagen de Dios. El hombre moderno no considera al hombre como un ser caído, pero no puede encontrar un significado para el hombre. En la enseñanza bíblica el hombre está caído pero tiene un significado.

No nos equivoquemos: el hombre es aún hombre. El pintor no salvo aún puede pintar. El enamorado no salvo aún puede amar. Todavía tiene principios morales. Y, aunque torcido, el pensador no salvo aún puede pensar. Y, además, continúa viviendo después de su muerte. No se detiene el reloj al final de su vida, y nada más. El hombre tiene significado y trascendencia. Puede pensar que su historia es sólo desperdicio y basura, pero no es así.

Observad a un hombre mientras muere. Cinco minutos más tarde aún existe. No hay una interrupción

en la existencia del hombre. Continúa. No ha perdido su ser como ser humano. No ha perdido lo que intrínsecamente es como hombre. No se ha convertido en un animal o una máquina. Y cuando miro a la raza humana y veo a los perdidos —separados de Dios, separados de ellos mismos, separados de los otros hombres, separados de la naturaleza— todavía son hombres. El hombre aún tiene un valor incalculable.

capítulo 6 **las dos humanidades**

La división, las separaciones, rasgan la textura de la sociedad. La historia del hombre es el registro de divisiones y cismas, cada uno de los cuales tiene su origen en la separación entre el hombre y Dios. Vamos a referirnos ahora a algunas de las primeras formas que adoptaron estas separaciones en el curso de la historia bíblica.

Tu simiente y su simiente

En Génesis 3:15 tenemos un aspecto más bien distinto de la maldición que siguió a la rebelión de Adán. Dios se dirige a Satanás: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.» Es importante enfatizar que aquí la simiente es considerada como persona. A quien se hace aquí la promesa es a una persona. Una persona herirá en la cabeza a Satanás, y al hacerlo será herida.

Reflexionemos más sobre *tu simiente y su simiente*, la simiente de la serpiente y la simiente de la mujer. La referencia a «su simiente» (de la mujer) es peculiar en las lenguas semíticas, porque, al igual que en nuestros propios conceptos, se considera que el varón es quien tiene la simiente. La descendencia se indica, en los animales al igual que en los hombres, como proveniente del varón. ¿Por qué es distinto aquí? ¿Es posible que esta forma de expresión ya disipe alguna sombra del nacimiento virginal? ¿Acaso sugiere que cuando el Mesías naciese sería

de la simiente de la mujer y que en su concepción no habría simiente de varón?

En Hebreos 2:14 se señala otra implicación de Génesis 3:15. Hablando de Jesús el escritor de la carta a los Hebreos dice: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él (Jesús) también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo.» Aquí hay una indicación de que Jesús cumplió la promesa de Génesis 3:15, ya que es el Mesías quien será herido, y sin embargo destruirá el poder de la muerte y del diablo. Mediante esta muerte, él va a «librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (ver. 15). Esto es, su muerte cara a cara con el adversario tendría un carácter de sustitución y mediante ella se vencerían los resultados de la caída. También hay un nexo entre Génesis 3:15 y Hebreos 2:13 que no creo que sea casual: la frase *yo y los hijos que Dios me dio*. La intención principal es, sin lugar a dudas, destacar el aspecto sustitutivo de la muerte de Jesús. No obstante, también nos recuerda el magnífico pasaje de Isaías 53:10: «Con todo eso el SEÑOR quiso quebrantarlo, sujetándolo a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje, vivirá por largos días, y la voluntad del SEÑOR será en su mano prosperada.» Notad nuevamente: *verá linaje*. Por tanto, es en este sentido en que Dios ha dado hijos a Jesús. También Romanos 16:20 se vincula a Génesis 3:15. Dirigiéndose a los creyentes en Roma, Pablo escribe: «Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies.» Se hace alusión a la segunda venida de Cristo cuando Dios mismo aplastará a Satanás bajo los pies de los creyentes.

Así, vemos que ciertamente Jesús es la simiente de la mujer en Génesis 3:15. Y, sin embargo, de su

obra redentora única *tiene una simiente* que prevalecerá contra la simiente de Satanás. Cuando juntamos todo esto, creo que podemos sentir la fuerza de lo que se va desarrollando gradualmente a través de las Escrituras, comenzando con esta frase de Génesis 3:15. Cristo será el segundo Adán y el segundo fundador de la raza.

En términos teológicos Adán vivió bajo el pacto de las obras. O sea, que podía acercarse a Dios sin necesidad de mediador alguno. No necesitaba un Salvador. La soteriología no hubiera existido en la teología cristiana si no hubiese habido la caída. Adán estaba en relación con Dios bajo el pacto de las obras. A causa de la caída y nuestro propio pecar ya no podemos acercarnos a Dios bajo este pacto. Pero Cristo concluyó la obra necesaria por nosotros con su muerte sustitutiva, y al hacerlo se convirtió en el segundo Adán, el segundo fundador de la raza humana.

Dos vestidos

En Génesis 3:7 se nos dice que Adán y Eva descubrieron que estaban «desnudos» y «cosieron hojas de higueras, y se hicieron delantales». Inmediatamente después de su rebelión y al enfrentarse con lo que antes había sido su gran gozo y su gran plenitud —estar en comunión abierta con Dios— tienen temor y tratan de cubrirse. Pero en el versículo 21 les quita estos vestidos y les da túnicas de pieles: «Y el SEÑOR Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.» Probablemente éstos fueron los primeros animales que murieron. Creo que esto indica que el hombre no podía permanecer ante Dios con su propia cubierta. Más bien necesitaba una cubierta de Dios —un vestido de una naturaleza específica—, un vestido que requiriera sacrificio y muerte, una cubierta provista por Dios y no por el

hombre. Queremos tener cuidado de no dogmatizar, pero opino que ése fue el comienzo del sistema de sacrificios del Antiguo Testamento, en espera de la venida de aquel que aplastaría la cabeza de la serpiente. Si esto es así, Dios mismo proporcionó esta imagen, de la misma forma que, en la realidad que presenta, el Padre, en su amor, envió al Hijo.

Notemos aquí que la muerte de Jesucristo no fue una reflexión en la historia. No es que en algún momento, digamos que alrededor del 100 a.C., Dios dijo: «¿Qué haremos acerca de esto?», y luego de repente se le ocurriese la idea de la muerte de Cristo. Al contrario, 1.^a Pedro 1:19-20 y otros pasajes señalan que la muerte de Cristo, «la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación», fue «predestinada desde antes de la fundación del mundo». Así la muerte de Cristo en el tiempo y el espacio, planeada antes de que comenzase la historia, la solución a la rebelión del hombre a la luz de la santidad y el amor de Dios, se mantuvo en el curso natural de todo lo que había sido.

La separación postrera

Recordemos las numerosas separaciones surgidas a causa de la caída. Hubo alienaciones entre Dios y el hombre, del hombre consigo mismo, del hombre con los otros hombres, del hombre y la naturaleza y de la naturaleza de sí misma. La última separación es entre el Padre y el Hijo cuando Jesús murió en la cruz. Las separaciones resultantes de la caída del hombre llegaron a su punto máximo cuando Jesús, la segunda persona de la Trinidad, siendo herido y cargando nuestros pecados en sustitución, exclamó a gran voz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mateo 27:46).

Con este escenario como fondo, estamos preparados para captar todo el impacto de los versículos de

la carta a los Romanos que examinamos sólo parcialmente en el capítulo anterior. Esta vez citaré toda la sección (Romanos 5:12-21):

«Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron. Pues antes de la ley había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así

también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.»

Está claro que Cristo es el segundo Adán, el segundo fundador de la raza humana. Recoge el pacto de las obras en el lugar en que Adán lo abandonó. Como escribió en su himno Lázaro Spengler hace ya tiempo, en 1524:

«Como por un hombre toda la Humanidad cayó y se inclinó al pecado, y encaró el infierno, así por un Hombre que nuestro lugar tomó, estamos seguros de la gracia de Dios. Gracias a ti, Cristo, nueva vida tenemos...»

Esto es exactamente lo que se prometió en Génesis 3:15: «Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.» Ya tenemos la muerte de Cristo en promesa —la primera promesa— hecha inmediatamente después de la rebelión y la caída. La muerte de Cristo, por lo tanto, se presenta como la solución a todas las separaciones de las que hemos hablado.

Por la suficiencia de la muerte de Cristo estas separaciones sanarán perfectamente en su segunda venida. Y, sin embargo, la Biblia dice que (en la vida presente) sobre la base de la sangre derramada por el Señor Jesucristo, mediante la fe y en el poder del Espíritu Santo, habrá una curación sustancial en relación a todas estas separaciones. Sir Francis Bacon (1561-1626) señaló esto en el *Novum Organum Scientiarum*. He citado esto en algunos de mis otros libros, pero encaja aquí igualmente: «El hombre, a causa de la caída, cayó al mismo tiempo de su estado de inocencia y de su dominio sobre la naturaleza. Ambas pérdidas, sin embargo, pueden ser parcialmente re-

paradas aún en esta vida; la primera por medio de la religión y la fe, la última mediante las artes y las ciencias.» Este ha de ser el enfoque cristiano de la vida. Un creyente, al comprender la anormalidad de la naturaleza, puede ver el arte y la ciencia como algo entregado en conformidad con Dios. Y aun en esta vida puede ver una reparación sustancial de la división entre el hombre y la naturaleza, que un día, en la segunda venida del Señor, será perfecta y completa.

Por tanto, al llegar a Génesis 3:15 vemos en el curso de la historia que (a excepción de la obra de Cristo) el pacto de las obras ha pasado. A partir de este momento se aplica el pacto de la gracia. Desde aquí hasta el último hombre que jamás pasará de muerte a vida, ya no es posible acudir con las propias obras. Estará mejor si lo ponemos en primera persona singular: No puedo acudir con mis propias obras. Sólo puedo acudir por medio de la obra concluida de Cristo. Sólo puedo acudir sobre la base del pacto de gracia, cuyos beneficios recibo gratuitamente, como un regalo.

Podemos decirlo de otra manera. Antes de la caída, Adán, al acudir a Dios, sólo tenía que inclinarse una vez, como criatura ante el Creador. Pero ahora, después de la caída de Adán, nosotros hemos de inclinarnos dos veces: como criatura ante el Creador y como pecador que acude a un Dios santo mediante la obra de Cristo.

Adoración aceptable e inaceptable

Hasta aquí nuestro estudio del curso de la historia ha cubierto dos etapas principales: la situación en el principio cuando todo era bueno, y la introducción de la anormalidad a causa de la caída. Nuestro tercer tema principal es la adoración aceptable e inaceptable después de la caída.

En Génesis 4:1 leemos: «Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: Por voluntad del SEÑOR he adquirido varón.» Este es el primer recién nacido. Qué maravilloso debió haber sido para Eva el tener de repente en sus manos un pequeño niño salido de su propio cuerpo. Imaginad su asombro al mirarlo: «Pero ¡si es igual que Adán! ¡Por voluntad del Señor he adquirido varón!»

Nos preguntamos si era posible que tuviese en mente la promesa de Génesis 3:15. No hay manera de estar seguros. Pero podemos suponer que se dijese a sí misma: «Quizás éste es el que traerá la solución al problema que nosotros hemos introducido.» Como creyentes que vivimos a este lado del Nuevo Testamento, pensamos en el contraste con María, de quien realmente nació la simiente de la mujer, en nacimiento virginal. En Hebreos 12:24 el escritor se dirige a hombres que vivieron después del tiempo de Jesús, y les recuerda que ellos han venido «a Jesús el mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel». En Génesis 4:10 Dios dice que la sangre de Abel clamaba en relación al hecho de que Caín había matado a Abel. Fue el clamor del primer homicidio, un fratricidio, una parte de la separación causada por la caída. La sangre de Cristo es la solución.

Pero en Génesis 4:1, ¡Eva sólo había dado a luz a Caín! Así que si tenía en mente que éste era el que solventaría los problemas de la caída, ¡cuán equivocada estaba! Nacido naturalmente, saca a relucir los resultados de la caída en la raza humana. ¿Un salvador? No, matará a su hermano. ¡Qué contraste tan grande entre el primer recién nacido y Cristo!

En Génesis 4:2 encontramos el nacimiento del segundo niño: «Después dio a luz a su hermano Abel.» Luego del desarrollo de ambos nos encontramos con

la pregunta de la adoración aceptable e inaceptable a este lado de la caída: «Y aconteció, andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda al SEÑOR. Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró el SEÑOR con agrado a Abel y a su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante» (vers. 3-5).

En Hebreos 11:4 encontramos una explicación de este pasaje: «Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín.» La diferencia es que el acto de sacrificio de Abel fue *por la fe*.

En Romanos 4 se nos relata el proceso completo, dando la descripción más clara posible de tal fe: «Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia» (Romanos 4:3). Esta es la descripción que Dios hace de la fe: todo lo opuesto del salto en el vacío de Kierkegaard; Dios dio a Abraham una promesa específica y Abraham creyó a Dios. Esta creencia le fue contada como justicia. En otras palabras, la fe de Abraham implicaba un contenido.

Cuánto contenido tenía la fe de Abel no lo sabemos, pero hemos de ser conscientes del hecho de que la Biblia no nos dice cómo supo la forma de traer una ofrenda en primer lugar. Y eso no es excepcional; en el libro de Génesis la información a menudo ha sido dada y no sabemos que lo ha sido hasta que alguien actúa a partir de ella; por ejemplo, los animales limpios y no limpios en tiempos de Noé (Génesis 7:2) o Abraham y el diezmo (Génesis 14:20). Así, aquí está claro que Abel sí tenía conocimiento acerca de las ofrendas, aunque la Biblia no nos ha dicho cuándo adquirió este conocimiento. Podemos preguntarnos si los padres de Abel le habían hablado sobre la promesa de Génesis 3:15 y las pieles. Mientras que esto es sólo especulación, una cosa no lo es: a

partir de este momento se conoció y practicó el sacrificio, y el Nuevo Testamento lo vincula con el sacrificio de Cristo.

Difícilmente podemos olvidar las palabras de Juan el Bautista, quien (aunque presentado en el Nuevo Testamento) es el último de los profetas del Antiguo. Cuando Jesús comenzaba a aparecer en la escena pública, uno de los evangelistas registra lo siguiente: «El siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). Notaréis que Juan el Bautista no da explicación alguna. No tiene necesidad de ello, porque los judíos comprendían su significado en el Antiguo Testamento.

De la misma forma Pablo llama a Cristo «nuestra Pascua» en 1.^a Cor. 5:7, esperando que comprenderían sin necesidad de explicación. El libro de Hebreos repetidamente traza el paralelismo entre la muerte de Cristo y los sacrificios del Antiguo Testamento. Por ejemplo, Hebreos 7:26-27: «Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos; que no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo.» Y, como ya hemos visto, Apocalipsis 5:11-12 se refiere a Jesús como el Cordero de Dios que ha sido inmolado y es, por tanto, digno de recibir el poder y la gloria.

La historicidad de Caín y Abel

Al igual que en el caso de Adán y Eva, el Nuevo Testamento considera a Caín y Abel como personajes históricos. Leemos en Juan 3:12: «No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué

causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.» En Judas 11 se repite: «¡Ay de ellos!, porque han seguido el camino de Caín...» Es de notar que en ambos casos se da por sentada la historicidad de Caín, pero está implicado algo más que un hecho histórico. En el curso de la historia hay un *camino de Caín* en el cual no debemos andar. En contraste, Hebreos 11:4 coloca a Abel en una línea de personajes históricos, la línea de la fe, y se nos insta a andar en este camino. Más aún, Abel es el primero que se menciona en esta línea, así en realidad ésta puede ser llamada la línea de Abel.

El camino de Caín es contrastado con el camino de Abel, y se introduce este contraste en Génesis 4:6-7: «Entonces el SEÑOR dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante? Si bien hicieras, ¿no serás enaltecido?, y si no hicieras bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será tu deseo, y tú te enseñorearás de él.» Algunos consideran que es posible leer *la ofrenda del pecado* mejor que «el pecado» en este pasaje. Pero, a pesar de la discrepancia de detalles en cuanto a la traducción de estos versículos, el pensamiento central es clarísimo y completo. Dios está diciendo: «¿por qué ha decaído tu semblante, Caín? Aún puedes ser aceptado. Has cometido un error, pero hay una salida». Me parece que Dios le está diciendo a Caín que regrese y haga lo que debió haber hecho en primer lugar. Cogiendo el hilo de la adoración aceptable, podía detener la rebelión (en la medida en que a él le correspondía) allí mismo. En cambio, hizo otra cosa: «Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató» (ver. 8). En lugar de regresar y hacer lo que había sido correcto, hizo algo tremendamente equivocado.

A partir de aquí las dos líneas se separan ante nosotros: el camino de Caín y el camino de Abel. Como hemos señalado, la separación entre hombre y hombre surgió tan pronto como Adán y Eva trataron cada uno de quitarse la culpa acusando a otro. Pero la separación ahora se acentúa con el contraste entre adoración aceptable e inaceptable. De aquí en adelante hay dos humanidades: la humanidad que viene de Dios, que se inclina dos veces, y la humanidad que sigue en el camino de Caín. La separación entre hombre y hombre ahora se extiende a la separación entre hermanos. El amor que debió haber existido entre ellos como seres semejantes creados por Dios a su imagen ahora se ha convertido en odio y homicidio.

Es de interés el que este homicidio surgió, como nos dice el Nuevo Testamento, exactamente en el momento de creer a Dios: uno creyó a Dios, el otro no.

«Y el SEÑOR dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy acaso guarda de mi hermano? Y él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra» (Génesis 4:9-10). La sangre de Abel habla y clama por juicio y justicia, y el eco de este clamor se recoge en el libro de Apocalipsis, donde encontramos a los mártires diciendo: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?» (Apocalipsis 6:10).

La sangre de Abel clama: «¡Juicio! ¡Juicio!» Y Dios ha de juzgar porque él es un Dios santo. Si encogiese sus hombros y se marchase, no habría en absoluto moral alguna en el universo. Afortunadamente, en Hebreos se amplía más esto. Hay otro camino, uno que tiene su raíz en la sangre de Jesús vertida en la historia. Su sangre «habla mejor que la de Abel» (Hebreos 12:24). La sangre de Jesús va

más allá de la justicia y ofrece misericordia. Clama «¡Salvación!» a todo el que escuche, sobre la base de la muerte de Jesús.

La cultura de la línea impía

Génesis 4:11-24 nos habla del crecimiento gradual de la cultura de la línea impía. Porque el hombre todavía es verdaderamente hombre y puede desarrollar una cultura. Pero es una cultura con una señal sobre ella, una cultura sin el Dios verdadero.

Es necesario señalar aquí, de paso, que los versículos 11-24 no constituyen una cronología, como tampoco lo es la genealogía de la línea piadosa que comienza en el versículo 25. Más bien, estos pasajes encajan exactamente en la forma literaria encontrada en todas las partes del Génesis: los aspectos sin importancia (en este caso la línea impía) se tratan rápidamente, de manera que los aspectos centrales (la línea piadosa) puedan ser tratados en detalle. Por tanto, no conocemos cuánto tiempo transcurre antes de llegar al versículo 24. No es necesario que el versículo 24 contenga datos históricos que precedan los del versículo 25, ya que el 24 finaliza las consideraciones acerca de la línea impía y el 25 comienza a hablar de la línea piadosa.

Los versículos 23 y 24 son una perfecta descripción humanística, impía de todas las generaciones: «Y dijo Lamec a sus mujeres: Ada y Zila, oíd mi voz; mujeres de Lamec, escuchad mi dicho: Que un varón mataré por mi herida, y un joven por mi golpe.» O parafraseándolo: «Porque un hombre me hirió, le devuelvo. Sencillamente le mato.» Mirad lo que Lamec hizo. ¿No es terrorífico? «Vosotras mis esposas, escuchadme ambas: Este individuo me hiere. Yo le arreglo las cuentas. Le mato.» «Si siete veces será vengado Caín, Lamec en verdad setenta veces siete lo será.» Esta es la cultura humanística sin Dios. Es

egoísmo y orgullo antropocéntrico; esta cultura ha perdido el concepto no sólo de Dios, sino también del hombre como uno que debe amar a su hermano.

La cultura de la línea piadosa

Génesis 4:25 recoge la línea piadosa: «Y conoció de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set: Porque Dios (dijo ella) me ha sustituido otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín.» Por tanto, Set toma el lugar de Abel como el vehículo de la línea piadosa. «Y a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre del SEÑOR.» O posiblemente «los hombres comenzaron a llamarse a sí mismos *por el nombre del Señor*». En otras palabras, aquí la línea piadosa se señala a sí misma con el nombre de Dios exactamente de la misma forma que más tarde los cristianos fueron señalados por el nombre de Cristo. Tanto unos como otros se señalaron a sí mismos con el nombre de aquel a quien seguían.

Aprendemos, de paso, de Génesis 5:3 que cuando Set nació, Adán tenía 130 años de edad. Por tanto, no había pasado mucho tiempo entre la creación del hombre y la caída, pues sólo habían transcurrido 130 años hasta el nacimiento de Set.

En conclusión, haremos tres divisiones. *Primera*, Adán y Eva desperdiciaron la oportunidad de acercarse a Dios sobre la base del pacto de las obras. A partir de entonces el único camino por el que los hombres podrían acercarse a Dios sería sobre la base del pacto de la gracia. No es que dejase de haber obras en este pacto, sino que la obra era de Cristo y no del hombre. Esto es cierto tanto en el caso de los hombres que miraron adelante a la obra de Cristo (como en el Antiguo Testamento) en el futuro acontecer histórico (conociéndose más en detalle la pro-

mesa con el paso del tiempo), como para los que miramos hacia atrás a la muerte de Cristo como Salvador en la historia.

Por lo tanto, desde Caín, cada uno en el mundo se encuentra o en el lugar de Caín o en el de Abel. A partir de este momento en el curso de la historia hay dos humanidades. Una humanidad dice que no hay Dios, o hace dioses de acuerdo a su propia imaginación, o trata de acercarse al verdadero Dios por su propio camino. La otra humanidad se acerca al verdadero Dios por el camino de Dios. No hay terreno neutral.

Segunda, por lo que respecta a la promesa en Génesis 3:15, el Mesías pudo haber venido de cualquier parte de la raza humana. Pero Set trae consigo la primera limitación de la promesa. A partir de este momento se anuncia que el Mesías vendrá de su línea.

Tercera, cuando vemos a Caín matando a Abel, notamos la horrible falta de amor; el que debió haber existido entre hombres que eran criaturas iguales: no sólo porque eran hermanos carnales, aunque esto tiene importancia, sino sencillamente porque ambos habían sido creados por Dios. Eran de la misma carne, la misma sangre, de una misma raza. En contraste con Caín, los que somos creyentes y, por tanto, la simiente dada a Cristo en su obra sustitutiva hemos de mostrar en la vida presente la hermandad restaurada con un amor restaurado. Este es el llamamiento cristiano. Hemos de mostrar todo lo contrario de lo que Caín, el homicida, mostró. Si nos hemos convertido en la segunda humanidad, si ciertamente nos hemos acercado a Dios bajo la sangre del segundo fundador de la raza, el segundo Adán, los hombres, al observarnos en medio de la simiente de la línea de Caín, deberían ver el reverso de la actitud de Caín.

Esto debe ser así no sólo en nuestras acciones más sencillas sino en toda nuestra cultura.

La Biblia aclara muy bien quiénes son los que se encuentran en esta hermandad. En Mateo 12:47-50, la madre natural de Jesús y sus hermanos naturales vinieron mientras hablaba a la gente: «Y le dijo uno (a Jesús): He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, y te quieren hablar.» Pero Jesús señala que la relación física solo no es central: «¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí a mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana, y madre.» Entonces aquí está la hermandad. La misma cosa se afirma en Mateo 23:8, donde Jesús enseña a sus discípulos: «Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos.» Así se establece una nueva humanidad sobre la base de la obra de Cristo, y esta nueva humanidad ha de amar a sus congéneres como hermanos, y a todos los hombres como prójimos.

Desde hace tiempo sabemos que los hombres habían de vivir en una relación de amor unos con otros. Como dice 1.^a Juan 3:11-12, «éste es el mensaje (o mandamiento) que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros». Juan está diciendo que el mandamiento data no sólo desde Moisés sino desde el tiempo cuando Dios creó a los hombres para ser hombres. «No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano»: aquí está el contraste. Como creyentes somos llamados a apartarnos de la línea de Caín y ser el reverso de ella. El mundo debe ser capaz de mirar y ver en nosotros, primero que nada, un amor patente entre los hermanos, pero que también se extiende (como fue ordenado en la parábola del buen samaritano) a todos los hombres.

La evangelización es un llamamiento divino, pero no el primero. Levantar congregaciones es un llamamiento divino, pero no el primero. El primer llamamiento que recibe el creyente es a apartarse de la línea de Caín y entrar en la línea de Abel, sobre la base de la sangre derramada del Cordero de Dios, para volver al primer mandamiento de amar a Dios, amar al hermano, y luego amar al prójimo como a uno mismo.

Abraham fue un hombre de fe, un hombre de Dios, que de una manera específica es un ejemplo perfecto del permanecer en la línea de Abel en contraste con la línea de Caín. Al enfrentarse a Lot, su sobrino, en un momento decisivo en la difícil relación que se había desarrollado entre ellos, Abraham dijo: «No haya ahora altercado entre nosotros dos, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos» (Génesis 13:8). Abraham se mantuvo en el sitio exacto donde todos aquellos que han pasado a ser hijos de Dios deberían mantenerse. Y notad que tuvo que pagar su precio al obrar así. Abraham dijo a Lot: «¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si fueres a la mano izquierda, yo iré a la derecha; si tú a la derecha, yo iré a la izquierda.» Abraham pagó un precio tremendo: tuvo que ir a tierras peores para sus pastos. Se mantuvo en completo contraste con Caín. Dio la primera elección de tierra de pastos a un hombre más joven. Abraham se mantuvo en amor, en el espíritu de la línea piadosa, pagando el precio. Este es el lugar del creyente en cada edad y cada situación.

capítulo 7 Noé y el diluvio

La historia discurre siguiendo el rumbo establecido por Adán y Eva; la Humanidad se divide a causa de Caín y Abel. La historia de la Humanidad dividida se desarrolla a partir de las dos líneas trazadas en Génesis 4:16-24 (la línea de Caín) y Génesis 4:25 - 5:32 (la línea de Set). En el relato que sigue a estas genealogías se nos introduce en un mundo en el cual la decadencia moral llega a permear de tal manera la sociedad que sólo un hombre permanece en la línea piadosa.

«Y murió»

A lo largo de Génesis 5, que comienza recapitulando el patrimonio de la línea de Set, se enfatiza el hecho de que la vida del hombre tiene un final. El versículo 5, refiriéndose a Adán, termina: «y murió». Los versículos 8, 11, 14, 17, 20, 27 y 31, que hacen referencia a Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared, Matusalén y Lamec, también terminan: «y murió». Así, al leer esta genealogía, se nos recuerda una y otra vez que vivimos en un mundo anormal; desde que el hombre se rebeló las cosas no son como Dios hizo originalmente. Pero hay una excepción curiosa a la frase *y murió*. El versículo 24 dice: «Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque le llevó Dios.» Tanto el versículo 22 como el 24 contienen esa primera frase *y caminó Enoc con Dios*, para indicar que Enoc era ciertamente un hombre de Dios. La misma frase se usa en relación con Noé en Géne-

sis 6:9. Pero en el caso de Enoc hay algo más que es especial: «Y desapareció, porque le llevó Dios.»

Hebreos 11:5 nos da información adicional: «Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso (levantado) Dios; y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios.» En 2.º Reyes 2 se nos explica con más detalle una trasposición similar, la de Elías. Enoc y Elías se presentan como los únicos llevados a Dios sin morir.

Genealogía y cronología

Génesis 5 suscita una pregunta muy interesante. ¿Cuál es la relación entre esa genealogía del Antiguo Testamento y la cronología? A finales del siglo pasado, el profesor William Greene del Seminario Teológico de Princeton y el profesor Benjamín B. Warfield sostenían que las genealogías en el Génesis no debían ser tomadas como una cronología. Y, a pesar de que gran parte de su investigación había de ser una respuesta a los ataques de la teología liberal sobre la historia bíblica, creo que esta afirmación suya es obvia por las Escrituras mismas.

En primer lugar, la relación entre la secuencia de nombres y la cronología no siempre es en línea recta. En Génesis 5:32 leemos: «Y siendo Noé de quinientos años, engendró a Sem, a Cam y a Jafet.» Podría parecer por este versículo que Sem es mayor que Cam, quien a su vez es mayor que Jafet. Pero en Génesis 9:24 se nos dice que «despertó Noé de su embriaguez, y supo lo que le había hecho su hijo *más joven*». La alusión es a Cam. Igualmente, cualquiera que lea en Exodo 2 ciertamente tendría la impresión de que Moisés era el hijo mayor. Sin embargo, sabemos por Exodo 7:7 que su hermano Aarón era de hecho tres años mayor. De modo que el contexto

de estos diversos pasajes es exacto, pero la cronología no era lo que tenían en mente los autores. Sin duda, Sem fue nombrado en primer lugar porque era el más importante en el curso de la historia bíblica. Lo que estaban registrando *era* el curso de la historia —que es el tema de nuestro libro—, el discurrir de los orígenes, especialmente de los judíos, para quienes tales cosas eran de gran importancia, como veremos en breve. La Biblia no nos desorienta. Indica que las genealogías no son cronológicas.

Una segunda razón de por qué no debemos tomar genealogía por cronología es que varios pasajes hacen obvio que los escritores conocían la cronología pero que omitieron deliberadamente varias etapas en la genealogía. Por ejemplo, si comparamos 1.º Crónicas 6:3-14 con Esdras 7:2, encontramos que Esdras, a pesar del hecho de que era un escriba y ciertamente sabía todas las etapas, omitió nombres en el árbol genealógico. No sólo esto, sino que parece haber añadido dos nombres omitidos en 1.º Crónicas. Por supuesto, algunos de estos hombres podían haber sido conocidos por más de un nombre como era común en la historia del Antiguo Testamento, y existe la posibilidad de un error posterior de algún escribano. De cualquier manera, parece ser que Esdras omitió algunos nombres conscientemente.

En 1.º Crónicas 26:24 encontramos un caso aún más sorprendente que muestra lo que los judíos hacían con sus genealogías. Aquí leemos: «Sebuel, hijo de Gersón, hijo de Moisés, era jefe sobre los tesoros.» Nos encontramos en la época de David, alrededor del 1.000 a.C., y lo que se pretende decir es que Sebuel tenía una posición oficial sobre la base de su línea genealógica. Lo intrigante es que Gersón es el hijo directo de Moisés y entre él y Sebuel transcurren por lo menos 400 años. No hay duda de que aquí ha habido un salto tremendo en años y en genera-

ciones. Así, se nos recuerda que el propósito de todo esto es señalar el curso de las líneas históricas. Es importante poder decir: «Este hombre viene de tal o cual origen.» Nada más.

Otro caso muy claro lo encontramos en la genealogía de Jesús que aparece en Mateo. En el capítulo 1:8 leemos: «Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías.» Sin embargo, si regresamos al Antiguo Testamento encontraremos que el padre, el abuelo y el bisabuelo de Uzías son omitidos en esta genealogía. (Ver 1.º Crónicas 3:11-12; en esta lista Uzías es llamado Azarías.) Lo importante realmente es que Jesús ha de verse en la línea genealógica correcta, y luego de que esto se logre, la cronología tiene poco o ningún interés.

Con anterioridad al tiempo de Abraham, no existe forma posible de fechar los datos históricos que encontramos en las Escrituras. Después de Abraham podemos fechar la historia bíblica y correlacionarla con la historia secular. Cuando la Biblia misma hace referencia a acontecimientos y genealogías en el tiempo anterior a Abraham, nunca utiliza estas genealogías como una cronología. Nunca las añade con propósito de dar fechas.

Hay una tercera razón de por qué ha de ser obvio el que estas genealogías no tengan la intención de ser una cronología. Si lo fuesen, significaría que Adán, Enoc y Matusalén fueron contemporáneos, y esto no parece que encaja en el relato. Si ese fuese el caso, el silencio de la Biblia con respecto a estas interrelaciones sería muy curioso. Pero la situación es aún más sorprendente después del diluvio, porque si en esta era posdiluviana la genealogía fuese cronología, todos los posdiluvianos, incluyendo a Noé, aún estarían vivos cuando Abraham tenía 50 años de edad. Eso parece ser imposible. Además, Sem, Sala y Heber habrían todos sobrevivido a Abraham, y

Heber estaría aún vivo cuando Jacob estaba con Labán. El hecho es que esto no encaja en el resto de la historia bíblica. Examinaremos este punto con más detalle cuando lleguemos a Génesis 10-11, pero ahora podemos decir muy claramente que la Biblia no nos da pie para utilizar las genealogías en las Escrituras como una cronología.

Los hijos de Dios y las hijas de los hombres

Génesis 6:1-2 suscita una pregunta que los hombres han discutido durante muchos años: «Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas.» La dificultad está en la frase *los hijos de Dios*, porque esta frase puede significar una de dos cosas: 1) la línea piadosa, aquellos que se llamaban a sí mismos por el nombre de Dios (como en Génesis 4:26), o 2) los ángeles (como en Job 1:6). Lo que ha movido la curiosidad de los hombres es que el libro de Judas parece hacer referencia a esto. Dice en los versículos 6-7: «Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza (el griego dice *otra naturaleza*), fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.» Este pasaje parece decir que hubo ángeles que dejaron su propio lugar y están bajo juicio porque actuaron como la gente de Sodoma y Gomorra. Esto es, al igual que la gente de Sodoma y Gomorra buscaron «otra naturaleza» en la homosexualidad, estos ángeles encontraron esa «otra naturaleza» en la humanidad; se

relacionaron con mujeres humanas en lo que podía llamarse fornicación.

Habría cierto interés en seguir esta idea si se entendiese esto como una mezcla de lo angélico y lo humano, pues entonces es posible que fuese la fuente histórica original de un elemento común en la mitología. Corroboramos cada vez más que la mitología en general, aunque retorcida, muy a menudo tiene alguna base histórica. Y es interesante el que un mito muy frecuente en muchas partes del mundo es que en algún sitio hace mucho tiempo seres sobrenaturales tuvieron relaciones sexuales con mujeres naturales y produjeron una raza especial de gente.

Tal idea toma fuerza por lo que encontramos en Génesis 6:4: «Había gigantes (*Nephilim*) en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre.» Por tanto, se puede especular que los hombres valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre, pueden ser la realidad histórica detrás de estos mitos.

La otra interpretación —que el versículo 2 significa que eran aquellos en la línea piadosa quienes se juntaron con otros en la línea impía hasta la destrucción de aquélla— encaja en la totalidad de las Escrituras, ya que hay una prohibición constante a través del Antiguo y Nuevo Testamento contra los matrimonios entre los del pueblo de Dios y aquellos que no son del pueblo de Dios. El Antiguo Testamento repetidamente dice: Si os casáis con aquellos que no son del pueblo de Dios, y si le dais vuestros hijos e hijas, se destruirá la línea piadosa. El Nuevo Testamento contiene el mismo mandato: «No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?» (2.^a Corintios 6:14). Este

pasaje tiene que ver con aquellos lazos que son de la máxima importancia para la vida de los hombres, y ninguna unión es más importante que el matrimonio. Dicha cuestión queda explícita en 1.^a Corintios 7:39. Pablo enseña a la iglesia que «la mujer casada está ligada por la ley mientras su marido vive; pero si muriere, libre es para casarse con quien quiera, *con tal que sea en el Señor*». El principio está claro: Los del pueblo de Dios se han de casar con los del pueblo de Dios.

Así, es posible interpretar Génesis 6:2 como indicativo de la unión matrimonial entre la línea piadosa y la línea impía.

Quedó un hombre en la línea piadosa

Génesis 6:5-12 nos lleva a un momento en la historia cuando sólo ha quedado un hombre en la línea piadosa:

«Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo (el hebreo dice: *cada día*) solamente el mal. Y se arrepintió el SEÑOR de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. Y dijo el SEÑOR: Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo (no los peces, porque en la forma de destrucción, el diluvio, los peces, por supuesto, pueden vivir); pues me arrepiento de haberlos hecho. Pero Noé halló gracia ante los ojos del SEÑOR. Estas son las generaciones de Noé: Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; con Dios caminó Noé. Y engendró Noé tres hijos: a Sem, a Cam y a Jafet. Y se corrompió la tierra delante de Dios, y estaba la

tierra llena de violencia. Y miró Dios la tierra, y he aquí que estaba corrompida; porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra.»

Podríamos preguntar: «¿No es extraño que quedase sólo un hombre en la línea piadosa?» Pero, seguramente, las Escrituras señalan que éste es el curso general de cada época. El corazón del hombre está en rebeldía contra Dios, y el corazón rebelde debe ser tomado en consideración y en equilibrio con el factor de un conocimiento suficiente de Dios. En cada época el caso es similar. Por ejemplo, en el tiempo de Abraham, el mundo había desechado casi todo su conocimiento del verdadero Dios. Igualmente, en el tiempo de Cristo, los judíos se habían alejado tanto de Dios que sólo una minoría aceptó a su Mesías, profetizado por el Antiguo Testamento. Y recibimos muchas señales de que el final de nuestra era será exactamente el mismo. A causa de la rebelión del corazón del hombre el rumbo no es vertical. Así, hablando acerca del final de nuestra época, Jesús podía decir: «Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:8). Como veremos en breve, Jesús relaciona expresamente el tiempo de Noé con el de su segunda venida.

«*Estas son las generaciones*»

Génesis 6:9 utiliza una frase que es una de las formas literarias más sorprendentes de todo el libro: «Estas son las generaciones...» En el versículo 9 se hace referencia a Noé, pero la frase ya ha sido utilizada en Génesis 2:4 y 5:1. De hecho es utilizada once veces en el Génesis.

Wiseman sugirió en 1936 que la frase *estas son las generaciones* de no es el comienzo sino el final de una sección. La frase significa «esta es (ha sido) la

historia de...». Como él señala, las tablas de aquella época ponían tal título al final más bien que al principio. Así, por ejemplo, en Génesis 2:4: «Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra» resumiría aquello que ya se ha dicho. Este sería también el caso de Génesis 5:1: «Este es el libro de las generaciones de Adán.» Wiseman sugiere que Moisés tenía ante sí otros materiales cuando escribió el libro de Génesis y que los incorporó también. Esto es sólo especulación pero resulta interesante, ya que si fuese así entonces la inspiración estaría en la elección del material utilizado. Sería semejante a los hombres de Ezequías que copiaron los proverbios de Salomón (Proverbios 25:1).

En cualquier caso, sin duda alguna Génesis está dividido en secciones señaladas por estas frases. En primer lugar, está la creación cósmica («estas son las generaciones de los cielos y de la tierra», Génesis 2:4); en segundo lugar, el período de Adán («este es el libro de las generaciones de Adán», Génesis 5:1); en tercer lugar, la época de Noé («estas son las generaciones de Noé», Génesis 6:9), y en cuarto lugar, la era de los hijos de Noé («estas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet», Génesis 10:1). Esta frase también aparece en Génesis 11:10; 11:27; 25:12; 25:19; 36:1; 36:9 y 37:2. Es una forma literaria que da unidad a todo el libro de Génesis.

La construcción del arca

La generación que ahora estamos examinando es la de Noé. En Génesis 6:13-15 encontramos a Dios avisando a Noé, diciéndole que escape del juicio venidero: «Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con (de o con relación a) la tierra. Hazte un arca de

madera de gofer; harás aposentos en el arca (debería traducirse mejor como *un sitio para descansar o alojarse*), y la calafatearás con brea por dentro y por fuera. Y de esta manera la harás: de trescientos codos la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura, y de treinta codos su altura.»

Hay dos cosas a notar en esta sección. Primero, el plano del arca no fue soñado por Noé. No era constructor de barcas. El plano del arca vino de Dios mismo. Fue una revelación específica, con un propósito y que entraba en detalles. En otro momento importante, cuando se había de construir el tabernáculo, Dios también dio los planos específicos y las dimensiones de todo lo relacionado con él (Exodo 25: 9-40).

Dios dice a Noé: «Se acerca un terrible juicio y aquí está la manera de escapar. Construye un arca.» Es interesante que, entre los mitos comunes en la historia del mundo, ningún otro está tan difundido como la historia del diluvio. Desde China hasta los indios americanos, y aun los indios precolombinos, encontramos en formas extrañas el mito del gran diluvio. Muchos de estos mitos tienen elementos fantásticos, elementos absurdos, por ejemplo las descripciones del arca usada. En la Biblia estos elementos extraños y fatuos no están presentes. Diríamos, entonces, que la Biblia nos da la historia del diluvio; los mitos, esparcidos por muchos pueblos alrededor del mundo, están distorsionados, pero muestran que en todo lugar los hombres tienen memoria de él. En la Biblia encontramos una historia del diluvio cuyos detalles, incluyendo la construcción de la embarcación, son razonables.

Si suponemos que un codo son 46 centímetros (no se puede estar absolutamente seguro), podemos calcular que el arca tendría unos 460.228 metros cúbicos. El área de la cubierta de los tres pisos sería de unos

30, 680 metros cuadrados. Además, una embarcación con las medidas dadas puede flotar. De hecho, sucedió así, que el tamaño de esta arca es casi exactamente igual al tamaño del «Great Eastern» que tendió el primer cable en el Atlántico Norte. Así, comparado con los varios mitos e historias del diluvio a través del mundo, este relato lleva la marca de la historia.

Naturalmente, el Nuevo Testamento insiste que el diluvio y el relato de Noé son históricos. Hebreos 11:7 dice: «Por la fe, Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe.» Notad otra vez, al igual que con Abel en Hebreos 11:4 y Abraham en Romanos 4:3, la fe está relacionada con promesa de parte de Dios. Noé aún no podía ver el diluvio, pero tenía una afirmación de que el juicio había de venir, y se le dieron las dimensiones del arca que había de construir. Se le pidió que construyese un arca en algún sitio sin agua suficiente a la vista para que flotase; este fue su acto de fe: creer en una promesa, con un propósito, de Dios.

Aún más sorprendente es el paralelo que Jesús traza entre su propia venida futura en el tiempo y el espacio y el diluvio en el pasado. Jesús enfatiza que su futura segunda venida es un acontecimiento histórico: «Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre. Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre» (Mateo 24:36-37). La palabra usada a través del Nuevo Testamento, *venida*, en relación a la segunda venida de Cristo, significa realmente *presencia*. Es «un estar en compañía de», esto es, viene un tiempo futuro cuando Jesús estará presente en la tierra, históricamente presente en el tiempo y el es-

pacio, de la misma forma en que estaba sobre la tierra cuando pronunció estas palabras. Jesús continúa diciendo: «Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida (aquí otra vez *presencia*) del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada» (vers. 38-41).

El paralelismo es interesante aun en sus detalles, ya que toma lo cotidiano de la vida sobre la tierra antes del diluvio y lo compara con lo cotidiano de la vida justo antes de venir Jesús. De la misma manera que la vida transcurría sin interrupción y vino el diluvio, así la vida transcurrirá sin interrupción cuando tenga lugar la segunda venida de Cristo.

Muchos otros pasajes hablan claramente de la historicidad del diluvio. Isaías 54:9 registra las siguientes palabras de Dios: «Porque esto me será como en los días de Noé, cuando juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te reñiré.» O sea, Dios está diciendo que su promesa es tan segura como los acontecimientos relacionados con el hecho histórico del diluvio. Igualmente, 1.^a Pedro 3:20 dice: «... la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua.» Lo específico del número, ocho, subraya el hecho de que el acontecimiento era considerado como histórico. Además, 2.^a Pedro 2:5 habla acerca de Dios que «no perdonó al mundo antiguo, sino que guardó a Noé, pregonero de justicia». Este es el texto, dicho sea de paso, que algunos cristianos han usado para imaginar a

Noé predicando mientras construía el arca; eso es en realidad una ampliación del texto, pero parece estar justificada. Noé no se limitó sólo a construir un arca descansando su fe en el aviso de Dios; sino que también predicó la justicia.

En 2.^a Pedro 3:3-7 nuevamente se establece un paralelismo entre el diluvio y la segunda venida de Cristo. Antes del tiempo en que Jesús ha de venir, habrá burladores que dirán: «¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación.» Parafraseándolo en lenguaje del siglo xx: ¿Dónde está la promesa de su venida? Ha habido una uniformidad absoluta de causas naturales en un sistema cerrado. ¿Por qué habláis de algo catastrófico? Siempre ha sido así, y nosotros decimos que continuará siendo así.» Pedro explica esta reacción: «Estos ignoran voluntariamente que en el tiempo antiguo fueron hechos por la palabra de Dios los cielos, y también la tierra, que proviene del agua y por el agua subsiste, por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos.» Acontecimientos históricos del tiempo de Noé comparados con acontecimientos históricos futuros.

Pero hay un aspecto más aquí, una nota de universalidad. Si el juicio en la segunda venida de Cristo se toma como universal, ¿no es el juicio por agua en tiempos de Noé también universal? Creyentes que aman las Escrituras han debatido largamente si el diluvio fue o no universal. Yo creo que lo fue, pero no creo de ninguna manera que debamos hacer de ello una «prueba de ortodoxia». Sólo apoyándonos para ello en la palabra *tierra* de Génesis 7:4 («raeré

de sobre la faz de la *tierra* a todo ser viviente que hice») no es suficiente, porque la palabra puede ser traducida «terreno». Más bien, el argumento para la universalidad descansa sobre otros factores, incluyendo el paralelo entre la segunda venida de Cristo y el diluvio tal como se nos da en los pasajes del Nuevo Testamento que hemos examinado. El tono del lenguaje usado en Génesis también lo sugiere. Parece tener un sentido de totalidad a su alrededor, la misma clase de motivación que en Génesis 1: una motivación que transmite universalidad. Por ejemplo, en Génesis 7:23 leemos: «Así fue destruido (*borrado*) todo ser que vivía sobre la faz del terreno, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron *raídos* de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca.» Eso suena como universal. Además, la palabra *terreno* (que aparece en las traducciones inglesas, del rey Jaime, «King James», y la Versión Standard Americana, «American Standard Version») y la palabra *tierra* en este versículo son dos palabras distintas en el hebreo. Aunque ambas pueden estar más limitadas, el hecho de que se usen dos palabras diferentes añade cierto peso al argumento en favor de la universalidad del diluvio. También en Génesis 7:23 los otros seres vivientes están muy bien contrastados con los hombres, y Génesis 9:19 y 10:32 confirman absolutamente que Noé y su familia eran los únicos humanos sobrevivientes. En lo que al hombre respecta, las Escrituras aseguran definitivamente que el diluvio fue universal.

Si el diluvio no es universal surge otra dificultad. Si sucedió en un área limitada, se podrían ahogar muchos animales pero no todos ellos. No hay manera de eliminarlos a todos a menos que estuviesen todos en un desfiladero cerrado. Cuando se desata un fuego forestal o hay una inundación, los animales huyen.

Una indicación más de que el diluvio fue universal la encontramos en la declaración de Dios después de concluido éste: «Y me acordaré del pacto mío, que hay entre mí y vosotros y todo ser viviente de toda carne; y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne» (Génesis 9:15). A menos que el diluvio fuese universal y destruyese de hecho todos los animales sobre la tierra, no comprendo cómo interpretar la frase *no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne*. Por supuesto, esto no incluye a los peces. La promesa tampoco excluye inundaciones más pequeñas, ni excluye la posibilidad de que el mundo sea destruido por fuego. El pacto es, sin embargo, específico: Ningún diluvio destruirá nuevamente toda carne.

La fecha del diluvio

Habíamos señalado ya que las genealogías no constituyen cronologías; no podemos fechar el diluvio. Hay razones para pensar que, si los sistemas de calcular el tiempo utilizados en los estudios antropológicos actuales son correctos, el diluvio debería fecharse con *anterioridad* al 20.000 a.C. He de decir que estos sistemas de fechar, en mi opinión, todavía son cuestionables; pero *si* son correctos, entonces esta fecha debe ser tomada en consideración. Si todos los hombres, excepto Noé y su familia, fueron destruidos (las Escrituras claramente así lo afirman), entonces el diluvio tendría que haber acontecido algún tiempo antes de esta fecha. La mayoría de antropólogos calculan que los indios americanos entraron en América del oriente alrededor del 20.000 a.C., bien a través de un puente de hielo o de uno de tierra sobre el Estrecho de Bering. Así, ya que los indios eran descendientes de Noé y sus hijos, el diluvio tuvo que haber sido anterior a esta época. Es interesante el que tanto los indios norteamericanos como los in-

dios precolombinos de América del Sur tenían mitos acerca del diluvio.

Noé entra en el arca

Si tomamos los diversos pasajes del Nuevo Testamento y los juntamos con el material del Antiguo Testamento, vemos que mientras Noé construía el arca también predicaba y transcurría la vida normalmente al igual que en cualquier día hoy. Escuchamos coches en las carreteras, gente en el pueblo, gente en la ciudad, otros cultivan, otros aman, un niño nace y la vida se mueve normalmente. Este es exactamente el cuadro que da la Biblia acerca de la situación existente inmediatamente antes del diluvio.

Luego, cuando el arca estuvo construida, Dios dijo a Noé: «De todo animal limpio tomarás siete parejas, macho y su hembra; mas de los animales que no son limpios, una pareja, el macho y su hembra. También de las aves de los cielos, siete parejas, macho y hembra, para conservar viva la especie sobre la faz de la tierra» (Génesis 7:2-3). Como hemos visto, es evidente que Noé ya tenía un conocimiento del pasado, un conocimiento que la Biblia no registra como dado en un momento específico, porque Noé no necesitaba explicación alguna sobre la diferencia entre «limpio» y «no limpio». Tal conocimiento en relación a lo limpio y no limpio también se da por sabido en Génesis 8:20. Este hecho es interesante porque significa que estos hombres podían muy bien haber sabido mucho más de lo que nosotros pensamos.

Finalmente, llega el momento de entrar al arca, pues Dios dice: «Porque pasados aún siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y raeré de sobre la faz de la tierra a todo ser viviente que hice» (Génesis 7:4). Génesis 7:10 dice: «Y sucedió que al séptimo día las aguas del

diluvio *vinieron* sobre la tierra.» Dios les está diciendo: «Ya el arca está terminada; has estado predicando aquí, pero eso se terminó. Debes entrar al arca y permanecer allí durante siete días.» Creo que seguir este mandato requería una fe muy fuerte por parte de Noé.

Recordad que la embarcación está sobre tierra firme. No sabemos a qué altitud fue construida, pero sería algo como tener un transatlántico en Ginebra. ¡Qué vista más extraña! La gente es la gente y la psicología es la psicología. Podéis imaginároslos viniendo y examinando la embarcación y, para decirlo suavemente, con mucho escepticismo. Los predicadores negros en los Estados Unidos acostumbraban a contar historias tremendas sobre Noé y su predicación mientras construía y la gente acercándose y riendo frente al arca. Por supuesto, esto es muy imaginativo, y sin embargo debió haber sido raro entrar en esta arca y permanecer allí sólo durante siete días.

¡Qué gran ejemplo de fe! No es que no hayan promesas con un propósito; no nos faltan buenas y suficientes razones para saber que las cosas de Dios son ciertas. Pero la fe es permanecer contra lo que se ve en el momento y estar dispuestos a lo que sea por obedecer a Dios. No es un salto; no es una negación de la racionalidad. Pero es sentarse en esta arca en medio de Ginebra cuando la mayoría de las personas dice sencillamente que no tiene sentido. Si alguna generación ha estado alguna vez en esta situación, ésta es la nuestra. Estamos rodeados por un consenso monolítico, total, que nos dice: «¡No tiene sentido; es contrario a la uniformidad de causa y efecto en un sistema cerrado!»

Génesis 7:7 dice expresamente que había ocho personas: «Entró Noé al arca, y con él sus hijos, su mujer, y las mujeres de sus hijos.» Aquí hay un paralelo

interesante con la destrucción de Sodoma y Gomorra (Cristo mismo lo traza) en el sentido de que toda una familia fue incluida por la fidelidad de un hombre. Así encontramos que fue sacado no sólo Lot, sino también aquellas hijas que escucharon sus advertencias en Sodoma. De igual forma, existe un paralelismo con la Pascua, porque cuando los judíos mataron su cordero pascual en Egipto y pusieron su sangre sobre la puerta, fueron protegidos tanto los primogénitos de la familia como los de los animales de esa casa.

Los versículos 11 y 12 son un paréntesis que cubren todo el período de cuarenta días. El versículo 11 dice: «El año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, aquel día fueron rotas todas las fuentes del grande abismo, y las cataratas de los cielos fueron abiertas.» Seguramente esto es reiteración sobre la historia. Las genealogías no tienen el propósito de ser una cronología, pero la Biblia fecha este acontecimiento con detalle debido a su máxima importancia.

El versículo 11 también nos dice que habían dos fuentes de agua abiertas, las fuentes del gran abismo y las cataratas de los cielos. El agua provenía de estas dos fuentes y era equivalente a algo más de cuarenta días de lluvia. Este versículo cubre un amplio campo de posibilidades.

Así el diluvio se nos presenta como una catástrofe, ahora sabemos que no necesariamente en el curso de la uniformidad de causa y efecto. Además, 2.^a Pedro 3:3-7 compara al diluvio con la catastrófica destrucción futura por fuego.

El hombre moderno cree en una uniformidad de causas naturales en un sistema cerrado y, por tanto, no se considera posible la existencia de una catástrofe en el sentido de un cambio abrupto. Juan Woodward (muerto en 1772), el padre del estudio de los

fósiles, afirmó que él sostenía el concepto de procesos ordenados seguidos de posibles catástrofes, esto es, que podía haber grandes interrupciones o rupturas. Hace poco más de un siglo Carlos Lyell comenzó a insistir en la uniformidad como algo opuesto a la catástrofe. El concepto de catástrofe fue desechado en general, especialmente en geología. Y con ello fueron rechazados el relato de la creación y del diluvio.

Es muy interesante el que hoy los geólogos encuentren necesario retornar a la idea de catástrofe (aunque generalmente no utilizan este término), pues no han sido capaces de demostrar que todas las cosas (en el orden de acontecimientos que hoy conocemos) discurren en una línea sencilla de causa y efecto.

Hemos de recordar que la posición cristiana no niega la causa y el efecto. Más bien, como he enfatizado en mis otros libros, fue el cristianismo el que dio base y motivo para la comprensión de la causa y su efecto, para el proceso ordenado. Lo que aquí examinamos es el concepto de causa y efecto en un sistema cerrado. Dios no se ha aprisionado a sí mismo en la maquinaria del universo. Puede actuar dentro de ella. Y en consecuencia, un creyente, ya sea que esté considerando una gran catástrofe tal como una inundación o algo menos dramático, no tiene que elegir entre un universo lanzado al azar sin causa y efecto y un universo de causa y efecto en un sistema cerrado. Dios es un Dios viviente y puede obrar en la maquinaria cósmica en cualquier momento que lo desee.

A aquellos que rechazan lo catastrófico se les presentan muchos problemas. Todo acontecimiento que no encaje en el orden de eventos y datos que conocemos trae dificultades. Por ejemplo, la ciencia está luchando con el gran misterio que rodea un acontecimiento que sucedió alrededor del año 10.000 a.C. en

lo que es ahora el Artico. Me estoy refiriendo, por supuesto, a los mamuts congelados junto con otros animales. Por lo que sabemos, esta área ha estado uniformemente congelada durante los últimos 12.000 años. Pero del estudio de estos grandes mamuts y de los otros animales encontrados allí se deduce obviamente que hasta ese momento la región había gozado de temperaturas cálidas. Cuando los animales se congelaron, murieron tan rápidamente que todavía tenían en sus bocas plantas pertenecientes a un clima más caluroso, sin haber sido tan siquiera tragadas.

Nadie puede explicar esto, nadie. Esto es una cuestión científica que nada tiene que ver con la Biblia, y no intento relacionarlo con el diluvio. No obstante, no podemos decir que la idea de una gran catástrofe sea estúpida. Estos animales se congelaron con tal rapidez que la carne estaba aún en condiciones comestibles cuando fueron hallados. Los científicos familiarizados con la congelación profunda han calculado que, basándonos en la masa de estos enormes animales, la temperatura tuvo que haber descendido en cosa de pocas horas a -150° F. Nadie sabe cómo o por qué sucedió esto.

Lo importante aquí es que podemos hablar sobre cosas como el diluvio y aun estar dando respuestas honestas a preguntas honestas. No hay razón para que un creyente esté a la defensiva sólo porque esté rodeado de hombres cuyo concepto sea el de uniformidad de causas naturales en un sistema cerrado y que han abandonado arbitrariamente la idea de catástrofe.

Dios cierra la puerta

Génesis 7:16 es un versículo sorprendente: «Y los que vinieron, macho y hembra de toda carne vinieron, como le había mandado Dios; y el SEÑOR le

cerró la puerta.» Este es un versículo fuerte; y estoy agradecido de que Noé no tuviese que cerrar la puerta. No sé cómo Noé lo hubiera hecho, sabiendo que pronto habría hombres a su alrededor ahogándose. Pero no se le pidió que lo hiciese. Se le pidió que fuese fiel: un predicador de la justicia. Se le pidió que creyese en Dios y en su promesa. Se le pidió que construyese un arca. Pero después de construirla llegó el momento en que Dios cerró la puerta. Era el final del tiempo de salvación. Estaba cerrada porque Dios la había cerrado en un momento específico en el curso de la historia.

El resto del capítulo siete habla de la destrucción. El juicio de Dios cae sobre el pecado, porque Dios es santo y existen absolutos morales y vivimos en un universo moral. Si Dios no odia y juzga al pecado, entonces no es un Dios santo, no existen absolutos morales y no vivimos en un universo moral. Pero la Biblia entera resuena con énfasis: Dios odia el pecado y Dios juzgará al pecador. Llega un día en que Dios cierra la puerta.

Hemos visto antes el paralelo entre el juicio que Dios trajo sobre los hombres en los días de Noé y el juicio que ha de abrirse en la segunda venida de Cristo. Génesis 6:5 y Mateo 24:37-38 son en muchos aspectos pasajes paralelos. Ambas épocas corresponden a tiempos en que el hombre se encuentra en rebelión total, días de gran perversidad, y los hombres en ambas épocas se hallan ignorantes hasta que la destrucción los alcanza: «Mas como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del Hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos, así será también la venida del Hijo del Hombre. Entonces estarán dos en el campo; el uno será tomado, y

el otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en un molino; la una será tomada, y la otra será dejada» (Mateo 24:37-41). Jesús saca una conclusión de todo esto: «Velad, pues, porque no sabéis qué día (ésta es la traducción correcta) ha de venir vuestro Señor» (ver. 42). Y para que no se nos escape, Jesús lo repite: «Por tanto, también vosotros estad preparados; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis» (ver. 44). Jesús está diciendo que no sabéis el día (ver. 42) ni sabéis tampoco la hora (ver. 44).

Este juicio no sólo viene para los paganos. Una parábola señala que algunos aun dentro de la iglesia no son realmente del pueblo de Dios. Jesús concluye: «Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir» (Mateo 25:13). Llega, en efecto, un día de juicio. Este es el curso de la historia.

capítulo 8 de Noé a
Babel y
a Abraham

A medida que el arca descansa nuevamente sobre la tierra, comienza una nueva época en la historia del hombre. Otra vez, a partir de un comienzo unificado (en la familia de Noé), el curso de la historia del hombre se precipita en el abismo de las divisiones —las divisiones de Babel, por ejemplo— y, sin embargo, el ser humano se está aproximando más y más al tiempo en que las divisiones básicas de la Humanidad serán subsanadas.

El arca reposa

En Génesis 8:2 leemos: «Y se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos; y la lluvia de los cielos fue detenida.» O sea, ambas fuentes de agua fueron cerradas. «Y reposó el arca en el mes séptimo, a los diecisiete días del mes, sobre los montes de Ararat» (ver. 4). Ararat, como se nos dice en 2.º Reyes 19:37, Isaías 37:38 y Jeremías 51:27, era el país de Armenia. Documentos asirios también hablan del reino de Ararat. No es un país mítico, sino un lugar bien conocido tanto en la historia pasada como presente.

A través de los capítulos 7 y 8 se registra una cronología muy cuidada: «Esto sucedió en tal día, y aquello sucedió en tal otro día.» Se continúa tejiendo la urdimbre de la historia espacio-temporal. Así, hubo un momento cuando el arca reposó en el punto geográfico de la tierra de Armenia.

En Génesis 8:7-9 encontramos otro detalle que corrobora la naturaleza histórica de este acontecimiento: «Y envió un cuervo, el cual salió, y estuvo yendo y volviendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra. Envió también de sí una paloma, para ver si las aguas se habían retirado de sobre la faz de la tierra. Y no halló la paloma donde sentar la planta de su pie, y volvió a él al arca, porque las aguas estaban aún sobre la faz de toda la tierra. Entonces él extendió su mano y, tomándola, la hizo entrar consigo en el arca.» La forma del relato da la impresión de que sucedió algo realmente. No parece un cuento o un mito, es historia.

Hay, por ejemplo, una diferencia notable entre el presente relato y los escritos épicos de Homero. En Homero los personajes tienen poca profundidad psicológica. Erich Auerbach, en *Mimesis*, enfatiza el contraste entre la presentación bíblica y la de Homero. Dice que los héroes en las épicas de Homero se levantan cada mañana como si fuese el primer día del comienzo del mundo, mientras que el relato bíblico tiene una profundidad psicológica válida que enfatiza su historicidad. Al leer la Biblia no tenemos la impresión de estar tratando con situaciones de cartón, y este pasaje de Génesis 8:7-9 es un buen ejemplo de ello.

Leemos que Noé extendió su mano y la «hizo entrar consigo en el arca». Luego, la paloma es enviada nuevamente: «Esperó aún otros siete días, y volvió a enviar la paloma fuera del arca. Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra» (versículos 10-11). Este es uno de aquellos acontecimientos bíblicos que los hombres guardan como un símbolo aun después de decir abiertamente que ya no creen en la Biblia. La paloma con una hoja de olivo en el

pico se utiliza universalmente como símbolo de paz. Por otro lado, también delatan inconsecuencia e ignorancia al no conocer los hechos bíblicos, ya que muchos de estos símbolos dan por sentada una comprensión que se deriva de las Escrituras mismas.

Cuando Noé comprendió que las aguas se habían retirado, «quitó la cubierta del arca» (ver. 13). Es un fino contraste con Génesis 7:16, donde leemos que cuando Noé entró al arca, «el Señor le cerró la puerta». Dios cerró la puerta, la selló impidiendo la posibilidad de entrar. Pero Noé mismo fue capaz de abrirla cuando llegó el momento apropiado. Luego, Dios le mandó que saliese del arca, y así lo hizo (vers. 15-19).

El sacrificio de Noé

Cuando Noé salió del arca, ofreció un sacrificio: «Y edificó Noé un altar al SEÑOR, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar» (Génesis 8:20). Como hemos señalado, en el Antiguo Testamento constantemente llegamos a situaciones, especialmente en Génesis, donde los hombres tienen un conocimiento que no esperábamos que tuviesen. En otras palabras, Dios les ha enseñado cosas que no están registradas en las Escrituras. No podemos suponer o negar absolutamente que no tuvieron tal conocimiento sencillamente porque no esté registrado en la Biblia.

La vida está en la sangre

En el capítulo 9 encontramos por vez primera a Dios dando específicamente al hombre los animales para alimento: «Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra. El temor y el miedo de vosotros estarán sobre todo animal de la tierra, y sobre toda ave de los cielos,

en todo lo que se mueva sobre la tierra, y en todos los peces del mar; en vuestra mano son entregados. Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento: así como las legumbres y plantas verdes, os lo he dado todo» (Génesis 9:1-3). Por tanto, en los días de Noé, Dios dijo que también la carne podía servir de alimento al hombre. Se podía comer la carne de animales.

Mas hay una limitación: «Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis» (ver. 4). La sangre, como muestran más tarde los escritos de Moisés, específicamente en Levítico, está ligada a la vida del animal y se reserva para la expiación. Se les mandó que fuesen con cuidado en este aspecto.

Igualmente, vemos por qué Dios ordena la pena capital: «Porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas; de mano de todo animal la demandaré, y de mano del hombre; de mano del varón su hermano demandaré la vida del hombre. El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre» (Génesis 9:5-6). Dios ordena la pena capital sencillamente por el valor único de aquello que el homicida ha matado. Cuando un hombre es asesinado, se mata a un portador de la imagen de Dios. Después de la caída el hombre continúa siendo a imagen de Dios, y eso convierte el homicidio en algo ciertamente atroz. El hombre moderno, que se relaciona a sí mismo con la máquina y con el animal, no comprende realmente la tremenda importancia del ser humano y, por tanto, no ve razón alguna de por qué el homicidio es inherentemente diferente de cualquier otro delito.

Sin embargo, la pena capital no debía aplicarse negligentemente. Como ejemplo, podemos considerar el mandato de Dios en relación con las ciudades de refugio cuando los judíos entraron a la nueva tierra

y se convirtieron en una nación (Números 35:9-34); Josué 20:1-9). Se hizo una distinción cuidadosa entre homicidio premeditado y un error o un accidente. En el caso de un homicidio premeditado y demostrado claramente, el hombre comete un crimen serio porque ha destruido un ser fantástico y único: alguien que es cualitativamente, y no tan sólo cuantitativamente, diferente de todo lo demás.

Un nuevo paso en relación al pacto

Hasta ahora hemos cubierto en nuestro estudio dos etapas en relación al pacto, las promesas por parte de Dios al hombre caído de un pacto. La primera, en Génesis 3:15, aunque no se le llama explícitamente pacto, ciertamente es una promesa. Fue una promesa hecha al hombre en relación a la futura relación de los problemas que derivaron de su rebelión contra Dios. La segunda etapa la encontramos en Génesis 6:18-19 cuando Dios habla a Noé: «Mas estableceré mi pacto contigo, y entrarás en el arca tú, tus hijos, tu mujer, y las mujeres de tus hijos contigo. Y de todo lo que vive...» O sea, Dios está diciendo: «Contigo y con todo lo que vive estableceré mi pacto.» Es de valor notar que éste es el pacto al que Dios hace referencia en Isaías 54:8 como semejante a un pacto adicional que está haciendo con los judíos. Así que Dios hace referencia al pacto con Noé, hecho en el devenir histórico con objeto de enfatizar la seguridad de promesas ulteriores hechas a los judíos más adelante en tiempo determinado.

Examinemos el pacto con Noé un poco más en detalle. En primer lugar, es un pacto eterno: «Estará el arco en las nubes, y lo veré, y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con toda carne que hay sobre la tierra» (Génesis 9:16).

En segundo lugar, se establece tanto con Noé y sus descendientes (vers. 9, 11-12) como con «todo ser

viviente» (vers. 10-12, 16). Dios está haciendo un pacto no sólo con el hombre que puede comprenderlo sino también las bestias que no pueden comprenderlo. El versículo 13 lo generaliza aún más: «Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal del pacto entre mí y la *tierra*.»

Si recordamos lo que vimos en Romanos 8:19-23 tocante a las promesas de Dios con relación a toda la creación en el tiempo de la segunda venida de Cristo, no nos sorprenderá la preocupación de Dios por toda la creación aquí en Génesis. Es una parte de la totalidad del armazón escritural.

El arco iris es el símbolo que señala el pacto con Noé (vers. 13). A veces se supone que la Biblia sugiere que el arco iris nunca había existido antes. No hay ninguna razón por qué esto tiene que ser así. Más adelante, para una misma cosa, hay dos signos dados como señal de las promesas del pacto: la circuncisión en el caso de Abraham y el bautismo en el de los cristianos. Pero ninguna de estas dos señales era absolutamente nueva. Habían sido usadas por muchos antes y sencillamente se les dio un significado judío o cristiano: un significado nuevo definido por Dios mismo. Por tanto, esto puede ser igualmente cierto en el caso del arco iris. Sencillamente, Dios puede haberle dado un nuevo significado. Sin embargo, es posible que existieran condiciones físicas completamente nuevas después del diluvio y que el arco iris fuese algo nuevo. La Biblia no lo dice, y cualquiera de las dos posibilidades encajaría con lo que afirman estos versículos. Cada una de las señales del pacto son apropiadas, el arco iris contrasta específicamente con la circuncisión, la señal del pacto dada a Abraham. Esta última fue una señal en el cuerpo mismo del hombre y era totalmente adecuada porque sólo el hombre estaba involucrado; señalaba a los individuos como miembros del pueblo del pacto. Sin

embargo, en esta ocasión, el hombre no es el único involucrado, y así la señal no estará en el cuerpo de Noé sino en el cielo, aquello que «cubre» la totalidad a la que se aplica el pacto: tanto el hombre como el resto de la creación. Considerad la idoneidad de la señal del bautismo en el Nuevo Testamento. En cierta forma, en el Antiguo Testamento, el padre adoraba por toda la familia, y por tanto la circuncisión como señal del pacto era apropiada. En el Nuevo Testamento se desmorona la pared de separación, y las mujeres, al igual que los hombres, vienen directamente a Dios, ambos adoran en un plano de igualdad y sin mediación. Por tanto, el bautismo como señal del pacto es adecuada.

En «L'Abri» a menudo tenemos largos debates acerca del hecho de que el hombre, si sólo es racionalista, no puede realmente estar seguro de que el sol va a salir a la mañana siguiente; todo lo que tiene son estadísticas y promedios. El creyente puede estar seguro. Su certidumbre no sólo está basada sobre la observación de diez millones de amaneceres, sino en toda la estructura que da una respuesta satisfactoria y, en esa estructura, la promesa de Dios. Mientras transcurra la época en la cual nos encontramos, podemos estar seguros de lo siguiente: el sol saldrá y se pondrá y las estaciones llegarán en su momento adecuado y natural. Pues esta es la promesa de Dios: «Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche» (Génesis 8:22).

Una nueva etapa en la profecía mesiánica

La profecía mesiánica la encontramos en Génesis 3:15: la simiente de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente. Si bien está implicada una mujer específica, la promesa, en lo que respecta a su aplica-

ción, es tan amplia como la raza humana entera. Más adelante queda claro que aquel que cumplirá Génesis 3:15 procederá de la línea de Set y no de la de Caín. Y en Génesis 9:26-27 encontramos más detalles: «Dijo más: Bendito por Jehová mi Dios sea Sem. Y sea Canaán su siervo. Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán su siervo.» En otras palabras, la promesa que en primer lugar fue dada a todos los hombres ahora es limitada a los pueblos semíticos. Los pueblos semíticos son un grupo grande, relacionados por la semántica, que viven en lo que hoy llamamos Oriente Medio. Sin embargo, estos versículos de Génesis aclaran que aunque la promesa se cumplirá a través del pueblo semita, está de hecho abierta a toda la raza humana. El pueblo semita será el canal —la cuna—, el conducto a través del cual toda la Humanidad será bendecida.

Genealogía, no cronología

En Génesis 10:1 volvemos a la forma literaria: *estas son las generaciones de*; en esta ocasión en relación con los hijos de Noé: «Estas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, a quienes nacieron hijos después del diluvio.» Comenzando con el versículo 2, nuevamente lo que no es importante se menciona en primer y rápido —con suficiente, auténtica verdad— término. Luego, el relato se refiere a la línea más importante, la de Sem, que discurre a lo largo del resto de la Biblia.

Hemos visto que la forma literaria *estas son las generaciones de* aparece a través de todo el libro de Génesis y le da unidad. Por tanto, es totalmente arbitrario no considerar el libro de Génesis como una unidad literaria, o dividirlo en dos mitades y leerlas de modo diferente. La única manera de libranos de esto es diciendo que las frases *estas son las*

generaciones de fueron añadidas por un redactor (editor) final, como algunos críticos textuales hacen. Pero este argumento descansa sobre decisiones subjetivas basadas en presuposiciones naturalistas; necesitan un redactor final que ponga las cosas en orden para hacer posibles sus teorías, su posición naturalista. En este caso la teoría produce los datos. No sería necesario un redactor si no lo requiriera la debilidad de su teoría.

Hace poco hemos hablado de la segunda forma literaria que enfatiza esto mismo, a saber: que a lo largo de todo el Génesis, los factores que no son centrales para el propósito principal del libro se mencionan en primer lugar y de forma rápida, y luego se vuelve al tema principal y se considera extensamente. Estas dos formas literarias juntas significan que hemos de acercarnos al Génesis con la expectativa de que todo ha de ser leído de la misma manera, del primero al último capítulo, antes y después del tiempo de Abraham. Se puede decir en propiedad que estos dos factores hacen del Génesis uno de los libros más unificados de la Biblia. A la luz de ello, cualquiera que desee leer parte del Génesis de forma diferente debe dar una razón clara de por qué lo hace así. Los testimonios del Nuevo Testamento hacen esto doblemente cierto: en cada una de sus referencias a cualquier parte del Génesis considera el material como historia espacio-temporal y normal, hasta el último dato. Siempre considera los hechos de una forma normal, directa y literaria.

En Génesis 10:21 y 11:10 llegamos a la línea de Sem, que es la línea importante. En el 10:25 leemos: «Y a Heber nacieron dos hijos: el nombre del uno fue Peleg, porque en sus días fue repartida la tierra.» Este puede ser el momento en la línea de Sem cuando tuvo lugar la división de la torre de Babel. El versículo 32 resume el curso de las líneas de los tres

hijos de Noé: «Estas son las familias de los hijos de Noé por sus descendencias, en sus naciones; y de éstos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio.»

Babel

La próxima etapa en el curso de la historia es un acontecimiento interesante e importante. Sucede en un lugar claramente delimitado: la tierra de Sinar, que es Babilonia en su sentido más amplio. Génesis 11:1 dice: «Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras.» En el curso de la historia el idioma fue único. Había un idioma común entre los descendientes de Noé.

Esto es sorprendente, considerando la tenacidad con que los hombres se aferran al idioma. En Suiza, por ejemplo, hay cuatro idiomas y cada uno con un grupo que se aferra a él. De uno de ellos, el romancho, existen dos dialectos hablados por 60.000 personas, y esta situación puede continuar prácticamente para siempre. Por tanto, se puede esperar que hombres con un origen común hablen un mismo idioma.

El versículo 4 hace lo que podría llamarse la primera declaración pública del humanismo: «Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.» Ya hemos encontrado este tipo de humanismo en la familia de Caín, pero esta declaración humanística es más fuerte. *¡Hagámonos un nombre* para poder mantener una unidad humana y poder alcanzar una estabilidad social!

En el versículo 7, Dios actúa en esta situación: «Ahora, pues, descendamos (notad la comunicación entre los miembros de la Trinidad) y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla

de su compañero.» La confusión básica entre las personas se encuentra en el idioma: no el color de la piel, no la raza, no la nación. El idioma es la clave de las divisiones de las gentes del mundo.

La Biblia indica aquí, como constantemente lo hace en los primeros capítulos del Génesis, que todas las divisiones del mundo entero son resultado del pecado y del justo juicio de Dios. Los hombres dijeron: hagámonos un nombre por si fuéramos esparcidos, y luego, como resultado de este intento de unirse sobre su propia base, «los esparció el SEÑOR desde allí sobre la faz de toda la tierra» (ver. 8). Y esto lo hizo sobre la base de sus propias declaraciones.

Así ha surgido otra división: no sólo entre Dios y el hombre, el hombre consigo mismo, el hombre con el hombre, el hombre y la naturaleza, sino también otra división entre los hombres de la tierra en diferentes naciones, con implicaciones raciales y divisiones culturales, ligadas a diferencias lingüísticas. Y todas estas divisiones tienen su raíz en la misma fuente: el pecado del hombre. Aquí en la torre, y siempre luego en todas partes, el hombre busca ser autónomo.

La palabra *Babel* es interesante porque tiene dos significados diferentes. Génesis 11:9 dice: «Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió el SEÑOR el lenguaje de toda la tierra.» En hebreo la palabra *Babel* significa confusión. Los mismos babilonios utilizaron la palabra para significar «la puerta de Dios». De manera que los babilonios decían: «Nosotros somos la puerta de Dios», y los judíos decían: «No, vosotros sois confusión.» A través de las Escrituras, hasta el libro de Apocalipsis, el concepto de los babilonios es decisivo; siguen diciendo: «Nosotros somos la puerta de Dios», y la Biblia contesta: «No, éste es el lugar donde sucedió la confusión básica del lenguaje. Vosotros sois confusión.»

Nuestra misma palabra *Babilonia* es sencillamente la palabra *Babel* con una terminación griega.

Las generaciones de Sem

Génesis 11:10 parte de las generaciones de Sem a medida que la Biblia nos introduce más en el curso general de la historia. Aquí nos encontramos nuevamente con el problema de la genealogía y la cronología. Hemos de señalar varias cosas.

En primer lugar, en la Septuaginta (la traducción griega del Antiguo Testamento fechado antes del tiempo de Cristo) se registra un nombre más (Kainan) en el versículo 12. Se dice que Kainan vivió 130 años, la forma de expresarlo encaja perfectamente con la de los demás nombres. Lo intrigante (esto es puramente especulativo) es que si este nombre pertenece aquí, entonces esta genealogía contiene diez etapas, el mismo número que la genealogía de los prediluvianos en Génesis 5. Por tanto, uno se pregunta si esto es comparable a la genealogía de Cristo en Mateo 1, donde se omite nombre y luego se establece que hay catorce generaciones de Abraham a David, y catorce generaciones de David a la cautividad en Babilonia, y catorce generaciones de la cautividad en Babilonia hasta Cristo (Mateo 1:17).

Las personas a menudo se preguntan cómo Génesis 11:10 y siguientes no pueden ser una cronología con todos los detalles que contiene, por ejemplo, en los versículos 12-13: «Arfaxd vivió treinta y cinco años, y engendró a Sala. Y vivió Arfaxad, después que engendró a Sala, cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.»

Como ya he señalado, en Mateo 1:8 hay un tremendo salto en la genealogía. Puede que ello no obedezca a error alguno, porque las personas que registraron estas cosas conocían muy bien las genealogías.

Mateo 1:8 dice: «Asa engendró a Josafat, Josafat a Joram, y Joram a Uzías.» Pero vimos, comparando esto con 1.º Crónicas 3:11-12, que se omiten en la genealogía de Mateo el padre, el abuelo y el bisabuelo de Uzías. Así hay una larga ruptura. Por tanto, lo que el pasaje de Mateo realmente está diciendo es: Cuando Joram era de un cierto número de años, engendró a *alguien que condujo hasta Uzías*. Y después de engendrar Joram a este individuo sin nombre vivió un cierto número de años y murió.

Pero por mor de la claridad seamos un poco más imaginativos y leámoslo así: «Cuando Joram tenía 30 años de edad, engendró a alguien que condujo a Uzías, y luego Joram vivió un cierto número de años, tuvo otros hijos, y murió.» Esto es lo que significa esta porción de Mateo 1:8. No establece el número de años, pero sí nos da la forma. Y es ésta precisamente la forma que encontramos a lo largo de Génesis 11. En otras palabras, la palabra *engendró* en Génesis 11 no requiere una relación padre-hijo directa. Puede significar: *fue padre de alguien que condujo a*. Añadiendo esta frase a la genealogía en Génesis 11 no se cambiaría la situación en absoluto. Por ejemplo, si añadimos tal frase a Génesis 11:14-15, tendríamos exactamente la misma situación que en Mateo 1:8, porque sencillamente diría que Sala engendró a alguien que condujo a Heber. Esto es precisamente lo que Mateo 1:8 dice acerca de Joram y Uzías. En consecuencia, no hay razón alguna para que Génesis 11 cambie nuestra anterior conclusión de que las genealogías no constituyen una cronología.

Algunos han preguntado por qué se añaden los detalles. Creo que la mejor respuesta que se ha dado es sencillamente que forman un paralelo con los prediluvianos, donde el final de esta forma de estilo concluye con la frase: «*y murió*». El presente pasaje no dice *y murió*, pero parece encerrar la misma men-

talidad o intención. Se dan los detalles, *y vivió tantos años*, y luego, por supuesto, murió. Se mencionaron los nombres importantes, los que mostraban, definían, la línea.

Cuando nos damos cuenta de que estas genealogías no orientan en cuanto a las fechas, podemos comprender por qué el Prof. B. B. Warfield dijo: «Es algo completamente indiferente a la teología, como tal, cuánto tiempo ha existido el hombre sobre la tierra.»

En el curso de la historia reflejada en Génesis 1-11 creo que no hay realmente posibilidad de llegar a ninguna conclusión final en relación a las fechas. Por el lado de la Biblia están las preguntas que ahora hemos considerado, y por el lado de la ciencia moderna ciertamente hay muchas preguntas sobre si el sistema científico de fechar es exacto. Como dijimos en relación al uso de la palabra *día* en hebreo, en Génesis 1, no es que tengamos que aceptar el concepto de largos períodos de tiempo que la ciencia moderna postula, sino que verdaderamente no hay términos claramente definidos sobre los cuales basar un debate final en este momento.

La primera correlación con la historia secular

En Génesis 11:26 llegamos a una situación completamente nueva porque aquí hay una referencia a un hombre, Abraham, a quien podemos asignar una fecha específica. Nos movemos de la historia bíblica sin correlación abierta con la historia secular a la historia bíblica abierta a esta correlación. Esto no implica que lo precedente sea menos histórico que lo que se registra a partir de este punto. Pero con Abraham podemos hablar de una fecha aproximada, 2.000 a.C.

En Génesis 11:28 se nos dice que Abraham vino de Ur de los caldeos. Sabemos muchas cosas sobre

Ur de los caldeos en el tiempo en que Abraham vivía allí, y también, antes, por las excavaciones realizadas por Sir Charles Leonard Wolley en 1922 y 1934. Sabemos, por ejemplo, que esta gente adoraba a la diosa luna, pero que tenían una civilización y culturas muy adelantadas. Abraham no era un extranjero errante, un beduino del desierto que no conocía nada. Las excavaciones muestran que las casas eran de ladrillo y estaban blanqueadas por motivos estéticos. En las casas grandes había de diez a veinte habitaciones. Tenían cocinas muy bien equipadas, un buen sistema de tuberías y saneamiento. De la evidencia encontrada, algunas personas han pensado que quizás enseñaban raíz cúbica en sus escuelas. La Universidad de Pennsylvania conserva una copa, fechada doscientos años antes del tiempo de Abraham, que muestra la pericia extraordinaria de estos hombres. Esta copa es tan sorprendente que nadie hoy día puede superarla, e indica la suntuosidad de aquel lugar. Los resultados de las excavaciones de Wolley en las tumbas reales muestran también trabajos sorprendentes tanto en oro como en alabastro.

En Génesis 12:1-3 leemos: «Pero el SEÑOR había dicho a Abraham: Vete de tu tierra (esto es, de este lugar tan civilizado), y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendición: ... y serán bendecidas en ti todas las familias de la tierra.»

El apóstol Pablo, en su carta a los Gálatas, cita parte de esta sección de Génesis y relaciona muy cuidadosamente lo que está diciendo con la promesa dada aquí: «Así Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia. Sabed, por tanto, que los que son de fe, éstos son hijos de Abraham. Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abra-

ham, diciendo: En ti serán benditas todas las naciones. De modo que los de la fe son bendecidos con el creyente Abraham» (Gálatas 3:6-9).

Las promesas de Dios, partiendo de Génesis 3:15, se van delimitando más claramente en el tiempo de Abraham. La solución, que será la adecuada al dilema real del hombre y se hará cargo de las consecuencias de la culpa ante un Dios santo que existe, vendrá a través de Abraham.

Después de Abraham el curso de la historia continúa, y la promesa se hace más clara cada vez a través del Antiguo Testamento. Finalmente llegamos al último profeta de la línea del Antiguo Testamento, Juan el Bautista, quien, cuando Jesús vino y el momento del cumplimiento estaba al alcance de la mano, dijo: «He aquí el cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29).

El curso de la historia: el significado del hombre

El curso de la historia continúa. La historia viene de algún lugar. La historia se dirige a algún lugar. No nacemos sin un pasado. Y hay una solución en medio de la historia para el dilema del hombre. ¡Qué contraste, con la mentalidad del hombre moderno que ha llegado a la horrible conclusión de que la historia no se dirige a ninguna parte porque no sabe que la historia que relata Génesis 1-11 es auténtica! Pero también esto es válido para todos nosotros. Si queremos comprender, debemos escuchar también nosotros.

Antes de haber nacido sucedieron muchos acontecimientos, y muchos otros sucedieron en nuestros primeros años que no podemos recordar. Si tuviésemos que conocer algo acerca de ellos, tendrían que contárnoslo nuestros padres o alguna otra persona. Todas las cosas que sucedieron antes de mi tiempo

y son especialmente importantes para mí, debo aprenderlas de otras personas. Esto implica la historia: cosas que realmente sucedieron y que debo conocer por medio de otra persona. Es exactamente el mismo caso para la raza humana entera.

El conocimiento histórico se extiende más y más en el pasado a medida que se encuentran escritos antiguos y el número de excavaciones aumenta. La historia secular nos puede decir mucho acerca de nuestro pasado como raza humana y, por ende, de nuestro lugar en ella. Pero no importa cuantos escritos traduzcamos, ni cuantas excavaciones realicemos, ni cuantos objetos estudiemos, la historia secular no ha desenterrado un indicio que contribuya a explicar el «porqué» final de lo que encontramos.

No importa cuánto nos remontemos en nuestras investigaciones, encontramos que el hombre es aún hombre. Ya sea a las cavernas en los Pirineos, a los sumerios, o más atrás al hombre de Neanderthal. En todo sitio los hombres demuestran, por su arte y sus actos, que perciben su singularidad. Y fueron únicos, únicos como hombres en medio de no-hombres. Y, sin embargo, como nosotros hoy, fueron insuficientes ante el dilema del hombre frente a las divisiones de toda índole.

Así, al igual que un niño necesita conocer por otros algo de su historia personal, la humanidad necesita que le relaten su historia. A menos que no se nos digan nuestros comienzos, cosa que el estudio secular no puede trazar, no podemos dar sentido a nuestra historia presente. El hombre del siglo xx se mira a sí mismo y los hechos de la historia. Sabe que algo realmente está ahí, pero no sabe qué es. Esto es exactamente lo que Génesis 1-11 le dice. Estos capítulos relatan la historia anterior a cualquier cosa que los historiadores seculares hayan sido capaces de indagar, y es esta historia presecular lo que da sentido

a la historia presente del hombre. Imaginaos a un niño pequeño al que no se ha dicho aún que es el heredero legítimo al trono. Vive como un mendigo. Entonces alguien le dice su historia pasada y pasa a ocupar su legítimo sitio. Esto es exactamente lo que nosotros necesitamos. Y es exactamente esto lo que nos da la historia en Génesis 1-11. Le da perspectiva a toda la historia que ahora conocemos mediante el estudio secular.

Algunas personas suponen que se puede espiritualizar el relato histórico de los primeros once capítulos de Génesis sin que la diferencia tenga consecuencias para nosotros. Suponen que pueden debilitar la naturaleza o el carácter, de comunicar un propósito, que tienen estos capítulos al hablar de la historia y el cosmos, y que nada cambiará. Pero cambia todo. Estos capítulos nos dicen el «porqué» de toda la historia que el hombre conoce a través de sus estudios, incluyendo el «porqué» de la historia personal de cada hombre. Por esto, Génesis 1-11 es la cosa más importante que podamos tener. Mas a condición de que tratemos el texto como historia.

En estos capítulos conocemos la creación, histórica y espacio-temporal, de la nada; la creación del hombre a imagen de Dios; una caída moral en el tiempo y el espacio, histórica, auténtica; y la comprensión de la anormalidad presente en las divisiones que existen entre Dios y el hombre, el hombre consigo mismo, el hombre y el hombre, el hombre y la naturaleza, y la naturaleza consigo misma. Estos capítulos nos hablan del discurrir de la promesa que Dios hizo desde el principio en relación a la solución de estas divisiones. Esto es lo que nos presenta Génesis 1-11, algo de la máxima importancia. La historia naturalista, racionalista, sólo ve los resultados. Si he de comprender el mundo tal como está y a mí mismo tal como soy, debo conocer el curso de la historia

relatada en estos capítulos. Quitadlos, y el sentido del curso del resto de la historia se derrumba.

Si el hombre atribuye el dilema y las divisiones de la Humanidad a un motivo equivocado, nunca llegará a la respuesta correcta, no importa toda la buena voluntad que tenga. El hombre, desde la caída, no es normal, y en consecuencia la solución ha de ser adecuada a lo que sabemos es la causa de su problema y su dilema. Una solución únicamente física es inadecuada, porque el dilema del hombre no es físico. Ni tampoco puede ser metafísico, porque el problema del hombre, como sabemos por Génesis 1-11, no es principalmente metafísico. El problema del hombre es moral, ya que eligió estar en rebeldía contra Dios. Y toda solución adecuada debe satisfacer esta necesidad moral.

Aquel que es la simiente de la mujer ha aplastado la cabeza de la serpiente. Pero ¿qué bien nos reporta si no escuchamos? Si no escuchamos, no comprenderemos.

apéndice **en relación con
los libros de
Francis y Edith
Schaeffer**

Durante los últimos cinco años mi esposa Edith y yo hemos estado realizando un extenso programa de escritos. Este libro es una de sus partes.

Mis dos primeros libros fueron *Dios está ahí* y *Huyendo de la razón*. Muchas personas han supuesto equivocadamente —quizá por ser más breve— que *Huyendo de la razón* es la «introducción» y *Dios está ahí* un desarrollo de aquél. De hecho, lo cierto es lo contrario. *Dios está ahí* fue escrito en primer lugar; sienta las bases, establece la terminología y presenta la tesis básica. En *L'Abri* hemos intentado mostrar que el cristianismo tiene equilibrio: que la exégesis bíblica da profundidad intelectual, y también que en el área de la vida práctica y la belleza el cristianismo tiene una relación con el hombre completo. Comenzando con el sistema cristiano tal como Dios lo ha dado a los hombres en la revelación verbal y con propósito de la Biblia, uno puede moverse y encontrar que todo aspecto de la vida está influenciado por la verdad y que esta verdad puede expresarse mediante una canción. *Huyendo de la razón* elabora este principio particularmente en el campo filosófico de la naturaleza y la gracia, y muestra cómo la cultura moderna ha crecido a partir de raíces contaminadas tiempo atrás en la tardía Edad Media.

Luego de estos dos libros quizá debió haberse publicado *He is there and He is not Silent*. Ese hubiera sido su lugar lógico. Los tres forman una base uni-

ficada; sin ellos las diversas aplicaciones en los demás libros están realmente suspendidas en el vacío. *He is there and He is not Silent* trata de uno de los interrogantes más fundamentales: ¿Cómo conocemos y cómo sabemos que conocemos? A menos que nuestra epistemología sea correcta, todo va a ir mal. Es por ello que se da con *Dios está ahí* un enlace enfatizado por su título. El Dios personal e infinito está ahí, pero también hemos de decir que no guarda silencio y esto lo cambia todo.

De la base de estos tres libros, que constituyen una unidad consciente (una unidad que creo descansa sobre la unidad de las Escrituras mismas), dependen todos los demás libros escritos o aún por escribir. Es de notar que *Dios está ahí* tiene dos apéndices que tienen que ver con dos problemas específicos: la iglesia de la clase media en el siglo xx, y la práctica de la verdad en el trabajo cristiano y la evangelización. Estos temas los desarrollo luego en los libros posteriores: *Muerte en la ciudad*, que es exegético, recogiendo la aplicación de los libros anteriores a la cultura americana y norteamericana en la medida en que se han alejado de lo que Dios nos ha dado como fundamento cívico, moral y espiritual.

Luego vino *Pollution and the Death of Man*, la respuesta cristiana al dilema ecológico, apoyado sobre la misma base. *La Iglesia al final del siglo XX* pasa a otras áreas de aplicación: sociología y eclesiología. Los dos apéndices de este libro, *Adulterio y apostasía* y *La señal del creyente* (también publicado en inglés como un pequeño libro aparte) recogen el tema presentado en el segundo apéndice de *Dios está ahí*: enfatizan el equilibrio entre la práctica de la pureza de la iglesia visible y el amor que debería señalar las relaciones entre todos los verdaderos creyentes, no importa cuales sean sus diferencias sobre aspectos secundarios. También hay una presentación

práctica y más completa de eclesiología en *The Church before the Watching World*.

Podría alegarse que esto es tan sólo un escolasticismo nuevo, árido, aplicado a las áreas de la epistemología, eclesiología, ecología, sociología, etc. Si lo fuera, entonces sería tan solo címbalo que retiñe. Sin embargo, tres libros restauran el equilibrio. El último capítulo de *Muerte en la ciudad*, «El universo y dos sillas», viene al caso. El libro de Edith, *L'Abri*, es un elemento vital, y sin él los demás libros carecen de auténtica unidad y equilibrio. Su libro muestra cómo el actuar sobre el hecho de que el Dios personal e infinito está realmente ahí ha funcionado en la práctica cotidiana de la comunidad de «L'Abri». *True Spirituality* es igualmente decisivo; es un análisis sistemático de toda la base de la vida del creyente en una relación abierta con Dios y luego consigo mismo y los demás. El libro de Edith, *Arte escondido*, tiene un lugar importante, ya que lleva estos temas dentro del área práctica y bella de la creatividad en la vida del creyente. El presente libro sobre los primeros once capítulos de Génesis encaja en esta estructura, dando una base exegética más completamente desarrollada al momento decisivo de los orígenes.

Conjuntamente, todos estos libros representan un concepto unificado, desarrollado a lo largo de muchos años de estudio y de conocimiento experimental de nuestro Dios que está ahí.

VOCABULARIO DE ALGUNOS TERMINOS USADOS EN ESTE LIBRO Y DEMAS OBRAS DE F. A. SCHAEFFER

Agnóstico: Una persona que no sabe —o que cree es imposible saber— si hay Dios.

Ateo: Una persona que cree que Dios no existe.

Anti-filosofía: Muchas de las modernas formas de la filosofía que han desistido de todo intento de hallar alguna unidad racional para el conjunto del pensamiento y la vida.

Arriba (Piso de Arriba): Término usado por el autor para designar lo que, en el pensamiento moderno, trata acerca de lo que tiene significado y sentido, pero que no se halla abierto a la comprobación del mundo de los hechos, el cual constituye el “Piso de Abajo”, o lo de “Abajo”.

Connotación: Atribuir a las palabras, por implicación y asociaciones históricas y sociológicas, ciertos significados del todo ajenos a la definición que corresponde a dichas palabras.

Cosmología: Teoría de la naturaleza y principios del universo.

Determinismo: La doctrina que enseña que las acciones humanas no son libres sino el resultado de causas psicológicas y químicas, las cuales hacen del libre albedrío una ilusión.

Dicotomía: División entre dos partes totalmente separadas. En este libro se usa para indicar la separación absoluta, total, entre lo racional y lo lógico que hay en el hombre de todo sentido de significado y fe.

Epistemología: Doctrina de los fines y métodos del conocimiento, que estudia los orígenes, el valor, la esencia y límites del conocimiento. Teoría del conocimiento. Por "caída epistemológica" hemos de entender: ruina que afecta al conocimiento.

Ex-Nihilo: Locución latina que significa *de la nada*. Se usa para hacer referencia al acto creador de Dios, quien de la nada creó todas las cosas.

Existencialismo: Una teoría del hombre que sostiene la imposibilidad de describir, en términos científicos o racionales, la experiencia humana. Enfatiza la necesidad de hacer elecciones vitales mediante el uso de la libertad humana en un mundo contingente y, aparentemente, sin propósito ni significado.

Experiencia final: Término usado por Karl Jaspers para denotar una experiencia crucial que es suficientemente grande como para dar esperanza de significado a la vida.

Fiat: Expresión latina: "*Hágase*" ("Fiat lux": "Hágase la luz", Génesis 1:3). Por extensión, se aplica al poder creador de Dios, por su Palabra que crea todas las cosas de la nada.

Humanismo: Hay dos clases de humanismo: 1) Cualquier filosofía, o sistema de pensamiento, que empieza con el hombre solo y que trata de hallar un sentido unificado a la vida. 2) Esa parte del pensamiento humanista, en el sentido general arriba indicado, que enfatiza la esperanza de un futuro optimista para la humanidad (cf. Francis A. Schaeffer, *La fe de los humanistas*).

Lógica: La ciencia del razonamiento correcto. La inevitable consecuencia del análisis racional. En términos de lógica clásica podríamos decir que "A" no puede ser igual a "no A".

Lingüística, Filosofía: Rama de la filosofía que desea preservarla de la confusión de conceptos mostrando el uso de estos conceptos en el contexto de su lenguaje natural. Contempla la tarea de la filosofía como un esfuerzo clarificador de lo que se halla en la superficie más bien que como una posibilidad de ofrecer explicaciones.

Metafísica: Palabra griega que significa "*más allá de la física*", es decir: más allá de las cosas accesibles por los sentidos. Aristóteles la llamaba filosofía primera y la definía como la ciencia del ser en general.

Misticismo: Lo hay de dos clases: 1) Una tendencia a buscar la comunión directa con la realidad última de "lo divino" por medio de la intuición inmediata, o la iluminación. 2) Una especulación vaga sin fundamento.

Nihilismo: Una negación de todas las bases objetivas de la verdad. Cree que la existencia carece de sentido y es algo completamente inútil. Conduce, a menudo, a tendencias destructivas en la sociedad y en el individuo.

Neo-ortodoxia: Nombre dado a la teología de quienes han aplicado la metodología dialéctica de Hegel y el "salto" de Kierkegaard a la fe cristiana.

Panteísmo: La doctrina que afirma la identidad entre Dios y naturaleza. El universo no sería más que la extensión de la esencia de Dios y no una creación especial.

Proposiciones: Verdades que pueden ser comunicadas en la forma de sentencias y en las cuales un predicado, u objeto, es afirmado o negado en relación con un sujeto.

Racional: Todo lo que se relaciona, o se basa, con el poder del hombre para razonar consistentemente.

Racionalismo: Cf. *Humanismo*, primera parte.

Semántica: 1) Ciencia del estudio del desarrollo del significado y usos de las palabras y del lenguaje.
2) La explotación de las connotaciones y las ambigüedades de las palabras (cf. *Lingüística*),

Soteriología: Aquella parte de la Teología que trata de las doctrinas que se relacionan con la salvación obrada por Dios en Cristo, mediante el Espíritu Santo, en favor del hombre caído.

Otros libros importantes que Vd. debe leer:

si quiere vivir su fe cristiana consciente y
responsablemente en el día de hoy:

RETORNO A LA LIBERTAD Y LA DIGNIDAD por **Francis A. Schaeffer**

La amenaza de la manipulación biológica se cierne sobre nuestra sociedad. ¿Cuál debe ser la actitud cristiana frente a estos intentos de un nuevo totalitarismo cultural que pretende la respetabilidad científica?

Monod y Skinner —junto con otros pensadores modernos— afirman que el hombre no es más que una máquina, condicionada por su entorno físico y sociológico. Tales cosas como libertad, dignidad, etc., carecen de sentido o pronto dejarán de tenerlo. Francis A. Schaeffer dice que no hay que ser tan pesimista, dado que la verdadera descripción y explicación de lo que el ser humano es nos viene enseñada en la Biblia.

LA IGLESIA AL FINAL DEL SIGLO XX por **Francis A. Schaeffer**

La cultura occidental está agonizando. ¿Agoniza también la iglesia occidental? ¿Es demasiado tarde para contener las presiones que amenazan su existencia? El Dr. Francis A. Schaeffer sugiere algunas respuestas que obligan a pensar seriamente, a medida que nos describe la situación actual de la Iglesia —de las iglesias— al final del siglo XX.

No es tiempo de triunfalismos. Son muchas las crisis de toda clase (ecológica, sociológica, política, cultural, económica, etc.) que precisarían de una orientación más clara por parte de los cristianos. El Dr. Schaeffer llama a la Iglesia para que asuma sus responsabilidades y lo hace desde un punto de vista estrictamente bíblico. Finalmente, indica lo que debería definir, hoy, a las comunidades cristianas genuinamente evangélicas y traza un plan —válido tanto para los creyentes individualmente como para la institución eclesiástica protestante corporativamente— con vistas a reformar nuestro cristianismo para que sea capaz de una revolución auténticamente cristiana.

LA RACIONALIDAD DE LA REVELACION

por **Derek Bigg**

“La razón humana, cuando tiene la última palabra, conduce a la irracionalidad. Ninguna de las filosofías contemporáneas —humanistas, existencialistas, etc.— trae la satisfacción ni resuelve los grandes problemas de la vida, de modo que el hombre moderno vive constantemente en un estado de frustración. ¿Existe alternativa al humanismo y al existencialismo? ¿Hay algún modo de vivir que dé a la razón su debido lugar sin llevarnos al irracionalismo?

El autor —luego de una breve pero clara e iluminadora presentación de las más importantes corrientes de pensamiento desde el Renacimiento— demuestra que la Biblia es inteligible, comprobable y práctica.

Francis A. Schaeffer

HUYENDO DE LA RAZON

La sola huida posible de la existencia sin significado de hoy —en la que tanto Dios como el hombre parecen haber muerto— estriba para muchos en la es-

capada al mundo de la fantasía, al universo irracional, falto de experiencia, que sumerge en las alucinaciones de la droga, la pornografía, el absurdo y la locura. Esta es la mentalidad del siglo XX: ¿de dónde procede?, ¿dónde se originó? ¿De qué manera puede, hoy, ser presentada la fe cristiana de manera significativa? He ahí los temas que trata el autor en su libro.

Francis A. Schaeffer

MUERTE EN LA CIUDAD

¿Cómo presentar el Evangelio a la época postcristiana en que vivimos? El autor examina los argumentos de Pablo en la carta a los Romanos y los pone en relación con nuestro tiempo, demostrando que no sólo debemos prestar atención a lo que Pablo enseña sino que tenemos que obrar en nuestra vida cotidiana sobre la base de dicha enseñanza paulina. La situación mundial en la actualidad es muy parecida a la del primer siglo y también a la época de Jeremías, el gran profeta de la antigüedad cuyo mensaje cobra una inusitada actualidad para nosotros en las páginas de este magnífico libro de Schaeffer. A una época incrédula como la nuestra no podemos ir con mensajes suaves, incoloros y ambiguos; sólo un testimonio como el que ofrece este libro inspirado en Romanos y Jeremías será capaz de provocar una respuesta en nuestros interlocutores.

Hans Bürki

EL CRISTIANO Y EL MUNDO

¿Qué reflexiones, y qué "praxis", debe hacer el cristiano frente a los problemas que agitan el mundo moderno? ¿Cómo debe evangelizar sin perder de vista el trabajo social y las responsabilidades cívicas que le incumben en tanto que miembro de la ciudad secular

tanto como de la ciudad de Dios? ¿Qué debe pensar de la depresión cultural, del problema del hambre y de tantas otras tragedias modernas? ¿Qué posición debe asumir frente a la autoridad? El autor examina estos problemas y da su respuesta de cristiano que “no es de este mundo” pero que “vive en el mundo”.

José Grau - José. M. Martínez

IGLESIA, SOCIEDAD Y ETICA CRISTIANA

Las poses del “cristianismo sin religión”, del “ateísmo cristiano”, de la “teología de la muerte de Dios”, etcétera, no han perdido actualidad. Del estudio teórico han pasado a la vida práctica de muchos, mayormente jóvenes, que, no obstante, quieren seguir llamándose cristianos. Este libro les invita a reflexionar de una manera franca, abierta, sin “beaterías” y ofrece el camino por donde proseguir una renovada vivencia y una auténtica experiencia de libertad cristiana. Quien ama la sinceridad y la verdad debiera leer esta obra.

Génesis en el tiempo y en el espacio

Francis A. Schaeffer

Génesis es el libro de los orígenes: trata sobre el origen del universo, el origen de la vida y el origen del hombre. Sitúa al hombre en su entorno cósmico, muestra su singularidad sin paralelo, su grandeza y su miseria y nos traza también el principio del curso de la historia humana primigenia a través del tiempo y del espacio.

Muchos, hoy, sin embargo, consideran este libro como una colección de mitos, útiles para entender la mentalidad hebrea tal vez, pero no como relato fidedigno de lo que ocurrió realmente «en el principio».

El Dr. Francis A. Schaeffer desafía este punto de vista.

Schaeffer expone la relevancia de los primeros once capítulos de Génesis y muestra cómo en ellos se halla la única respuesta, anclada en el tiempo y en el espacio, capaz de satisfacer al hombre moderno y dar adecuada réplica a sus preguntas e inquietudes.

Ediciones Evangélicas Europeas